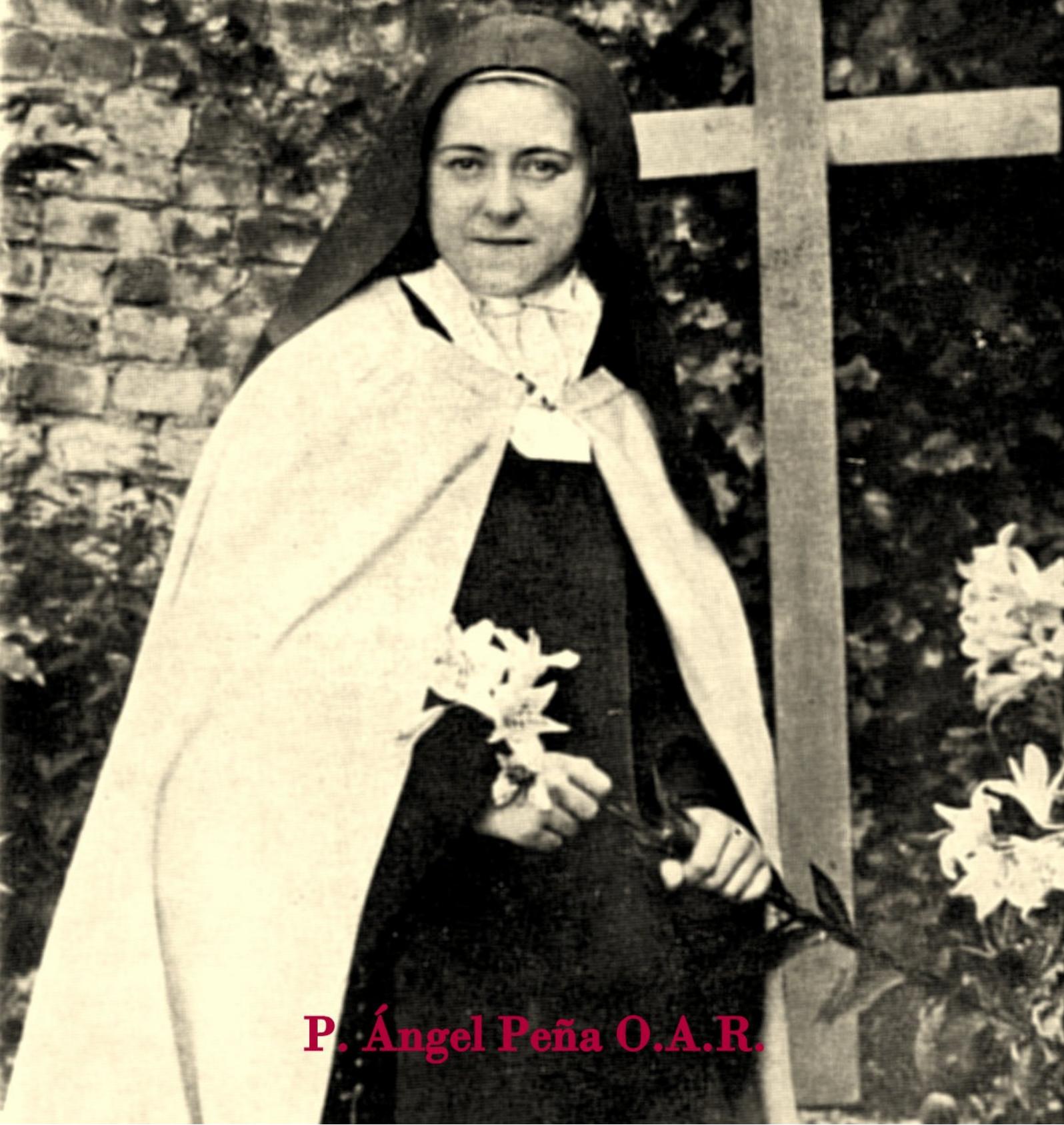


Santa Teresa de Lisieux



P. Ángel Peña O.A.R.

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SANTA TERESA DE LISIEUX

LIMA – PERÚ

2011

Nihil Obstat

Padre Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur

Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	7
PRIMERA PARTE.....	9
VIDA EN FAMILIA	9
1.SUS PADRES.....	9
2.VIDA FAMILIAR.....	11
3.MUERTE DE SU MADRE.....	14
4.NUEVA VIDA EN LISIEUX.....	16
5.GRAVE ENFERMEDAD.....	23
6.PRIMERA COMUNIÓN.....	28
7.ENFERMEDAD DE LOS ESCRÚPULOS.....	31
8.HIJA DE MARÍA.....	32
9.SU CONVERSIÓN.....	34
10.PRANZINI.....	35
11.VOCACIÓN AL CARMELO.....	37
12.VIAJE A ROMA.....	41
13.ENTRADA AL CARMELO.....	46
14.EL CARMELO DE LISIEUX	48
SEGUNDA PARTE.....	52
VIDA RELIGIOSA.....	52
15.POSTULANTADO.....	52
16.TOMA DE HÁBITO.....	54
17.BODAS CON JESÚS.....	57

18.SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ	60
19.DIVERSOS EMPLEOS EN LA COMUNIDAD.....	61
20.VIDA EN COMUNIDAD.....	63
21.ENFERMEDAD DE SU PADRE.....	69
22.CELINA Y LEONIA.....	72
23.ACTO DE OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO.....	74
24.EL DEMONIO.....	78
25.CRISIS DE FE.....	79
26.GRACIAS EXTRAODINARIAS.....	80
27.CONOCIMIENTO SOBRENATURAL.....	83
28.ÚLTIMA ENFERMDAD Y MUERTE.....	85
29.ENTIERRO.....	90
TERCERA PARTE.....	92
DESPUÉS DE SU MUERTE.....	92
30.MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE.....	92
31.APARICIONES DE SOR TERESA.....	95
32.APARICIONES EN GALLIPOLI.....	97
33.PERFUME SOBRENATURAL.....	100
34.HISTORIA DE UN ALMA.....	103
CUARTA PARTE.....	106
SU DOCTRINA.....	106
35.INFANCIA ESPIRITUAL.....	106
36.SU VOCACIÓN AL AMOR.....	114
37.MISIONERA HASTA EL FIN DEL MUNDO.....	118
38.AMOR A LOS SACERDOTES.....	125
39.AMOR A JESÚS EUCARISTÍA	127

40.AMOR A MARÍA.....	131
41.LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS.....	132
42.AMOR A SU ÁNGEL CUSTODIO.....	134
43.AMOR A LAS ALMAS DEL PURGATORIO.....	135
44.AL CIELO.....	136
45.PROCESO DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN	137
CRONOLOGÍA.....	141
CONCLUSIÓN.....	146
BIBLIOGRAFÍA.....	147

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Teresa de Lisieux o Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz es una vida hermosa. Es la vida de la *florequilla de Jesús*, como se le suele llamar. Es la vida de una joven que muere a los 24 años de tuberculosis y que, en tan corta edad, llega hasta las cumbres de la santidad, sin hacer nada espectacular, sino simplemente cumpliendo fielmente las obligaciones de cada día. Ella se sentía la hijita pequeña de su Papá Dios. A veces dice que es como un bebé, como un pajarito recién nacido, como un pequeño granito de arena.

Todo su deseo era hacer feliz a Jesús, arrojándole las flores de sus buenas obras y de sus pequeños sacrificios. Nunca hizo grandes penitencias, solamente cumplir con las normas establecidas, llevando una vida normal. Pero su gran diferencia con las otras religiosas era que todo lo hacía con amor y por amor. Hacía las cosas ordinarias de modo extraordinario, con todo su amor.

Ella nos enseña a ir a Dios por el caminito de la humildad, haciéndonos niños para Dios. Es el camino de la confianza y del abandono total, sin condiciones, en las manos de nuestro Padre Dios. Por eso, llegó a decir: *Mi vocación es el amor*. Amar sin descanso, de día y de noche, en los momentos felices y en medio de sus sufrimientos, amar hasta el fin.

Ojalá que su vida nos estimule a imitarla por este camino de la infancia espiritual, cumpliendo en cada instante nuestras obligaciones para hacer feliz a nuestro Padre Dios.

Nota.- Al citar **MA**, **MB**, **MC** nos referimos al manuscrito A, B ó C, de su Autobiografía o Historia de un alma, poniendo a continuación el folio y después la página de la edición Monte Carmelo, Burgos, 1978.

PO se refiere al Proceso Ordinario (Procès informatif ordinaire) de beatificación y canonización. Citamos la página del texto francés Procès de béatification et canonisation de sainte Thérèse de L'Enfant Jesús et de la Sainte-Face, Teresianum, Roma, 1973.

PA hace referencia al Proceso apostólico (Procès apostolique) del Procès de béatification et canonisation de sainte Thérèse de L'Enfant Jesús et de la Sainte-Face, Teresianum, Roma, 1976.

PRIMERA PARTE

VIDA EN FAMILIA

1. SUS PADRES

Dice en el proceso apostólico sor Inés de Jesús, la hermana Paulina de la sierva de Dios: *Mi padre (Luis José Estanislao Martin) nació en Burdeos el 22 de agosto de 1823. Mi madre (Celia María Guérin) nació en Saint-Denys-sur-Sarthon, en el Orne, el 23 de diciembre de 1831. A los veinte años, mi padre había hecho gestiones para entrar como religioso en el monasterio del Monte San Bernardo; pero a causa de sus estudios inacabados, el Superior le aconsejó que volviese a su familia para terminarlos, y que, tras haberlo conseguido, acudiese de nuevo al monasterio. En este entretanto, le dieron otros consejos para orientar su vida. También mi madre, siendo joven, se había presentado en el hospital de Alençon para ser religiosa de San Vicente de Paúl; y la Superiora le había dicho que no era aquélla su vocación¹.*

Desde su primer encuentro y la boda, transcurrieron sólo tres meses. Fue, lo que suele llamarse, amor a primera vista. Se casaron el 12 de julio de 1858 en la iglesia de Nuestra Señora de Alençon. Desde el primer día, Luis le propuso a la joven esposa su deseo de vivir como hermanos, a lo que ella asintió. Pero, después de diez meses de vida matrimonial virginal, un confesor les hizo cambiar de opinión. Tuvieron siete niñas y dos niños.

1. *María Luisa, del 22 de febrero de 1860, hoy religiosa en este Carmelo.*
2. *María Paulina, del 7 de setiembre de 1861; soy yo.*
3. *María Leonia, del 3 de junio de 1863, hoy religiosa en la Visitación de Caen.*
4. *María Elena, del 13 de octubre de 1864, muerta a la edad de cinco años y medio.*

¹ PA, p. 137.

5. *José Luis María, del 20 de setiembre de 1866, muerto a los cinco meses de edad.*
6. *José Juan Bautista María, nacido el 19 de diciembre de 1867, muerto a los ocho meses.*
7. *María Celina, nacida el 28 de abril de 1869, hoy carmelita en este monasterio.*
8. *María Melania Teresa, nacida el 16 de agosto de 1870, muerta a los dos años de edad.*
9. *María Francisca Teresa, nacida el 2 de enero de 1873; es la sierva de Dios².*

Según afirma la hermana mayor María: *Mi Padre nunca pasó por delante de una iglesia sin saludar (a Jesús), fueran quienes fueran las personas que le acompañaran. Acudía cada mes a la adoración nocturna del Santísimo Sacramento y, cuando vino a Lisieux, consiguió implantarla en esta ciudad³.*

Su padre tenía un próspero negocio de joyería y relojería, que en 1870 traspasó a su sobrino Adolfo Leriche para dedicarse exclusivamente a administrar el negocio de su esposa que era más rentable. Su madre era una mujer emprendedora y muy trabajadora. Desde los 20 años había abierto por su cuenta un taller de punto de Alençon en la calle San Blas N° 36. Al principio, trabajaba con su hermana María Luisa, pero, cuando ella ingresó al monasterio de la Visitación de Le Mans, quedó sola al frente del taller y supo sacarlo adelante con inteligencia y esfuerzo.

Según refiere sor Inés de Jesús: *Mis padres me parecieron siempre unos santos⁴. A nosotros nos causaban un grandísimo respeto y admiración. Me preguntaba a mí misma muchas veces si sería posible hallar padres semejantes en la tierra. A mi alrededor yo no veía nada de eso. Llenaban sus ocios con piadosas conversaciones y santas lecturas. Todos los días iban juntos a misa, y con frecuencia recibían la sagrada comunión.*

Mi madre era de complexión débil, y, sin embargo, guardaba, al igual que mi padre, todos los ayunos y abstinencias de precepto. Ambos observaban con la mayor escrupulosidad el descanso dominical. Los amigos de mi padre le tachaban algunas veces de exagerado, porque los domingos cerraba su joyería. Ahora bien,

² PA, p. 137.

³ PA, p. 226.

⁴ Fueron beatificados por el Papa Juan Pablo II el 19 de octubre del 2008.

las gentes del campo iban precisamente en domingo a la ciudad, y tenían que marcharse a otra parte a comprar sus alhajas cuando eran para una boda. “Si dejáis abierta sólo una puerta lateral —le repetían sus amigos—, no cometeréis mal alguno y así no perderéis la ocasión de hacer buenas ventas”. Pero mi padre les contestaba que prefería atraerse las bendiciones de Dios.

Mis padres eran muy caritativos con los pobres; pero, entre las obras piadosas, la Propagación de la Fe gozaba de sus preferencias.



Mi madre era la abnegación personificada; estaba dotada de una extraordinaria energía. La fábrica de encajes fue para ella fuente de abundantes merecimientos. En la muerte de mis hermanitos y hermanitas mostró una sumisión tan grande a la voluntad de Dios, a pesar de su profunda pena, que casi llegó a escandalizar a personas menos cristianas, hasta hacerlas decir que no amaba a sus hijos.

Mis padres deseaban que todas sus hijas nos consagráramos a Dios; hubieran querido darle a Dios sacerdotes y misioneros. Mi madre había quedado impresionada al leer la vida de Madama Acarie, y la oí decir muchas veces: “¡Todas sus hijas carmelitas! ¿Es posible mayor honor para una madre?”. Me confió que, si mi padre llegara a morir antes que ella, una vez asegurado nuestro porvenir, ella iría a terminar sus días en un monasterio de la Visitación⁵.

2. VIDA FAMILIAR

María Francisca Teresa Martin Guérin, como se llamaba la sierva de Dios, nació en Alençon, pequeña ciudad del norte de Francia, de unos 16.000 habitantes, el 2 de enero de 1873. Fue bautizada el 4 de enero por la tarde por el padre Dumaine en la

⁵ PA, pp. 137-138.

iglesia de Nuestra Señora de Alençon. Fueron sus padrinos: su hermana mayor María, de 13 años, y Pablo Alberto Boule, también de trece años, que era hijo de un amigo de su padre.

Recién nacida, Teresita dio una gran preocupación a sus padres por sus desarreglos intestinales. Pensaron que podía morir como sus otros cuatro hermanitos. En el mes de marzo, apenas con dos meses de nacida, el doctor Belloc determinó que la pequeña fuera dada a una nodriza. Al día siguiente, la mamá fue a Semallé, a ocho kilómetros de distancia, en busca de una nodriza: Rosa Taillé, de 37 años, que ya había criado a otros dos de los hijos fallecidos. Rosa debía tenerla en su casa y allí permanecería Teresa durante un año, viviendo la vida de campo de unos humildes campesinos. Ellos la llevaban al campo en carretilla y la dejaban sobre haces de hierba, respirando aire puro.

Al cabo de un año, el 2 de abril de 1874, regresó a casa. Desde muy niña dio muestras de un carácter vivo e inquieto. Cuenta su madre: *Me sucedió últimamente una graciosa aventura con la pequeña. Tengo costumbre de ir a la misa de cinco y media. Los primeros días, no me atrevía a dejarla sola; pero al ver que no se despertaba nunca, me decidí a hacerlo. Suelo acostarla en mi cama, y arrimo tan cerca la cuna, que es imposible que se caiga.*

Un día me olvidé de acercar la cuna. Llego, y veo que la pequeña no está en la cama. En aquel momento oigo un grito; miro, y me la encuentro sentada en una silla que había frente a la cabecera de mi cama, con la cabeza apoyada sobre el almohadón y, sin duda, soñando un mal sueño, pues tenía una expresión de enfado.

No puedo explicarme cómo pudo caer sentada en aquella silla, estando acostada. Di gracias a Dios porque nada le había pasado; realmente, fue providencial, pues debiera haber caído rodando al suelo. Su ángel de la guarda y las benditas almas del purgatorio, a quienes todos los días encomiendo la niña, la protegieron. Así me explico yo el caso... Vosotras explicáoslo como queráis⁶.

No le faltaron pequeños percances. A los dos años tropieza en la pata de una mesa y se hace una herida en la frente que le llega hasta el hueso. También le viene el sarampión, dolores de dientes,

⁶ MA, fol. 5, p. 28.

catarro... Como dice su madre: *Desde que vino al mundo sólo deja un catarro para coger otro. Ya me lo ha dicho la nodriza, y lo peor es que se pone muy mala con ellos*⁷.



Desde niña se nota que es de temperamento muy emotivo, llora a menudo y sus llantos pueden durar una hora. También es orgullosa y tiene mucho amor propio. Y sabe lo que quiere. Su madre en una carta escribe: *Es de una terquedad casi invencible. Cuando dice no, no hay potencia humana que la reduzca; aunque la metiésemos un día entero en el sótano, preferiría dormir en él a decir sí*⁸. También es muy impulsiva. Dice su madre: *Una noche su hermana mayor María la acuesta en una cama fría sin haberla hecho rezar. Se echó a llorar diciendo que quería una cama caliente. Yo, cansada de oírle llorar, le di una ligera bofetada y, por fin, se calló. Cuando me acosté, me dijo que no había rezado sus oraciones. Yo le respondí: “Duérmete y ya las rezarás mañana”. Pero no cedió*⁹.

A veces me veo obligada a reprender a esta pobre nena (Teresita), que se irrita y llega a ponerse que da miedo. Cuando las cosas no salen a su gusto, se revuelca por el suelo como una desesperada, creyendo que todo está perdido. Hay momentos en que la contrariedad la vence, y entonces hasta parece que va a

⁷ Gaucher Guy, *Así era Teresa de Lisieux*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1998, p. 20.

⁸ MA, fol. 7, p. 32.

⁹ Gaucher Guy, o.c., p. 25.

*ahogarse. Es una niña muy nerviosa. Sin embargo, es muy linda y muy inteligente. Se acuerda de todo*¹⁰.

Según asegura en el Proceso sor Inés de Jesús, su madre las hacía rezar y las llevaba a hacer casi todos los días una visita a Jesús Sacramentado a la iglesia. Su padre le consentía mucho a Teresita y la madre le decía: *La vas a echar a perder*¹¹.

Teresita nos dice: Un día me dijo mamá: “Teresita mía, si besas el suelo te doy cinco céntimos”. Cinco céntimos eran para mí toda una fortuna. Para ganarlos no tenía que agacharme gran cosa, pues mi exigua estatura apenas si levantaba un palmo del suelo. Sin embargo, mi orgullo se rebeló a la sola idea de besar el suelo. Manteniéndome muy tiesa dije a mamá: “¡Oh, no, madrecita mía! ¡Prefiero quedarme sin los cinco céntimos!”¹².

Pero tenía un corazón de oro. No diría una mentira por todo el oro del mundo pues *su conciencia era tan delicada que le gustaba la transparencia y la claridad*¹³.

3. MUERTE DE SU MADRE

La hermana de su madre, sor María Dositea de la Visitación de Le Mans, estaba atacada de tuberculosis y murió el 24 de febrero de 1877. La madre de Teresita empezó a sentir unos fuertes dolores de estómago y el doctor Notta, eminente cirujano de Lisieux, dijo que tenía un tumor canceroso que no se podía operar. La enfermedad fue avanzando y en algunos momentos Celia se sentía deprimida, porque deseaba vivir para cuidar a sus hijas. Mientras pudo, siguió trabajando; pero, cuando vio que la enfermedad iba avanzando, dejó el trabajo y decidió viajar a Lourdes con sus tres hijas mayores para pedir a la Virgen su curación. Salieron de Alençon el domingo 17 de junio de 1877. La peregrinación le resultó muy pesada por su estado. Estuvieron tres días en Lourdes y ella se sumergió cuatro veces en la aguas de la piscina, sin conseguir la salud. El mal siguió avanzando y el

¹⁰ MA, fol. 8, p. 34.

¹¹ PO, p. 136.

¹² MA, fol. 8, pp. 34-35.

¹³ MA, fol. 10, p. 41.

domingo 26 de agosto recibió la unción de los enfermos. El 28 de agosto de 1877, a las 12:30 de la noche, murió.

Teresita nos cuenta cómo vivió esta tragedia familiar en su *Historia de un alma: Quedó grabada en mi alma la ceremonia emocionante de la extremaunción. Aún me parece ver el lugar que yo ocupaba, al lado de Celina. Estábamos las cinco colocadas por orden de edad. Y nuestro pobrecito padre también estaba allí, sollozando.*

El mismo día, o al día siguiente, de la muerte de mamá, nuestro padre me tomó en sus brazos, diciéndome: “Ven a besar por última vez a tu pobrecita madre”. Y yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de nuestra querida madre. No recuerdo haber llorado mucho. A nadie hablaba de los profundos sentimientos que me absorbían. Miraba y escuchaba en silencio. Nadie tenía tiempo de ocuparse de mí, y así, pude ver muchas cosas que hubieran querido ocultarme.

En un determinado momento, me hallé frente a la tapa del ataúd; permanecí largo tiempo contemplándolo. Nunca había visto ninguno, sin embargo comprendía. Era yo tan pequeña que, a pesar de la estatura poco elevada de mamá, hube de levantar la cabeza para verlo entero. Me parecía muy grande..., muy triste.

El día en que la Iglesia bendijo los despojos mortales de nuestra madrecita, Dios tuvo a bien darme otra madre en la tierra; y quiso que la escogiera yo libremente. Nos hallábamos juntas las cinco, mirándonos con tristeza. Luisa también estaba allí; y dirigiéndose a Celina y a mí, dijo: “¡Pobrecitas, ya no tenéis madre!”. Entonces Celina se echó en brazos de María, diciendo: “¡Tú serás la mamá!”. Yo estaba acostumbrada a imitarla en todo; sin embargo, en aquella ocasión, volviéndome hacia vos, madre mía, y como si el futuro hubiera rasgado ya su velo, me eché en vuestros brazos, exclamando: “¡Yo quiero que la mamá sea Paulina!”...

He de deciros, madre mía, que, a partir de la muerte de mamá, mi excelente carácter sufrió un cambio total. Yo, tan viva, tan expansiva antes, me hice tímida y dulce, en extremo sensible. Bastaba una mirada para deshacerme en lágrimas. Sólo estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mí. No podía soportar la compañía de personas extrañas, y sólo en la intimidad del hogar

*recobraba mi alegría. Y sin embargo, seguía rodeada de la más delicada ternura por parte de todos. ¡El corazón, ya tan cariñoso, de papá había añadido al amor que poseía un amor verdaderamente maternal! Vos, madre mía, y María ¿no erais acaso, para mí las más tiernas, las más desinteresadas de las madres?*¹⁴

4. NUEVA VIDA EN LISIEUX

Lisieux era una pequeña ciudad industrial de 18.000 habitantes. Tenía manufacturas de lino, de telas de hilo, de paño, curtiembres, destilerías... Allí fueron a vivir a raíz de la muerte de la mamá. En Lisieux vivía el hermano de Celia, Isidoro Guérin, que era farmacéutico y tenía dos hijas. El 1 de noviembre de 1877 tomaron el tren y, después de cuatro horas de viaje, llegaron a Lisieux a emprender una nueva vida.

Fueron recibidos en la casa del tío Guérin, donde encontraron a sus dos primas, Juana de diez años y María de siete y medio. Los primeros días los pasaron en casa del tío. Después buscaron casa propia y se instalaron en los *Buissonnets*. María, la hija mayor, con sus 17 años, se haría cargo de las labores del hogar, ayudada por Paulina de 16; y ambas se encargarían de educar a las dos pequeñas: Celina de ocho años y medio y Teresa de cuatro y medio. Leonia estaba de pensionista en las benedictinas de la abadía de Lisieux.

Teresita nos cuenta sus sentimientos en su Autobiografía: *No me apenó en modo alguno la salida de Alençon; a los niños les gustan los cambios. Vine contenta a Lisieux. Recuerdo el viaje, la llegada a casa de nuestra tía al anochecer. Aún me parece estar viendo a Juana y a María esperándonos a la puerta. Me sentía muy feliz de tener unas primitas tan simpáticas. Las amaba mucho, lo mismo que a nuestra tía y, sobre todo, a nuestro tío; sólo que éste me daba un poco de miedo, y no me hallaba en su casa tan a mis anchas como en los Buissonnets, donde mi vida era verdaderamente feliz.*

¹⁴ MA, fol. 12-13, pp. 48-50.



Todos los días, al despertarme, os acercabais a mí, preguntándome si había ofrecido mi corazón a Dios. Luego me vestíais, hablándome de él, y, acto seguido, a vuestro lado, rezaba mis oraciones. Después venía la clase de lectura. Recuerdo que la primera palabra que logré leer sola fue ésta: “cielos”...

Todas las tardes iba a dar un paseíto con papá. Hacíamos juntos nuestra visita al Santísimo Sacramento, visitando cada día una nueva iglesia. Así fue el entrar por primera vez en la capilla del Carmelo. Papá me indicó la reja del coro, diciéndome que al otro lado había religiosas. ¡Qué lejos estaba yo de sospechar que nueve años más tarde sería una de ellas!

Terminado el paseo (durante el cual papá me compraba siempre un regalito de cinco o diez céntimos), volvía a casa. Entonces hacía mis deberes escolares. Luego, todo el tiempo restante lo pasaba jugueteando en el jardín alrededor de papá, pues no sabía jugar a las muñecas...



¡Que agradables eran para mí los días en que mi rey querido me llevaba con él a pescar! ¡Me gustaban tanto el campo, las flores y los pájaros! A veces intentaba pescar con mi pequeña caña. Pero prefería sentarme sola sobre la hierba florida. Mis pensamientos, entonces, se hacían muy profundos, y sin saber lo que era meditar, mi alma se abismaba en una verdadera oración. Escuchaba los ruidos lejanos. El murmullo del viento y la misma música imprecisa de los soldados, cuyo eco llegaba hasta mí. Me llenaban de dulce melancolía el corazón. La tierra me parecía un lugar de destierro, y soñaba con el cielo.

La tarde pasaba rápidamente. Pronto llegaba la hora de volver a los Buissonnets. Pero antes de emprender la marcha, tomaba la merienda que había llevado en mi cestita. La hermosa rebanada de pan con dulce que me habíais preparado había cambiado de aspecto: en lugar de su vivo color primitivo, no veía en ella más que un ligero tinte rosado, todo rancio y revenido. Entonces, la tierra me parecía aún más triste, y comprendía que sólo en el cielo se hallaría la dicha sin nubes...

Durante los paseos que daba con papá, le gustaba a él mandarme a llevar la limosna a los pobres con quienes nos encontrábamos. Un día, vimos a uno que se arrastraba penosamente sobre sus muletas. Me acerqué a él para darle una moneda; pero no sintiéndose tan pobre como para recibir limosna, me miró sonriendo tristemente, y rehusó aceptar lo que le ofrecía.

No puedo decir lo que sentí en mi corazón. Yo había querido consolarle, aliviarle, y en vez de eso, temía haberle causado pena. Sin duda, el pobre enfermo adivinó mi pensamiento, pues le vi volverse de lejos y sonreírme. Acababa papá de comprarme un dulce; me vinieron muchas ganas de dárselo, pero no me atreví.

Sin embargo, yo deseaba darle algo que no pudiese rehusar, pues seguía sintiendo hacia él una gran simpatía. En aquel momento me acordé de haber oído decir que el día de la primera comunión se obtenía cuanto se pedía. Aquel pensamiento me consoló, y aunque no tenía entonces más que seis años, dije para mí: “Rogaré por mi pobre el día de mi primera comunión”. Cinco años más tarde mantuve mi promesa, y espero que Dios haya

escuchado la oración que él mismo me inspiró dirigirla por uno de sus miembros dolientes¹⁵...

¿Qué podría decir de las veladas de invierno, sobre todo de las veladas del domingo? ¡Ah! ¡Qué dulce era para mí ir a sentarme con Celina en las rodillas de papá, una vez concluida la partida de damas! Con su hermosa voz cantaba él arias que sumían el alma en pensamientos profundos, o bien, nos mecía suavemente, recitando poesías inspiradas en las verdades eternas.

Luego subíamos a rezar las oraciones en común, y la reinecita era la única en ponerse cerquita de su rey, no teniendo que hacer más que mirarle para saber cómo rezan los santos.

Terminadas las plegarias, íbamos todas por orden de edad a dar las buenas noches a papá y a recibir un beso; la reina iba, naturalmente, la última. El rey, para besarla, la cogía por los codos y la levantaba, y ella exclamaba bien alto: “Buenas noches, papá, que duermas bien”. Todas las noches se repetía la escena.

Acto seguido, mi mamaíta me tomaba en sus brazos y me llevaba a la cama de Celina. Ya acostada, mi pregunta de siempre era ésta: “Paulina, ¿he sido buenecita hoy? ¿Volarán los angelitos a mi alrededor?”. La respuesta era siempre sí, pues de otro modo, me hubiera pasado toda la noche llorando¹⁶. Tendría yo seis o siete años cuando papá nos llevó a Trouville. Nunca olvidaré la impresión que me causó el mar. Lo estuve mirando fijamente. Su majestad, el bramido de las olas, todo hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios...

¹⁵ MA, fol. 12-15, pp. 48-54.

¹⁶ MA, fol. 18, pp. 60-61.



Al atardecer, a la hora en que el sol parece bañarse en la inmensidad de las olas dejando tras de sí un surco de luz, fui a sentarme sola con Paulina sobre una roca. ¡En aquel momento recordé el cuento conmovedor de El surco de oro!

Estuve contemplando durante mucho tiempo aquel surco luminoso, imagen de la gracia que ilumina el camino que ha de recorrer la barquilla de graciosa vela blanca. ¡Allí, junto a Paulina, tomé la resolución de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesús, para que navegase en paz hacia la patria de los cielos!

Mi vida se deslizaba tranquila y dichosa. El cariño de que me sentía rodeada en los Buissonnets me hacía, por decirlo así, crecer¹⁷...

Un día me sentí muy orgullosa de recibir a mi confesor, pues poco tiempo antes (con siete años) había hecho con él mi primera confesión. ¡Oh, qué dulce recuerdo para mí!

¡Con cuanto cuidado me preparasteis, madre mía querida, diciéndome que no era a un hombre a quien iba a decir mis pecados, sino a Dios! Estaba tan convencida de ello, que me confesé con gran espíritu de fe, y hasta os pregunté si tenía que decir al padre Ducellier que le amaba con todo mi corazón, puesto que era a Dios a quien iba a hablar en su persona.

Bien instruida acerca de todo lo que tenía que decir y hacer, me acerqué al confesonario y me puse de rodillas; pero al abrir el padre Ducellier la ventanilla, no vio a nadie. Era yo tan pequeña, que mi cabeza quedaba por debajo de la tablilla donde se apoyan

¹⁷ MA, fol. 21-22, pp. 68-69.

las manos. Él me mandó entonces ponerme de pie; obedecí al instante, me levanté, y elevando mi cara a la altura de la suya para verle bien, me confesé como una jovencita, y recibí su bendición con gran devoción, pues me habíais dicho que en aquel momento las lágrimas del niño Jesús purificarían mi alma. Recuerdo que la primera exhortación que me fue dirigida me estimuló, sobre todo, a la devoción de la Santísima Virgen, y yo prometí redoblar mi ternura para con ella.

Al salir del confesonario, me sentía tan contenta y ligera, que nunca había experimentado tanta alegría en mi alma. A partir de entonces, volví a confesarme en todas las grandes fiestas, y era para mí una verdadera fiesta cada vez que lo hacía¹⁸...

¡Ah! ¡Qué rápidamente pasaron los años soleados de mi primera infancia! Pero también, ¡qué dulce huella dejaron en mi alma! Recuerdo, sobre todo, los paseos del domingo, en los que siempre nos acompañaba mamá. Siento aún las profundas y poéticas impresiones que nacían en mi alma a la vista de los trigales esmaltados de acianos y de flores campestres. Ya amaba las lejanías. El espacio y los abetos gigantes, cuyas ramas tocaban el suelo, dejaban en mi corazón una impresión parecida a la que experimento todavía hoy a la vista de la naturaleza...

¡Oh! Verdaderamente, todo me sonreía en la tierra. Hallaba flores a cada paso que daba, y mi excelente carácter contribuía también a hacerme agradable la vida. Pero un nuevo período iba a abrirse para mi alma. Tenía que pasar por el crisol de la adversidad y sufrir desde mi infancia a fin de poder ser ofrecida cuanto antes a Jesús.

Así como las flores de la primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeros rayos del sol, así también la florecilla, cuyos recuerdos escribo, hubo de pasar por el invierno de la tribulación¹⁹.

El 3 de octubre de 1881, con ocho años y medio, Teresita ingresa en el pensionado de las benedictinas del que Leonia acababa de salir. Celina y ella hacen a pie el trayecto de un kilómetro y medio con sus primas Juana y María, acompañadas de Marcelina, la empleada de los Guérin. En la Abadía pusieron a

¹⁸ MA, fol. 17, p. 57.

¹⁹ MA, fol. 11-12, pp. 42-44.

Teresa en una clase con alumnas mayores, de trece o catorce años. Ella era siempre la primera de su clase. Dice: *Mis mayores éxitos los tenía en historia y redacción*²⁰. *En los cursos de religión no fallaba nunca una respuesta hasta el extremo de que el padre Domin, capellán del internado, la llamaba su doctorcito. Resolvía en efecto con gran precisión las cuestiones más embarazosas para una niña de su edad. Sus razonamientos y juicios no la engañaban nunca y la precocidad que se le había notado en su infancia iba acentuándose, sobre todo cuando se trataba del cielo*²¹.

Le gustaba mucho leer y la historia de Juana de Arco la entusiasmaba, deseando ya, desde entonces, ser una gran santa como ella. Pero tuvo mucho que sufrir, sobre todo de una compañera de unos 14 años. Nos dice Teresita: *Viéndome tan joven, casi siempre la primera de la clase y amada por todas las religiosas, sintió, sin duda, una envidia muy comprensible en una pensionista y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños éxitos.*

Con mi natural tímido y delicado, no sabía defenderme, y me contentaba con llorar en silencio, sin quejarme ni siquiera a vos de lo que sufría. Pero me faltaba la suficiente virtud para sobreponerme a estas miserias de la vida, y mi pequeño y pobre corazón sufría mucho.

*Felizmente, todas las tardes volvía al dulce hogar paterno, y en él se expansionaba mi corazón. Saltaba a las rodillas de mi rey, diciéndole las notas que me habían dado, y sus besos me hacían olvidar todas las penas*²².

A pesar de su timidez, nos dice su hermana Celina: *Entablaba conversación con las empleadas que trabajaban en nuestra casa, para hablarles de Dios. Había entre otras, una jornalera impía de quien no pudo obtener nada, excepto la promesa de llevar sobre sí hasta la muerte una medalla de la Santísima Virgen, que ella desató de la cadena que llevaba al cuello para ponérsela a la citada mujer*²³.

El 2 de octubre de 1882, con sus nueve años, Teresita recibió un duro golpe psicológico. Su hermana Paulina, su segunda madre,

²⁰ MA, fol. 38, p. 111.

²¹ Sor Genoveva de la santa Faz, su hermana Celina; PO, p. 266.

²² MA, fol. 23, p. 72.

²³ Sor Genoveva de la santa Faz; PA, p. 284.

se fue al Carmelo con sus 20 años. Dice ella misma: *Si me hubiese ido enterando poco a poco, tal vez no hubiera sufrido tanto; pero, al saberlo de repente, fue como si una espada se me hubiera clavado en el fondo del corazón. Comprendí que el Carmelo era el desierto donde Dios quería que también yo fuese a esconderme... Lo comprendí con tan viva evidencia que no quedó la menor duda en mi corazón. No fue un sueño de niña que se deja entusiasmar, sino la certeza de una llamada divina*²⁴.

Poco a poco iba creciendo en estatura y gracia ante Dios y ante los hombres. Teresa llegó a ser la más alta de las hermanas Martin con 1.62 m. y Paulina la más baja con sólo 1.54.

Algo que le encantaba de manera especial era dar algo a los pobres. Dice su hermana sor Inés de Jesús: *Ella era la encargada de distribuir la limosna a los pobres. Todos los lunes venían pobres a los Buissonnets. A cada toque de la campanilla, ella iba abrir la puerta y volvía a mí enseguida, diciéndome: “¡Paulina, es un pobre anciano inválido! ¡Es una pobre mujer con sus hijitos, a uno le trae en pañales, la mujer está muy pálida!”. Y yo leía en sus ojos una compasión profunda. Corría luego a llevar, bien fuera pan, bien fuera dinero. Algunas veces, volvía toda contenta: “Paulina, el pobre me ha dicho: Dios la bendiga, mi pequeña señorita”. Nuestro padre recompensaba sus tareas escolares, dándole algunas monedas de plata; y ella las gastaba en limosnas, porque esto la hacía feliz*²⁵.

5. GRAVE ENFERMEDAD

Unos meses después de la ida al Carmelo de su madrecita Paulina, Teresa cae gravemente enferma. En diciembre de 1882, Teresa comienza a sentir dolores de cabeza y del costado del lado del corazón. De pronto, el 25 de marzo de 1883, Teresa se pone muy grave. Su tío el farmacéutico se siente muy preocupado. El doctor Notta dice que es muy grave y prescribe hidroterapia, continuos baños de agua, los que no producen ningún efecto. Su hermana sor María del Sagrado Corazón, dirá en el Proceso:

²⁴ MA, fol. 26, p. 79.

²⁵ Sor Inés de Jesús, PO, p. 161.

A fines de marzo de 1883 Teresa permaneció en un estado lastimoso. Sufría varias veces por semana crisis de terrores tan extraordinarios, que el doctor Notta afirmaba no haber visto nunca un caso semejante. Yo le oí confesar a mi padre su impotencia médica. Le oí incluso decir: “Désele el nombre que se quiera a esta enfermedad, pero para mí no es histerismo”. Los objetos más insignificantes cobraban a sus ojos forma de monstruos horribles, y lanzaba gritos de terror. Frecuentemente, se sentía impulsada por una fuerza desconocida a precipitarse de cabeza contra el pavimento desde la cama. Otras veces, se golpeaba violentamente la cabeza contra la armadura del lecho. A veces, pretendía hablarme, y ni el menor sonido salía de su garganta: sólo articulaba las palabras, sin llegar a pronunciarlas.

Una particularidad que me impresionó mucho fue que, en varias ocasiones, bajo esta influencia que juzgo diabólica, Teresa se ponía de repente de rodillas, y sin ayudarse con las manos, apoyando la cabeza contra el lecho, intentaba empujar las piernas. Ahora bien, en esta actitud, que forzosamente debería destaparla, permanecía siempre modestamente cubierta, con gran asombro mío: no pudiéndome explicar este hecho, yo lo atribuía a una intervención del cielo.

En los intervalos de las crisis, la niña aparecía en un estado de agotamiento. Creí entonces que iba a morir. Viéndola agotada en aquella lucha, quise darle de beber, pero ella gritó, presa del terror: “¡Quieren matarme! ¡Quieren envenenarme!”²⁶.

Unos clavos sujetos en la pared de la habitación se le aparecían de repente bajo la forma de unos gigantescos dedos carbonizados, y gritaba: “¡Tengo miedo, tengo miedo!”. Sus ojos, tan tranquilos y dulces, cobraban una expresión de terror imposible de describir.

En cierta ocasión, mi padre fue a sentarse junto a su lecho; tenía el sombrero en la mano. Teresa le miraba sin decir una sola palabra, pues hablaba muy poco durante su enfermedad. Luego, como siempre, en un abrir y cerrar de ojos, cambió de expresión. Su mirada quedó fija en el sombrero, y lanzó un lúgubre grito: “¡Oh, la gran bestia negra!”. Sus gritos tenían algo de sobrenatural; habría que haberlos oído para hacerse una idea.

²⁶ PA, p. 228.

Un día en que el médico se hallaba presente en una de estas crisis, le dijo a mi padre: “La ciencia es impotente ante estos fenómenos, no hay nada que hacer”²⁷.

Fue entonces cuando, con mis hermanas, me arrojé a los pies de la Santísima Virgen. Por tres veces repetí la misma oración. A la tercera, vi que Teresa fijaba los ojos en la estatua de la Santísima Virgen. Su mirada aparecía radiante y como en éxtasis. Me confió que había visto a la misma Santísima Virgen. Esta visión duró cuatro o cinco minutos; luego su mirada se fijó en mí con ternura. Desde entonces, no quedó huella alguna de su enfermedad.

A partir del día siguiente, reanudó su vida ordinaria, y excepto una o dos caídas, que se produjeron sin causa aparente mientras se paseaba por el jardín durante la semana que siguió a su curación, no volvió a repetirse accidente alguno de este género en toda su vida²⁸.

Veamos cómo lo explica ella con sus propias palabras: La enfermedad que me acometió provenía, ciertamente, del demonio. Furioso por vuestra entrada en el Carmelo, quiso vengarse en mí de todo el daño que nuestra familia había de causarle en el futuro. Pero no sabía él que la dulce Reina del cielo velaba sobre su frágil florecilla, que le sonreía desde lo alto de su trono, y que se aprestaba a calmar la tempestad en el momento mismo en que su flor iba a quebrarse sin remedio.

Hacia finales de año me sobrevino un continuo dolor de cabeza, pero no me hizo casi sufrir; pude proseguir mis estudios, y nadie se preocupó por mí. Esto duró hasta la fiesta de Pascua de 1883.

Habiendo ido papá a París con María y Leonia, nuestra tía me acogió en su casa juntamente con Celina. Una tarde, nuestro tío me llevó con él, y me habló de mamá, de los recuerdos pasados, con una bondad, que me conmovió profundamente y me hizo llorar. Me dijo entonces que tenía un corazón demasiado sensible y que necesitaba distraerme, y resolvió, de acuerdo con nuestra tía, procurarnos algunos pasatiempos durante las vacaciones de Pascua.

²⁷ PO, p. 240.

²⁸ PO, p. 241.

Aquella tarde teníamos proyectado ir al círculo católico; pero pareciéndole a nuestra tía que yo estaba demasiado fatigada, me hizo acostar. Al desnudarme, me sentí invadida por un extraño temblor. Creyendo que tenía frío, nuestra tía me envolvió entre mantas y me puso botellas calientes, pero nada consiguió disminuir mi agitación, que duró casi toda la noche.

Al volver nuestro tío del círculo católico, con nuestras primas y Celina, quedó muy sorprendido al encontrarme en aquel estado, que juzgó muy grave, pero no quiso decirlo por no asustar a nuestra tía.

Al día siguiente, fue a buscar al doctor Notta, el cual, lo mismo que nuestro tío, juzgó que yo tenía una enfermedad muy grave y que nunca una niña tan pequeña la había tenido. No sé cómo describir una enfermedad tan extraña. Hoy estoy persuadida de que fue obra del demonio; pero, después de mi curación, durante mucho tiempo creí haber fingido mi enfermedad y aquello constituyó un verdadero martirio para mi alma... No es de extrañar que temiese haberme fingido enferma sin estarlo de hecho, pues decía y hacía cosas que no pensaba. Casi siempre parecía estar en delirio, pronunciando palabras sin sentido; y, sin embargo, estoy segura de no haber estado ni un solo instante privada del uso de la razón. Con frecuencia parecía estar desvanecida, sin poder ejecutar ni el más ligero movimiento; en tal estado me habría dejado hacer lo que hubieran querido, aun matar. No obstante, entendía todo cuanto hablaban a mi alrededor, y todavía me acuerdo de todo.

Creo que el demonio había recibido un poder exterior sobre mí, pero que no podía acercarse ni a mi alma ni a mi espíritu, si no era para inspirarme grandísimos temores de ciertas cosas, por ejemplo, de las medicinas sencillísimas que intentaban, en vano, hacerme tomar.

Pero si Dios permitía al demonio acercarse a mí, me enviaba también ángeles visibles. María no se separaba de mi lecho, cuidándome y consolándome con la ternura de una madre. Nunca me demostró el más pequeño enfado, a pesar del mucho trabajo que le daba, por no sufrir que se alejase de mi lado. Sin embargo, ella tenía que ir necesariamente a comer con papá; pero yo no cesaba de llamarla durante todo el tiempo que estaba ausente.

Victoria, que se quedaba a mi cuidado, se veía a veces en la precisión de ir a buscar a mi querida mamá, como yo la llamaba. Cuando María deseaba salir de casa, tenía que ser o para ir a misa o para ver a Paulina; sólo en estos casos yo no decía nada²⁹.

Un día vi que papá entraba en la habitación de María, donde yo estaba acostada; le dio varias monedas de oro con expresión de gran tristeza, diciéndole que escribiese a París y encargase misas a Nuestra Señora de las Victorias para que le curase a su pobre hijita.

Se necesitaba un milagro, y fue Nuestra Señora de las Victorias la que lo obró. Un domingo (durante el novenario de misas), María salió al jardín, dejándome sola con Leonia, que estaba leyendo junto a la ventana.

Al cabo de unos minutos, me puse a llamar en voz muy baja: “¡Mamá! ¡Mamá!”. Leonia, acostumbrada a oírme siempre lo mismo, no hizo caso. Aquello duró un rato largo. Luego llamé con voz más fuerte, y, por fin, María volvió. La vi entrar perfectamente pero me era imposible decir que la reconocía, y continué llamando con voz cada vez más fuerte: “¡Mamá!”. Aquella lucha forzada e inexplicable me causaba gran sufrimiento; y María sufría, tal vez, más todavía que yo. Tras vanos esfuerzos para demostrarme que era ella y que estaba a mi lado, se arrodilló junto a mi lecho con Leonia y Celina. Luego, volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una madre que pide la vida de su hijo, María obtuvo lo que deseaba.

No hallando ayuda alguna en la tierra, la pobre Teresita se había vuelto también hacia su Madre del cielo, suplicándole de todo corazón que tuviese, por fin, piedad de ella.

De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa que nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba bondad y ternura inefables. Pero lo que me llegó hasta el fondo del alma fue la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen.

En aquel momento todas mis penas se desvanecieron. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis ojos y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de purísimo gozo. ¡Ah, pensé, la Santísima Virgen me ha sonreído, qué feliz

²⁹ MA, fol. 27-29, p. 82-86.

soy! Pero no se lo diré a nadie porque entonces desaparecería mi felicidad³⁰.

Como acabo de decir, María había adivinado que la Santísima Virgen me había concedido alguna gracia oculta. Por eso, cuando me quedé a solas con ella, me preguntó qué era lo que había visto. No pude resistir a sus tiernas y apremiantes preguntas. Admirada de ver descubierto mi secreto sin yo haberlo revelado, se lo confié enteramente a mi amada María.

¡Ay de mí! Como lo había presentido, mi felicidad iba a desaparecer, cambiándose en amargura. El recuerdo de la gracia inefable que había recibido fue para mí durante cuatro años un verdadero sufrimiento del alma. No volvería a recobrar mi dicha sino a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, pero allí la recobré en toda su plenitud³¹.

6. PRIMERA COMUNIÓN

Su hermana Leonia, sor Francisca Teresa, certificó en el Proceso: Después de su curación, Teresa volvió a la Abadía de las benedictinas. Allí hizo su primera comunión el 8 de mayo de 1884, contando once años y medio. Los reglamentos por entonces vigentes estipulaban que para ser admitido alguien a la primera comunión dentro del año en curso, debía de tener el 1 de enero de ese mismo año diez años cumplidos. Como Teresa había nacido el 2 de enero, sufrió por lo mismo el retraso de un año entero.

Desde muy pequeña había manifestado el deseo de comulgar. Recuerdo que cuando Celina hizo su primera comunión, Teresa, que no tenía más de siete años, se mostraba ávida de asistir a las lecciones preparatorias que Celina recibía de sus hermanas. A veces la mandaban a jugar, diciéndole que era demasiado pequeña. Ella se alejaba resignadamente, pero no sin manifestar un vivo pesar. Cada año, al llegar las primeras comuniones, renovaba sus vehementes deseos. Recuerdo a este propósito un episodio conmovedor. Creo que Teresa iba por sus nueve años. Pasando por una calle de la ciudad en compañía de sus hermanas, vio al señor obispo, que se dirigía andando a la

³⁰ MA, fol. 30, p. 88-90.

³¹ MA, fol. 30, p. 90-91.

estación. Entonces nos dijo: “¿Y si fuese a pedir a Su Ilustrísima el permiso para hacer mi primera comunión el año que viene? Porque ¡ya es bien doloroso tener que esperar un año por haber nacido el 2 de enero!”. Me di perfecta cuenta de la angustia que en aquel momento oprimía su corazón. La disuadimos de llevar a cabo tal gestión, haciéndola ver que las conveniencias no lo permitían, y que, por lo demás, su petición sería denegada. Pero no temo afirmar que la sierva de Dios hubiera sido perfectamente capaz de hacer su primera comunión incluso mucho antes de los siete años, dadas su piedad precoz y su ya muy clara inteligencia de las cosas divinas³².

Su hermana sor Inés de Jesús declaró: Tres meses antes de su primera comunión, le di un librito en el que debía apuntar cada noche sus sacrificios y sus aspiraciones de amor a Jesús. Escribió en él, durante estos tres meses, 818 sacrificios y 2.773 actos o aspiraciones de amor³³.

El padre Víctor Luis Domin, que la confesó para su primera comunión, certificó en el Proceso que recordaba muy bien que, después de recibir la absolución, Teresa le preguntó: Padre mío, ¿cree usted que el buen Jesús estará contento de mí?³⁴

Veamos lo que ella misma nos dice: Por fin, llegó “el más hermoso de los días”. ¡Qué inefables recuerdos dejaron en mi alma los más pequeños detalles de esta jornada de cielo!

Pero no quiero entrar en detalles. Hay cosas que pierden su perfume cuando se las expone al aire. Hay pensamientos del alma que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin perder su sentido íntimo y celestial. ¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma!...

Fue un beso de amor, me sentía amada, y decía a mi vez: Os amo, me entrego a vos para siempre.

No hubo ni peticiones, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo Jesús y la pobre Teresita se habían mirado y se habían comprendido. Aquel día no era ya una mirada, sino una fusión. Ya no eran dos. Teresa había desaparecido, como la gota

³² PO, p. 345.

³³ PO, p. 137.

³⁴ PA, p. 395.

de agua que se pierde en el seno del océano. Sólo quedaba Jesús, Él era el dueño, el Rey.

Por la tarde, fui yo la encargada de pronunciar el Acto de consagración a la Santísima Virgen. Era justo que fuese yo, privada en tan tierna edad de la madre de la tierra, la que hablase en nombre de mis compañeras a mi Madre del cielo. Puse todo mi corazón en las palabras, y me consagré a ella como una hija que se echa en brazos de su madre, pidiéndole que vele por ella. Creo que la Santísima Virgen debió de mirar a su florecilla y de sonreírle³⁵.



Al día siguiente, después de la comunión, me volvieron al pensamiento las palabras de María; sentí nacer en mi corazón un gran deseo de sufrir y, al mismo tiempo, la íntima convicción de que Jesús me tenía reservado un gran número de cruces. Me sentí inundada de tan grandes consuelos, que los considero como una de las mayores gracias que he recibido en mi vida.

El sufrimiento se convirtió para mí en sueño dorado. Adiviné los encantos que encerraba, y éstos, aun sin conocerlos todavía bien, me atraían fuertemente. Hasta entonces, había sufrido sin

³⁵ MA, fol. 35, pp. 104-105.

amar el sufrimiento; desde aquel día, sentí por él un verdadero amor³⁶.

Un mes después, aproximadamente, de mi primera comunión, por la fiesta de la Ascensión, fui a confesarme, y me atreví a pedir permiso para comulgar. Contra toda esperanza, el señor abate me lo concedió, y tuve la dicha de arrodillarme a la sagrada mesa entre papá y María. ¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron las lágrimas con inefable dulzura; me repetía a mí misma sin cesar estas palabras de san Pablo: ¡Ya no vivo yo, es Jesús el que vive en mí!

A partir de esta comunión, mi deseo de recibir a Dios se hizo cada vez mayor. Obtuve permiso para comulgar en todas las fiestas principales³⁷.

Su hermana Leonia afirma: Recibió el sacramento de la confirmación en la Abadía de las benedictinas el 14 de junio del mismo año, un sábado. Yo, más que ninguna otra persona, estoy en condiciones de juzgar en esta circunstancia sobre su recogimiento y su actitud más angélica que humana; habiéndome cabido el honor de ser su madrina de confirmación, la seguí paso a paso hasta el altar, echada mi mano sobre su espalda. Saltaba a la vista que se sentía profundamente penetrada del gran misterio que se iba a realizar en su alma³⁸.

7. ENFERMEDAD DE LOS ESCRÚPULOS

A los doce años, durante su retiro de preparación para su segunda comunión solemne, comenzó a sentirse víctima de los escrúpulos. Se sintió de pronto exageradamente preocupada hasta por sus mínimas faltas. En este estado su único consuelo era su hermana mayor María, a quien todo lo consultaba, pero María entró al Carmelo el 15 de octubre de 1886, en plena crisis de los escrúpulos, y hubo de buscar consuelo en sus cuatro hermanitos, muertos de niños. Veamos lo que ella misma nos refiere: *Durante el retiro de mi segunda comunión me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos. Es necesario haber pasado por este*

³⁶ MA, fol. 36, p. 107.

³⁷ MA, fol. 36, p. 107.

³⁸ PO, p. 346.

martirio para comprenderlo bien. Es indecible lo que sufrí durante año y medio. Todos mis pensamientos y mis acciones más sencillas se me convertían en motivo de turbación. Sólo hallaba descanso contándoselo todo a María, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a manifestarle los extravagantes pensamientos que se me ocurrían acerca de ella misma. Tan pronto como depositaba en ella mi carga, disfrutaba por un momento de paz, pero esta paz pasaba como un relámpago, y en seguida el martirio comenzaba de nuevo³⁹.

Cuando María entró en el Carmelo, yo era todavía muy escrupulosa. No pudiendo ya confiarme a nadie, acudí al cielo. Me dirigí a los cuatro angelitos que me habían precedido allá arriba, pues pensaba que estas almas inocentes, no habiendo conocido nunca ni las turbaciones ni el miedo, habrían de tener compasión de su pobre hermanita, que sufría en la tierra.

Les hablé con la sencillez de una niña, haciéndoles notar que, siendo yo la última de la familia, había sido siempre la más amada, la más colmada de ternuras por parte de mis hermanas, y que, si ellos hubieran permanecido en la tierra, también me habrían dado, ciertamente, pruebas de cariño. Su ida al cielo no me parecía razón suficiente para olvidarse de mí; al contrario, hallándose en situación de disponer de los tesoros divinos, debían coger de ellos la paz para mí, ¡y mostrarme con eso que también en el cielo se sabe amar!

La respuesta no se hizo esperar. Pronto la paz inundó mi alma con sus olas deliciosas, y comprendí que si era amada en la tierra, también lo era en el cielo. Desde aquel momento, creció mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas, y hoy gusto de conversar a menudo con ellos, hablándoles de las tristezas del destierro, ¡de mi deseo de ir pronto a reunirme con ellos en la patria!⁴⁰

8. HIJA DE MARÍA

Teresa salió del internado de la Abadía a los 13 años por motivos de salud: Sus continuos dolores de cabeza, la obligaban a

³⁹ MA, fol. 39, p. 115.

⁴⁰ MA, fol. 44, pp. 126-127.

frecuentes ausencias de clase. Su padre consiguió una profesora particular, la señorita Papinau, de 50 años. Debía ir tres o cuatro veces a la semana a casa de su profesora para recibir sus clases. La señorita Papinau era muy buena e instruida. Vivía con su madre y una gata. A su casa iba mucha gente. Algunos comentaban: ¿Quién es esa jovencita tan linda? ¡Qué hermosos cabellos!

Ella misma nos dice: *La señora Papinau era una persona muy buena, muy instruida, pero con ciertos aires de solterona. Vivía en compañía de su madre y era divertido ver el pequeño hogar que formaban juntas las tres (pues la gata era también de la familia, y yo me veía obligada a soportar que la michina ronronease sobre mis cuadernos e incluso admirar su linda estampa).*

Estas lecciones tenían también la ventaja de darme a conocer el mundo. ¡Quién hubiera podido creerlo! En aquella sala amueblada a la antigua, yo asistía, con frecuencia rodeada de libros y de cuadernos, a visitas de todo género: sacerdotes, señoras, señoritas, etc. Yo escuchaba todo lo que se hablaba, aun aquello que más me valiera no haber escuchado por ser la vanidad cosa que tan fácilmente entra en el corazón. Una señora decía, refiriéndose a mí, que tenía el pelo muy bonito. Otra, al despedirse, creyendo que no la oía, preguntaba quién era aquella joven tan linda. Y tales frases, tanto más halagüeñas cuanto que no se decían delante de mí, dejaban en mi alma una impresión de placer que me demostraba claramente cuán llena estaba de amor propio⁴¹.

Pero en su corazón ardía el deseo de ser hija de María, al igual que lo habían sido todas sus hermanas. Para ello debió ir dos veces por semana en las tardes a la Abadía para recibir clases de trabajos manuales, que era un requisito para ser aceptada como hija de María, ya que solamente podían serlo las alumnas del internado y ella ya había dejado de serlo. Cuando terminaba sus clases en la Abadía, nos dice: *Nadie se ocupaba de mí. Por eso, subía a la tribuna de la capilla, y allí permanecía delante del Santísimo Sacramento hasta que papá iba a buscarme. Este era mi único consuelo. ¿No era, acaso, Jesús mi único amigo? No sabía hablar con nadie más que con Él. Las conversaciones con las criaturas, aun las conversaciones piadosas, me ponían cansancio*

⁴¹ MA, fol. 40, pp. 116-117.

*en el alma. Estaba segura de que era preferible hablar con Dios a hablar de Dios, ¡pues es mucho el amor propio que se mezcla en las conversaciones espirituales!*⁴²

Una de sus profesoras de la Abadía atestiguó en el Proceso: *Para obtener el título de hija de María, ella venía a recibir lecciones de trabajos manuales una o dos veces por semana. Yo observé su gran piedad. Las lecciones terminaban hacia las tres y media de la tarde y, en lugar de estar conversando con sus compañeras, esperando a sus padres, ella iba a la capilla y se quedaba en un rincón, donde no se le podía ver, durante una hora o, a veces, dos horas*⁴³. Fue recibida como hija de María el 31 de mayo de 1887.

9. SU CONVERSIÓN

El mismo año 1886 en que se recibió de hija de María iba a realizarse en Teresita la gran transformación de su vida, que ella llama su conversión. Por esta época era muy sensible. Lloraba al menor contratiempo y luego lloraba por haber llorado. Ella misma reconoce en su Autobiografía que esto constituía una gran debilidad suya. Pero la noche de Navidad, Dios la hizo ser valerosa, fuerte y dueña de sí misma. Ella nos lo cuenta en su Historia de un alma: *¡No sé cómo podía mecerme en la dulce ilusión de entrar en el Carmelo estando todavía en los pañales de la niñez! Era necesario que Dios obrase un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento; y este milagro lo realizó el día inolvidable de Navidad. En esta noche luminosa que hace las delicias de la Santísima Trinidad, Jesús, el dulce niño de una hora, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz.*

*En esta noche en que Él se hace débil y paciente por mi amor, a mí me hizo fuerte y valerosa. Me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita nunca más fui vencida en ningún combate, sino que marché por el contrario, de victoria en victoria, y comencé, por decirlo así, ¡una carrera de gigante! Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando se me concedió la gracia de salir de la infancia; en una palabra: la gracia de mi completa conversión*⁴⁴.

⁴² MA, fol. 40-41, pp. 118-119.

⁴³ Sor San Andrés, PA, p. 387.

⁴⁴ MA, fol. 45, p. 130.

Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo. La obra que yo no había conseguido realizar en diez años, Jesús la consumó en un instante, contentándose con mi buena voluntad, que, por cierto, nunca me había faltado. Yo podía decirle como sus apóstoles: Señor, he estado pescando toda la noche sin coger nada.



Más misericordioso todavía conmigo que con sus discípulos, Jesús mismo cogió la red, la echó, y la sacó llena de peces. Hizo de mí un pescador de almas. Sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que nunca hasta entonces había sentido tan vivamente. Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, la necesidad de olvidarme de mí misma por complacer a los demás. ¡Desde entonces fui dichosa!⁴⁵

10. PRANZINI

Desde su conversión Teresita alimentaba en sí misma un gran deseo de salvar almas y esto pudo realizarlo con la salvación de su *primer hijo*, llamado Pranzini. Pranzini no era un vulgar asesino. Con sus 30 años era alto y elegante, un aventurero que escondía bajo hermosas apariencias un asesino oculto. En la noche del 19 al 20 de marzo de 1887 mató a dos mujeres y a una niña en París.

⁴⁵ MA, fol. 45, pp. 130-132.

Una de ellas era conocida por su vida ligera, la otra era su hija de dos años, y la empleada de ambas. Pranzini les robó sus joyas y las mató. Fue arrestado en Marsella como sospechoso y llevado a juicio el 9 de julio. Cuatro días más tarde, el día 13, fue condenado a morir en la guillotina.

Teresa lo cuenta en su Autobiografía: *Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por sus horribles crímenes. Todo hacía creer que moriría impenitente. Me propuse impedir a toda costa que cayera en el infierno. Para conseguirlo empleé todos los medios imaginables. Sabiendo que por mí misma nada podía, ofrecí a Dios todos los méritos infinitos de nuestro Señor, los tesoros de la santa Iglesia. Por último, supliqué a Celina que mandase decir una misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por temor de verme obligada a manifestar que era por Pranzini, el gran criminal.*

No quería decírselo tampoco a Celina; pero ella me hizo tan tiernas y apremiantes preguntas, que le confié mi secreto. Muy lejos de burlarse de mí, me suplicó que la dejara ayudarme en la conversión de mi pecador. Acepté agradecida, pues hubiera deseado que todas las criaturas se uniesen a mí para implorar la gracia del culpable. Alimentaba en el fondo de mi corazón la certeza de que nuestros deseos se verían satisfechos. Le dije a Dios que estaba segurísima de que perdonaría al pobre y desgraciado Pranzini, y que así lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, ¡tanta era la confianza que tenía en la misericordia infinita de Jesús! Pero que para animarme a seguir rogando por los pecadores, y simplemente para mi consuelo, le pedía sólo una señal de arrepentimiento.

Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papá nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución cayó en mis manos el periódico La Croix. Lo abrí apresuradamente, y ¿qué fue lo que vi? Las lágrimas traicionaron mi emoción, y hube de esconderme. Pranzini no se había confesado. Había subido al cadalso, y estaba a punto de meter su cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, herido por una súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el sacerdote, ¡y besó por tres veces sus llagas sagradas! Luego, su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa de Aquél que

declara que ¡en el cielo habrá más gozo por un solo pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia!

Había, pues, obtenido la señal pedida, y aquella señal era la reproducción fiel de las gracias que Jesús me había concedido para inducirme a rogar por los pecadores. ¿No había penetrado en mi corazón la sed de almas a la vista de las llagas de Jesús, al ver gotear su sangre divina? Yo deseaba dar de beber a las almas aquella sangre inmaculada que había de purificar sus manchas, ¡y los labios de mi primer hijo fueron a besar precisamente las sagradas llagas! ¡Qué respuesta tan inefablemente dulce!⁴⁶

Pranzini fue ejecutado el 31 de agosto al amanecer en la prisión de *La Roquette*. Hasta llegar al pie de la guillotina había rechazado los servicios del padre Faure, pero en el último momento le pidió el crucifijo y lo besó varias veces. Así lo certificó en el Proceso el padre Juan Augusto Valadier, que fue su sucesor como capellán de *La Roquette*, donde estaban los condenados a muerte. Él afirma: *Según las Memorias del padre Faure (Souvenirs de la Roquette), Pranzini se entretenía conversando algunas veces con el capellán en su celda. En los últimos momentos, él no pudo tomar el crucifijo que le presentaba el padre Faure, porque los condenados a muerte tienen en ese momento los brazos atados a la espalda, pero Pranzini reclamó con insistencia el crucifijo y el capellán se lo presentó y lo besó varias veces⁴⁷.*

11. VOCACIÓN AL CARMELO

Sor María del Sagrado Corazón, hermana de Teresa, manifiesta en el Proceso: *Desde la edad de dos años, la sierva de Dios manifestó deseos de vida religiosa. Hacia los catorce años esta vocación se orientó tan apremiantemente hacía el Carmelo que ya no dudó de que era un deber para ella entrar en él... por lo que a mí respecta, me opuse vivamente y con mayor obstinación a sus proyectos. Mi oposición se fundaba sobre todo en la joven edad de nuestra hermana y en el temor a la gran pena que sentiría*

⁴⁶ MA, fol. 46, pp. 133-134.

⁴⁷ PO, pp. 387-388.

nuestro padre, porque Teresa era en su vida el verdadero rayo de sol⁴⁸.

Teresa sentía tan fuertemente la llamada de Dios al Carmelo que, teniendo solamente catorce años y medio, seis meses después de su conversión la noche de Navidad, se decidió a decírselo a su padre. Era la tarde del 29 de mayo de 1887 y estaba en el jardín de los Buissonnets con su padre. Ella misma lo cuenta así: *Escogí el día de Pentecostés para hacerle a papá mi gran confidencia. Todo el día estuve suplicando a los santos apóstoles que rogasen por mí, que me inspirasen las palabras que había de pronunciar. ¿No eran ellos, en efecto, los que tenían que ayudar a la niña tímida destinada por Dios a convertirse en apóstol de apóstoles por medio de la oración y del sacrificio?*

Sólo por la tarde, al volver de vísperas, fue cuando hallé la ocasión de hablar a nuestro padrecito querido. Había ido él a sentarse al borde de la cisterna, y desde allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol, cuyos rayos habían perdido su ardor, doraba la cima de los altos árboles, donde los pajarillos cantaban alegremente su oración de la tarde. El hermoso rostro de papá tenía una expresión celestial. Comprendí que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos bañados en lágrimas. Me miró con ternura, y cogiendo mi cabeza, la apoyó en su corazón, diciéndome: ¿Qué te pasa, reinecita mía? Cuéntamelo. Luego, levantándose como para disimular su propia emoción, echó a andar lentamente, manteniendo mi cabeza junto a su corazón.



A través de mis lágrimas, le confié mi deseo de entrar en el Carmelo. Entonces sus lágrimas se mezclaron con las mías; pero

⁴⁸ PO, p. 243.

no dijo ni una palabra para hacerme desistir de mi vocación. Se contentó, simplemente, con advertirme que era todavía muy joven para tomar una determinación tan grave. Pero yo defendí con tanto calor mi causa, que papá, con su modo de ser, sencillo y recto, quedó bien pronto convencido de que mi deseo era también el de Dios. Y fiel a su fe profunda, dijo que Dios le dispensaba un gran honor pidiéndole de aquel modo a sus hijas...

De lo que sí me acuerdo perfectamente es de la acción simbólica que mi amado rey realizó sin él saberlo. Acercándose a un muro poco elevado, me mostró unas florecillas blancas, parecidas a lirios en miniatura; y tomando una de aquellas flores, me la dio, mientras me explicaba con cuánto esmero la había hecho Dios nacer y la había conservado hasta aquel día. Oyéndole hablar, me parecía estar escuchando mi propia historia, tanta era la semejanza entre lo que Jesús había hecho con la florecilla y con Teresita...

Coloqué la florecilla blanca en mi libro de la Imitación, en el capítulo titulado: Que se ha de amar a Jesús por encima de todas las cosas. Todavía sigue allí; sólo que el tallo se ha tronchado muy cerca de la raíz, y Dios parece decirme con eso que él romperá pronto los lazos que atan a su florecilla, y que no la dejará marchitarse en la tierra.

Una vez obtenido el consentimiento de papá, creía poder volar ya libremente al Carmelo. Pero muchos y dolorosos contratiempos habían de someter a prueba todavía mi vocación. Confié a nuestro tío, aunque temblando de miedo, la resolución que había tomado. Él me prodigó las mayores muestras de ternura, pero no me concedió el permiso. Al contrario, me prohibió hablarle de mi vocación antes de haber cumplido los diecisiete años. Era un atentado contra la prudencia humana, decía, permitir la entrada en el Carmelo a una niña de quince años. Siendo la vida de carmelita a los ojos del mundo una vida propia de filósofos, sería un perjuicio grave para la religión permitir que una niña sin experiencia la abrazase. Todo el mundo lo comentaría, etc. Hasta dijo que para decidirle a concederme el permiso se necesitaría un milagro.

Mi único consuelo era la oración. Suplicaba a Jesús que tuviese a bien realizar el milagro pedido, puesto que sólo a ese precio podría yo responder a su llamada...

Por fin, al cuarto día, que era sábado, día consagrado a la dulce Reina de los cielos, fui a ver a nuestro tío. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver que me miraba y me hacía entrar en su despacho sin que yo le hubiese manifestado deseo alguno de hacerlo! Empezó dirigiéndome dulces reproches por portarme con él como si le tuviera miedo. Luego me dijo que no era necesario pedir un milagro; que él sólo había pedido a Dios una simple inclinación del corazón, y que había sido escuchado...

Pocos días después de haber obtenido el consentimiento de nuestro tío, fui a veros, madre mía querida, y os manifesté la alegría que experimentaba al ver pasadas todas mis angustias. Pero ¿cuáles serían mi estupor y mi pena al oírlos decir que el Superior no permitía mi ingreso antes de los veintiún años? Nadie había pensado en semejante oposición, la más invencible de todas.

Sin embargo, sin perder el ánimo, yo misma fui con papá y Celina a hablar con nuestro Padre (Superior), para intentar conmoverle demostrándole que era verdadera mi vocación al Carmelo.

Nos recibió muy fríamente. En vano nuestro incomparable padrecito unió a las mías sus instancias. No fue posible hacerle cambiar de parecer. Me dijo que no había peligro alguno en la demora, que podía llevar en mi propia casa, vida de carmelita, que no estaba todo perdido, etc. Añadió, por último, que él no era más que el delegado de Monseñor, y que si éste tenía a bien permitir mi entrada en el Carmelo, nada tendría él que oponer.

Salí de la casa rectoral deshecha en lágrimas. Menos mal que podía ocultar mi rostro bajo el paraguas, pues llovía torrencialmente. Papá no sabía cómo consolarme. Prometió llevarme a Bayeux tan pronto como le manifesté mis deseos de ir, pues estaba resuelta a conseguir mis fines. Hasta llegué a decir que estaba dispuesta a recurrir al Santo Padre, si Monseñor se negaba a permitirme la entrada en el Carmelo a los quince años...

El 31 de octubre (de 1887) fue el día señalado para mi viaje a Bayeux (para ver al obispo)... Todo fue inútil. Su Excelencia dijo que, antes de decidirse, era indispensable tener una entrevista con el Superior del Carmelo... Mi alma estaba hundida en la amargura,

*pero también en la paz, pues no buscaba más que la voluntad de Dios*⁴⁹.

12. VIAJE A ROMA

Teresa no perdió la esperanza y, llena de fe y confianza, decidió ir con su padre y Celina en una gran peregrinación a Roma con la idea de exponerle al Santo Padre su deseo de entrar en el Carmelo a los 15 años. Su ilusión era entrar el día de Navidad de 1887, ocho días antes de cumplir los 15 años.

Los peregrinos debían reunirse en la cripta de la basílica de Montmartre a las 9 de la mañana el domingo 6 de noviembre. Luis Martin, con sus dos hijas Celina y Teresa, partió de Lisieux el viernes cuatro para llegar a París con tiempo para visitar la ciudad. Ese mismo día fueron a la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, que estaba cerca del hotel donde se hospedaban. Durante la misa, Teresa recibió la gracia de quedar convencida de que había sido la Virgen María quien le había sonreído y devuelto la salud.

Ella escribe: La Santísima Virgen me dio a entender claramente que había sido ella en verdad quien me había sonreído y curado. Comprendí que velaba por mí, que yo era su hija y que, siendo así, no podía darle otro nombre que el de Mamá, pues me parecía aún más tierno que el de Madre. ¡Con cuánto fervor le rogué que me guardase siempre y que realizase mi sueño, escondiéndome a la sombra de su manto virginal!... Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiera empañar mi pureza. No ignoraba que, en un viaje como el de Italia, se hallarían muchas cosas capaces de turbarme... Rogué también a san José que velase por mí... Con esto emprendí sin miedo mi largo viaje. Iba tan bien protegida que me parecía imposible tener miedo.

*Después de habernos consagrado al Sagrado Corazón de Jesús en la basílica de Montmartre, partimos de París el lunes 7 por la mañana (en un tren especial)*⁵⁰.

⁴⁹ MA, fol. 50-52, pp. 144-159.

⁵⁰ MA, fol. 57, pp. 164-165.

En Venecia, en lugar del ruido de las grandes ciudades, reina el silencio únicamente roto por los gritos de los gondoleros... En Bolonia veneramos el cuerpo de santa Catalina, cuyo rostro conserva aún la huella del beso del niño Jesús. Con gusto dejé Bolonia, sobre todo a causa de una aventura que me sucedió⁵¹.

¿Y que diré de la santa Casa de Loreto? Mi emoción fue profunda al encontrarme bajo el mismo techo que cobijó a la Sagrada Familia, al contemplar las paredes sobre las que Jesús había fijado sus ojos divinos, al pisar el mismo suelo que san José había regado con sus sudores, donde María había llevado a Jesús en sus brazos, después de haberle llevado en su seno virginal.

Vi la salita donde el ángel se le apareció a la Santísima Virgen. Metí mi rosario en la pequeña escudilla del niño Jesús. ¡Qué encantadores son estos recuerdos! Pero nuestro mayor consuelo fue recibir a Jesús mismo en casa y ser su templo vivo en el mismo lugar que Él había honrado con su presencia. ¡Ya comprenderéis, madre mía querida, cuál sería nuestro arrobamiento al recibir las dos juntas la santa comunión en esta casa bendita! Fue una dicha del todo celestial que las palabras no pueden expresar.

Una de las más dulces impresiones fue la que experimenté, y me hizo estremecer, a la vista del Coliseo. Por fin, veía aquella arena donde tantos mártires habían derramado su sangre por Jesús. Ya me disponía a besar la tierra que ellos habían santificado, pero ¡qué decepción! El interior no era más que un montón de escombros, que los peregrinos tenían que contentarse con mirar desde lejos, pues una barrera impedía la entrada. Por otra parte, nadie sintió la tentación de intentar penetrar por entre aquellas ruinas.

¿Valía la pena haber ido a Roma y quedarse sin bajar al Coliseo? Aquello me parecía imposible. Ya no prestaba atención a las explicaciones del guía, un solo pensamiento me embargaba: bajar a la arena... Lancé un grito de alegría, y dije a Celina: ¡Ven en seguida, podemos pasar!...

⁵¹ Según refiere Celina: Al bajar del tren había en la estación una bandada de estudiantes. Uno de ellos cogió repentinamente en sus brazos a Teresa sin que en el barullo pudiéramos darnos cuenta. Pero ella se encomendó a la Santísima Virgen y lanzó una mirada tal al importuno que éste tuvo miedo y la soltó al instante; PA, p. 300.

Me palpitaba fuertemente el corazón al posar mis labios sobre el polvo purpurado con la sangre de los primeros cristianos. Pedí la gracia de ser también mártir por Jesús, ¡y sentí en el fondo del corazón que mi oración era escuchada!... Por otra parte, las catacumbas me dejaron una impresión muy dulce. Son tal y como me las había figurado al leer su descripción en la vida de los mártires.

Tan llena de suave fragancia es la atmósfera que allí se respira, que con haber permanecido en ellas buena parte de la tarde, me pareció haber estado sólo unos instantes. Teníamos que llevarnos algún recuerdo de las catacumbas. Por eso, dejando que se alejase un poco la procesión, Celina y Teresa se deslizaron juntas hasta el fondo del antiguo sepulcro de santa Cecilia, y cogieron un poco de la tierra santificada con su presencia.

Antes de mi viaje a Roma no sentía devoción alguna particular por esta santa. Pero al visitar su casa, convertida en iglesia, y el lugar de su martirio, al saber que había sido proclamada reina de la armonía, no a causa de su hermosa voz ni de su talento musical, sino en memoria del canto virginal que hizo escuchar a su Esposo celestial, escondido en el fondo de su corazón, sentí hacia ella algo más que devoción: sentí una verdadera ternura de amiga.

Se convirtió en mi santa predilecta, en mi confidente íntima... Todo en ella me encantaba, sobre todo su abandono y su confianza ilimitada, virtudes que la hicieron capaz de virginizar a unas almas que nunca habían deseado otras alegrías que las de la vida presente...

También la visita a la iglesia de santa Inés fue para mí muy dulce. Era a una amiga de la infancia a quien yo iba a visitar en su casa. Le hablé mucho de la que tan dignamente lleva su mismo nombre. Hice todo lo posible por obtener una reliquia de la angelical patrona de mi madre querida, a fin de traérsela; pero sólo conseguimos una piedrecilla roja que se desprendió sola de un rico mosaico, cuyo origen se remonta al tiempo de santa Inés y que ella debió de mirar muchas veces. ¿No resulta encantador que la amable santa nos diera ella misma espontáneamente lo que buscábamos y que nos estaba prohibido tomar? ¡Aquel hecho lo he considerado siempre como una delicadeza de la dulce santa Inés, y una prueba del amor con que mira y protege a mi madre querida!

Seis días pasamos visitando las principales maravillas de Roma, y el séptimo, vi la mayor de todas: León XIII...

El domingo, 20 de noviembre, después de haberme ataviado según la etiqueta del Vaticano (es decir, de negro, con mantilla de encaje por tocado) y de habernos puesto sobre el pecho una gran medalla de León XIII, suspendida de una cinta azul y blanca, hicimos nuestra entrada en el Vaticano, en la capilla del Soberano Pontífice...

Después de la misa de acción de gracias, que siguió a la de su Santidad, comenzó la audiencia. León XIII estaba sentado en un gran sillón. Vestía con sencillez: sotana blanca y muceta del mismo color. En la cabeza sólo llevaba un pequeño solideo. Le rodeaban, de pie, cardenales, arzobispos y obispos, pero yo sólo les vi en general, pues toda mi atención se centraba en el Santo Padre. Antes de entrar en el aposento pontificio, yo estaba muy decidida a hablar; pero mi valor se debilitó cuando vi a la derecha del Santo Padre ¡al padre Révérony! Casi en aquel mismo instante se nos dijo, de su parte, que prohibía hablar a León XIII, pues la audiencia se estaba prolongando demasiado.

Yo me volví hacia mi amada Celina para conocer su opinión: ¡Habla!, me dijo ella. Un instante después me hallaba a los pies del Santo Padre. Tras de haber yo besado su sandalia, él me presentó su mano; pero en lugar de besarla, junté las mías, y levantando hasta los suyos mis ojos bañados en lágrimas, exclamé: ¡Santísimo Padre, tengo que pedir os una gracia muy grande!

Entonces, el Soberano Pontífice inclinó hacia mí su cabeza, de manera que su rostro casi pegaba con el mío, y vi sus ojos negros y profundos, que me miraban fijamente y parecían penetrarme hasta el fondo del alma.

Santísimo Padre, le dije, en honor de vuestro jubileo, permitidme entrar en el Carmelo a los quince años... Santísimo Padre, respondió el vicario general, se trata de una niña que desea entrar en el Carmelo a los quince años; pero los Superiores se están ocupando al presente del asunto.

Pues bien, hija mía, respondió el Santo Padre, mirándome bondadosamente, haced lo que decidan vuestros superiores.

Apoyando entonces mis manos en sus rodillas, intenté hacer un último esfuerzo, y le dije con voz suplicante: ¡Oh, Santísimo

Padre, si vos dijeseis que sí, todo el mundo estaría conforme! Me miró fijamente, y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba: ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Entraréis, si Dios lo quiere! (Su acento tenía un no sé qué de tan penetrante y convencido, que aún me parece estar oyéndole). Animada por la bondad del Santo Padre, intenté seguir hablando, pero los dos guardias me tocaron con delicadeza, para que me levantase. Viendo que no bastaba la mera indicación, me cogieron por los brazos, y Don Révérony les ayudó a levantarme, pues seguía con las manos juntas, apoyadas en las rodillas de León XIII, y tuvieron que arrancarme de sus pies a viva fuerza...

Nuestro querido papá quedó apenadísimo al salir de la audiencia y encontrarme deshecha en lágrimas. Hizo todo lo que pudo por consolarme, pero en vano. En el fondo del corazón yo sentía una gran paz, pues había hecho absolutamente todo lo que estaba en mi poder por mostrarme fiel a lo que Dios me pedía. Pero esta paz estaba en el fondo, y la amargura llenaba mi alma, pues Jesús callaba. Parecía estar ausente, nada me revelaba su presencia. Además, aquel día el sol no se atrevió a brillar, y el hermoso cielo azul de Italia, cargado de oscuras nubes, no cesó de llorar conmigo.

¡Ah, para mí el viaje había terminado, no tenía ya atractivo alguno, pues su motivo principal había fallado!

Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre debían haberme consolado. ¿No eran, en efecto, una verdadera profecía? A pesar de todos los obstáculos, se realizó lo que Dios quiso. No permitió a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino lo que quería Él.

Desde hacía algún tiempo, yo me había ofrecido al niño Jesús para ser su juguete. Le había dicho que no me tratase como a un juguete caro que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlo, sino como a una pelotita sin ningún valor a la que Él podía tirar al suelo, pegar con el pie, agujerear, abandonar en un rincón, o bien estrechar contra su corazón, si le venía en gana. En una palabra, yo quería divertir al pequeño Jesús, complacerle, entregarme a sus caprichos infantiles. Él había escuchado mi oración⁵².

⁵² MA, fol. 56-63, pp. 171-183.



El día de Navidad del año 1887, en la misa de medianoche, Teresa lloró, porque no se había cumplido su sueño de entrar al Carmelo ese mismo día. El niño Jesús estaba dormido para ella y no daba señales de vida. El uno de enero, víspera de sus quince años, la Madre María de Gonzaga le transmitió la noticia de que el obispo, Monseñor Hugonin, había escrito una carta el 28 de diciembre, dando una respuesta afirmativa a sus deseos; pero ella había decidido que no ingresara hasta después de pasar los rigores de la Cuaresma. Teresa no pudo contener las lágrimas por la demora, pero aceptó con alegría la voluntad de Dios.

A fines de marzo, se conoció la fecha exacta de su entrada al Carmelo. Sería el 9 de abril, fecha en que ese año se celebraba la fiesta de la Anunciación.

13. ENTRADA AL CARMELO

El 9 de abril de 1888 Teresa fue con su familia temprano a la misa de las siete de la mañana, celebrada por el padre Superior del Carmelo, padre Delatroëtte, que no se resignaba a que entrara contra su opinión. Por eso, al presentarla en nombre del obispo a la Comunidad dijo: *Reverendas Madres, pueden cantar un Tedéum. Como delegado del señor obispo, les presento a esta niña de*

quince años, cuya entrada ustedes han querido. Les deseo que no defraude sus esperanzas. Pero les recuerdo que, de no ser así, ustedes serán las únicas responsables⁵³.

Teresita dice en su Autobiografía: Toda la familia se reunió para oír la santa misa y comulgar en ella. Tan pronto como Jesús bajó al corazón de mis parientes queridos, ya no escuché a mi alrededor más que sollozos. Yo fui la única que no lloró, pero sentí palpitarme el corazón con tal violencia, que me pareció imposible dar un paso cuando fueron a indicarnos que nos acercáramos a la puerta conventual. Sin embargo me dirigí hacia ella, preguntándome a mí misma si no iría a morir a causa de los fuertes latidos de mi corazón. ¡Ah, qué momento aquél! Es necesario haberlo vivido para comprenderlo.

Mi emoción no se manifestó exteriormente. Después de haber abrazado a todos los miembros de mi querida familia, me puse de rodillas delante de nuestro incomparable padre, pidiéndole su bendición. Para dármela, también él se puso de rodillas, y me bendijo llorando. ¡El espectáculo de aquel anciano ofreciendo su hija al Señor, en la primavera aún de la vida, tuvo que hacer sonreír a los ángeles!

Por fin, mis deseos se veían cumplidos. Mi alma sentía una paz tan dulce y tan profunda que me sería imposible describirla... ¡Con qué profundo gozo repetía estas palabras: Estoy aquí para siempre, para siempre!⁵⁴

Hallé la vida religiosa tal y como me la había figurado. Ningún sacrificio me extrañó. ¡Y sin embargo, vos sabéis, madre mía querida, que mis primeros pasos encontraron más espinas que rosas! Sí, el sufrimiento me tendió sus brazos, y yo me arrojé en ellos con amor. A los pies de Jesús Hostia, en el examen que precedió a mi profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: He venido para salvar almas y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes.

⁵³ Inés de Jesús, PA, p. 141.

⁵⁴ MA, fol. 69, pp. 198-199.

14. EL CARMELO DE LISIEUX

El Carmelo de Lisieux, en el que entró Teresa, había sido fundado en 1838 por la Madre Genoveva de Santa Teresa (en el mundo señorita Clara Bertrand). Los que la conocieron podrán certificar que era un modelo acabado de dulzura y humildad. Hubo de soportar muchas pruebas y consiguió con sus oraciones y sus consejos que la Comunidad no desapareciera en las terribles pruebas por las que tuvo que pasar, especialmente a causa de la Madre María de Gonzaga, que estuvo de Priora durante 21 años.

Según declararon en el Proceso sor Inés de Jesús, sor María de los Ángeles y del Sagrado Corazón, sor Genoveva y sor María de la Trinidad, tenía una personalidad enfermiza. Ellas firmaron una declaración en la que se decía: *Cayó con frecuencia en cabezonadas deplorables... Desempeñando el cargo de Priora, cuando se trataba de someter a votación a alguna monja, llegaba a imponer su voluntad... Puede así adivinarse cuál sería la formación de las religiosas. Daba muy buenos consejos, pero muy malos ejemplos. Para conseguir caerle en gracia era necesario halagarla y obrar diplomáticamente.*

Se produjeron algunos abusos muy vergonzosos. Por ejemplo, la pobre Madre tenía un gato, al que alimentaba con hígado de ternera y leche azucarada. Cuando el gato cazaba un pájaro, la Madre se lo preparaba asado y con una salsa exquisita. Hasta aquí, la cosa no pasaba de ser ridícula, aunque también había en ello una falta de pobreza. Pero algunas veces, el gato desaparecía, y por la noche, durante el silencio riguroso, la Priora salía en su busca, llevando consigo a las hermanas de velo blanco: lo llamaba por todas partes, hasta por encima de la tapia que separa nuestro monasterio de un jardín vecino, faltando de este modo a la observancia y sembrando la alarma en toda la Comunidad.

Al acercarse las elecciones, era toda una bochornosa campaña electoral la que organizaba. La Madre Genoveva, para mantener la paz, se retiraba humildemente al terminar sus tres años, dejando los seis siguientes para la Madre María de Gonzaga.



Después de la muerte de la Madre Genoveva, viendo que le era imposible seguir siendo siempre Priora, orientó los votos del capítulo hacia sor Inés de Jesús, cuyo carácter conciliador bien conocía. Pretendía con ello permanecer en su cargo de maestra de novicias y traer a la nueva Priora a sus puntos de vista. Pero cuando vio que la nueva priora se tomaba en serio su autoridad, la hizo objeto de mil persecuciones...

El cuadro de injusticias y de tristezas que se vieron en el monasterio carecería de una parte de verdad, si no se dijese algo sobre los abusos causados por la debilidad que la Madre María de Gonzaga sentía respecto a su familia y por las visitas en el locutorio. Todos los días, durante largo tiempo, conversaba con una señora de la ciudad, amiga suya, que le proveía de noticias, con las que luego alimentaba las recreaciones.

En cuanto a su familia, la cosa era mucho más grave. Una de sus hermanas, la condesa de X..., había malcriado a su hija única, la cual, casada, engañaba a su madre. Esta, a través de una incesante correspondencia epistolar, contaba a la Madre María de Gonzaga todas sus penas hasta en los mínimos detalles, y el humor de la pobre Madre dependía de las nuevas recibidas cada día.

La señora de X... pidió prestados a la comunidad 20.000 francos. Poco a poco, suspendió el pago fiel de la renta; y cuando, alguna que otra vez, se recibía un billete de banco, había que darle las gracias como si de un donativo se tratase. Después de su muerte, la Comunidad recuperó los 20.000 francos, más 2.000 de intereses atrasados, pedidos a la ventura, pues la Madre María de

Gonzaga no llevaba cuenta exacta de nada. A falta de pruebas, no pudo reclamarse más.

La condesa de X..., consideraba el Carmelo como su propia casa, y las religiosas, a las que ella llamaba sus amigas, no fueron muchas veces más que sus criadas. Cuando venía a Lisieux, había que servirle como a una reina. No entraba en el monasterio, pero el locutorio y una estancia del torno exterior constituían sus dominios y los de sus nietos. Toda la Comunidad suspiraba cuando se le decía: “¡La señora de X... está aquí!”.

La señora de X... fue acometida por una enfermedad larga y dolorosa. El Carmelo era el que pagaba al especialista y suministraba los paños para sus apósitos, y una de nuestras hermanas conversas era quien lavaba luego estos paños llenos de un pus tanto más infecto, cuanto que su envío había empleado el tiempo de varios días. Se llegó incluso a tener que reparar toda su ropa, sus bajos, etc...

Esta lamentable situación, que almas santas habían comprobado y deplorado, trascendió muy poco al exterior. Fuera del monasterio, la Madre María de Gonzaga se ganó con su poderosa influencia la estima de los que no la conocieron a fondo, de los que no la vieron actuar en la intimidad de la vida religiosa en las ocasiones en las que se manifestaban las extravagancias de su humor voluble y se producían las escenas de su temible envidia⁵⁵.

En este ambiente negativo, no obstante, se santificó sor Teresa. Ella amaba de corazón a la Madre Gonzaga y rezaba por ella. Teresa la vio un día en sueños atravesar la ermita que la Madre había dedicado al Sagrado Corazón. La sierva de Dios creyó ver en este sueño una señal de la misericordia que el Señor usaría con ella a causa de su devoción al Sagrado Corazón: pasaría por el fuego sin quemarse eternamente⁵⁶.

Sor Genoveva de la santa Faz refiere en el Proceso lo que la misma Madre Gonzaga le contó después de la muerte de sor Teresa. Fue una gracia recibida a la vista de un retrato que representaba a Teresa niña. Dicha gracia tuvo que ser muy señalada, pues nuestra pobre Madre no podía mirar la estampa sin llorar. Fui testigo de esta emoción, muchas veces renovada, y me

⁵⁵ PA, pp. 143-148.

⁵⁶ PA, p. 148.

decía entonces: “Sólo yo puedo saber lo que le debo... ¡Oh, lo que me ha dicho! ¡Lo que me ha reprochado! ¡Pero tan dulcemente!”. La buena Madre miraba con frecuencia esta estampa y, en los últimos años de su vida, se enmendó sensiblemente bajo el dulce impulso de Teresa⁵⁷.

La Madre María de Gonzaga murió de cáncer de lengua el 17 de diciembre de 1904 a los 71 años de edad. La víspera de su muerte, dijo humildemente a la Madre Inés, su Priora: *Madre mía, he ofendido mucho a Dios. Soy la más culpable de toda la Comunidad. No esperaré salvarme, si mi pequeña Teresa no intercediera por mí. Estoy segura de que le deberé la salvación*⁵⁸.

Por otra parte la Madre Genoveva, la fundadora, era una santa. El día de su muerte, dice sor Teresa: *Todas las hermanas se apresuraron a pedir alguna reliquia. Durante su agonía yo vi brillar como un diamante una lágrima en sus párpados. Aquella lágrima, la última de todas que derramó, no se desprendió. La vi resplandecer todavía en el coro sin que nadie pensase en recogerla.*

*Entonces, tomando un pañito fino, me atreví a acercarme por la noche sin ser vista y recogí como reliquia la última lágrima de una santa. Desde entonces la he llevado siempre en la bolsita donde guardo encerrados mis votos. No doy importancia alguna a mis sueños, pero una noche, después de la muerte de la Madre Genoveva, tuve uno muy consolador. Soñé que estaba la Madre haciendo su testamento, dando a cada hermana algo de lo que le había pertenecido. Cuando me llegó el turno, pensé que no recibiría nada, pues ya nada le quedaba. Pero incorporándose, me dijo por tres veces con acento penetrante: A vos, os dejo mi corazón*⁵⁹.

⁵⁷ PO, p. 313.

⁵⁸ PA, p. 148.

⁵⁹ MA, fol. 79, p. 225.

SEGUNDA PARTE

VIDA RELIGIOSA

15. POSTULANTADO

El Carmelo en el que entró Teresa tenía una santa, la Madre Genoveva, y tenía una enferma psicológica, la Madre María de Gonzaga. Las demás hermanas se debatían entre la mediocridad y su deseo de ser santas. Exceptuando a la Madre María de Gonzaga, a las hermanas de Teresa y quizás a dos o tres más, el resto era de muy poca cultura. En total eran 26 religiosas con una media de 47 años. El monasterio era pequeño y había sido construido 50 años atrás; pero, aunque pobre, estaba en buenas condiciones. El problema era el estado anímico de la Comunidad.

Refiere en el Proceso sor María Magdalena del Santísimo Sacramento: *Cuando yo entré al Carmelo de Lisieux encontré la Comunidad en un estado que me decepcionó. Yo creía que todas las carmelitas eran santas; pero, poco a poco, me di cuenta que en ese tiempo la mayoría de las religiosas eran muy imperfectas, sobre todo en cuanto al silencio y la caridad mutua, pues había entre ellas muchas divisiones lamentables.*

En este ambiente poco edificante, sor Teresa no cometía ni la más mínima falta. No sólo no imitaba a las imperfectas, sino que era muy diferente incluso a las más edificantes. Yo la observaba en todo: en el lavado, en los trabajos comunes, en la recreación; incluso traté alguna vez de ponerla a prueba, pero no pude encontrarle ninguna falta...

Yo la encontraba demasiada perfecta y huía de ella, pero ella me demostraba mucha bondad. Cuando yo sufría, ella se las ingeniaba para alegrarme y trataba de hacerme siempre el bien con mucha discreción...

Entre las religiosas, cerca de la mitad decían que era una buena religiosa, dulce, que no sufría nada y cuya vida era

*insignificante. El resto de la Comunidad se mostraba desfavorable y decían que era mimada por sus hermanas sin manifestar ningún reproche concreto*⁶⁰.

En el reglamento de la Comunidad se establecía seis horas de oración en el coro; siete horas de sueño; cinco de trabajo normal (confección de hostias, imágenes, costura, ajuares, lavandería...). Después de las comidas había una hora de recreación en común, donde se podía hablar. El alimento era suficiente, pero no comían carne más que las enfermas. En total pasaban muchas horas de silencio en las celdas trabajando, leyendo o en oración. Pero muchas no cumplían con el silencio y había divisiones entre unas y otras con la consecuente falta de caridad. Teresa era un ejemplo para todas. En el tabique de su celda había escrito estas palabras, sujetándolas con un alfiler: *Jesús es mi único amor*⁶¹.

Teresa estuvo de postulante desde el 9 de abril de 1888 hasta el 10 de enero de 1889. Dos meses después de su entrada, vino al convento el padre jesuita Almiro Pichon, y dice Teresa: *Mi entrevista con el buen padre fue para mí un consuelo muy grande. Hice una confesión general, como nunca la había hecho. Al final, el padre me dijo estas palabras, las más consoladoras que jamás han sonado en los oídos de mi alma: En presencia de Dios, de la Santísima Virgen y de todos los santos, DECLARO QUE NUNCA HABÉIS COMETIDO NI UN SOLO PECADO MORTAL.*

*Luego añadió: Agradeced a Dios lo que hace por vos, pues si os abandonase, en lugar de ser un pequeño ángel, llegaríais a ser un pequeño demonio*⁶².

*En sus ratos libres le gustaba adornar con flores la imagen del niño Jesús, cuyo cuidado le habían encomendado. En el tiempo de Navidad se sentía feliz de adornar el pesebre y componía poesías para el niño Jesús, que después recitaba ante las hermanas con mucha ternura y amor*⁶³.

Durante el postulante se le encargó del zurcido de la ropa, barrer el claustro y las escaleras, y trabajar un rato por las tardes en el jardín. En su celda sólo tenía una cama con una manta, una

⁶⁰ PO, pp. 478-481.

⁶¹ Sor Genoveva, PO, p. 280.

⁶² MA, fol. 70, p. 200.

⁶³ PO, p. 415.

banqueta, una lámpara de aceite, un reloj de arena y una cruz de madera sin Cristo en la pared. Pero ella se sentía en el cielo, especialmente en sus horas de oración a solas con Jesús.

16. TOMA DE HÁBITO

El 10 de enero de 1889, con la toma de hábito, comenzaba el año de noviciado. Para ese día había deseado que la naturaleza estuviera ataviada de blanco como ella iba a estar, ya que durante el postulante vestía una túnica azul con una esclavina negra y un gorrito oscuro para recoger su abundante cabellera rubia.



Jugar en la nieve había sido una de sus alegrías de niña. Le encantaba ver los campos cubiertos de nieve en el invierno. Y Jesús quiso darle gusto a su pequeña prometida. Ella lo describe así: *La víspera de este hermoso día miraba yo tristemente el cielo gris, del que de vez en cuando se desprendía una lluvia fina ; y la temperatura era tan suave, que ya no esperaba la nieve. A la mañana siguiente, el cielo no había cambiado. Sin embargo, la fiesta resultó encantadora. Y la más bella y encantadora flor fue mi rey querido. Nunca había estado tan guapo y tan digno. Fue la admiración de todo el mundo, aquel día fue su triunfo, su última fiesta aquí abajo. Había dado todas sus hijas a Dios, pues habiéndole confiado Celina su vocación, él había llorado de alegría, y había ido juntamente con ella a dar gracias a Aquél que le hacía el honor de tomar a todas sus hijas.*

Al final de la ceremonia, Monseñor entonó el tedéum. Un sacerdote trató de advertirle que aquel cántico no se cantaba más que en las profesiones, pero el impulso estaba dado, y el himno de acción de gracias se cantó entero. ¿No había de ser completa aquella fiesta, si en ella se resumían todas las demás? Después de haber abrazado por última vez a mi amado rey, volví a entrar en clausura. Lo primero que vi al entrar en el claustro fue a mi rosado niño Jesús sonriéndome en medio de flores y de luces, e inmediatamente después mi mirada se posó sobre copos de nieve. ¡El patio estaba de blanco, como yo!

¡Qué delicadeza la de Jesús! Cumpliendo los deseos de su pequeña prometida, le daba nieve. ¿Qué mortal, por poderoso que sea, puede hacer nieve del cielo para complacer a su amada?⁶⁴

Otro deseo que le cumplió Jesús fue el de tener muchas flores. Nos dice: *Sabéis, madre mía querida, cuánto me gustan las flores. Al hacerme prisionera a los quince años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los campos esmaltados de tesoros primaverales. Pues bien, nunca he tenido más flores que desde que entré en el Carmelo.*

Es costumbre que los desposados ofrezcan con frecuencia ramilletes de flores a sus prometidas. Jesús no lo echó en olvido; me envió, a montones, gavillas de acianos, margaritas gigantes, amapolas, etc., en una palabra: las flores que más me gustan. Hasta había una pequeña flor llamada la neguilla de los trigos, que no había vuelto a encontrar desde que estábamos en Lisieux. Deseaba mucho volver a ver esta flor de mi infancia, que yo había cogido en los campos de Alençon. Y fue precisamente en el Carmelo donde la florecilla vino a sonreírme y a demostrarme que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, Dios da el ciento por uno ya en esta vida a las almas que por su amor lo han abandonado todo⁶⁵.

¡Cuántas alegrías y regalos le concedió su divino esposo! No en vano se ha dicho siempre que los santos son las personas más felices el mundo. ¡Vale la pena entregarse totalmente a Dios! Él no se deja ganar en generosidad y nos recompensará con millones de gracias y alegrías celestiales. Para seguir a Jesús y no

⁶⁴ MA, fol. 72-73, pp. 206-207.

⁶⁵ MA, fol. 81, pp. 231-232.

equivocarse, Teresa seguía el camino de la obediencia y estudiaba la Regla y Constituciones de su Orden. A la obediencia la llamaba su brújula infalible.

Le escribía a la Madre María de Gonzaga: *¡Qué dulce es para mí fijar en vos la mirada para saber adónde me llama Dios y volar rápidamente allí!*⁶⁶ En su Autobiografía dice: *Cuando el alma deja de mirar a la brújula infalible, cuando se aparta del camino que ella misma señala bajo pretexto de cumplir la voluntad de Dios, entonces, inmediatamente, el alma se extravía por caminos áridos en los que pronto llega a faltarle el agua de la gracia*⁶⁷.

Después del año del noviciado debía hacer sus votos definitivos el 11 de enero de 1890, pero la Madre María de Gonzaga, de acuerdo con sor Inés, decidió postergar su compromiso definitivo con Jesús para el 8 de setiembre. El 28 de agosto comenzó su retiro preparatorio de diez días en medio de una sequedad absoluta. En la noche del domingo 7 de setiembre, víspera de su consagración total, le entró la angustia, pensando que su vocación era falsa, y estaba engañando a todo el mundo.

Ella misma lo relata: *La víspera se levantó en mi alma la mayor tempestad que había conocido hasta entonces en mi vida*⁶⁸...

Nunca me había venido al pensamiento ni una sola duda acerca de mi vocación. Era necesario que pasase por esta prueba. Por la noche, haciendo el viacrucis después de maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un sueño, una quimera. La vida del Carmelo me parecía muy bella; pero el demonio me inspiraba la seguridad de que no estaba hecha para mí, de que engañaría a las Superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada.

Mis tinieblas eran tan grandes, que no veía ni comprendía más que una cosa: ¡Yo no tenía vocación! ¡Ah! ¿Cómo describir la angustia de mi alma? Me parecía (pensamiento absurdo que demuestra hasta qué punto era tentación del demonio) que si comunicaba mis temores a mi maestra, ésta me impediría pronunciar mis santos votos.

⁶⁶ Sor Inés de Jesús, PA, p. 192.

⁶⁷ MC, fol. 11, p. 286.

⁶⁸ MA, fol. 73, p. 209.

No obstante, prefería cumplir la voluntad de Dios y volver al mundo a quedarme en el Carmelo cumpliendo la mía. Hice, pues, salir del coro a mi maestra, y llena de confusión le manifesté el estado de mi alma.

Afortunadamente, ella vio más claro que yo, y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, el cual pensaba, tal vez, que no me atrevería a confesar mi tentación. Apenas terminé de hablar, mis dudas desaparecieron. Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise comunicar mi extraña tentación a nuestra Madre, y ella se contentó con echarse a reír. La mañana del 8 de setiembre me sentí inundada por un río de paz. Y con esa paz que supera todo sentimiento pronuncié mis santos votos⁶⁹.

17. BODAS CON JESÚS

El 8 de setiembre Teresa se unió para siempre a Jesús como esposa. Fue el día de sus bodas con Jesús. A pesar de no recibir gracias extraordinarias, tomó en serio su papel de esposa. Se sentía la esposa del Rey del cielo. Su mayor deseo y su idea fija era hacer feliz a Jesús con los pequeños sacrificios y detalles de cada día. Todo lo hacía por amor a Él. Escribe: *¡Cuántas gracias pedí aquel día! Me sentía verdaderamente REINA. Por eso, me aproveché de mi título para libertar a los cautivos y obtener el favor del Rey para sus súbditos ingratos. Deseaba, en una palabra, libertar a todas las almas del purgatorio y convertir a los pecadores⁷⁰.*

Para ese día escribió la siguiente oración: *¡Oh, Jesús, divino Esposo mío, que nunca pierda yo la segunda vestidura de mi bautismo! Llévame antes de que cometa la más ligera falta voluntaria. Que no busque yo, ni encuentre, cosa fuera de Ti, que las criaturas no sean nada para mí ni yo nada para ellas, ¡que Tú, Jesús, lo seas todo! Que las cosas de la tierra no lleguen nunca a turbar mi alma, que nada turbe mi paz. Jesús, no te pido más que la paz, y también el amor, el amor infinito, sin otro límite que Tú mismo..., el amor cuyo centro no sea yo, sino Tú, Jesús mío.*

⁶⁹ MA, fol. 76, pp. 218-219.

⁷⁰ MA, fol. 77, p. 220.

Jesús, que muera mártir por Ti, con el martirio del corazón o del cuerpo, o mejor, con los dos. Concédeme la gracia de cumplir mis votos en toda su perfección, y hazme comprender lo que una esposa tuya debe ser. Haz que no sea yo nunca una carga para la Comunidad, sino al contrario que nadie se ocupe de mí, que me vea pisada y olvidada como un granito de arena tuyo, Jesús. Que se cumpla en mí perfectamente tu voluntad, que consiga llegar al puesto que Tú fuiste a prepararme.

Haz, Jesús, que salve muchas almas, que ni una sola se condene hoy, y que todas las almas del purgatorio sean liberadas. Jesús, perdóname, si digo cosas que no debiera decir, sólo quiero alegrarte y consolarte (8 de setiembre de 1890)⁷¹.

El día 24 de ese mes tuvo lugar la ceremonia de mi toma de velo. Fue un día velado por las lágrimas. Papá no estaba allí para bendecir a su reina. El padre (Pichón) estaba en el Canadá, Monseñor, que debía venir y comer en casa de nuestro tío, cayó enfermo, y tampoco vino. En fin, todo fue tristeza y amargura. Sin embargo, la paz, siempre la paz, se hallaba en el fondo del cáliz...

Ocho días después de mi toma de velo, se verificó el casamiento de Juana (mi prima). Me sería imposible decir, madre mía querida, cuánto me instruyó su ejemplo acerca de las delicadezas que una esposa debe prodigar a su esposo. Escuchaba ávidamente todo lo que podía aprender a este respecto, pues no quería yo hacer menos por mi amado Jesús de lo que hacía Juana por Francis, una criatura muy perfecta, sin duda, pero ¡criatura, al fin!

Hasta me entretuve en componer una carta de invitación, para compararla con la suya. He aquí los términos en que estaba concebida:

El Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, Soberano Dominador del Mundo, y la Gloriosísima Virgen María, Reina de la Corte celestial, tienen a bien participaros el Casamiento de su Augusto Hijo, Jesús, Rey de Reyes y Señor de Señores, con la señorita Teresa Martin, ahora Señora y Princesa de los Reinos aportados en dote por su Divino Esposo, a saber: la

⁷¹ Historia de un alma, Apéndice, p. 361.

Infancia de Jesús y su Pasión, siendo sus títulos de nobleza: del Niño Jesús y de la Santa Faz⁷².



Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la Madre Genoveva, recibí grandes gracias durante el retiro espiritual. Ordinariamente, los retiros predicados me resultan todavía más penosos que los que hago sola. Pero aquel año no fue así.

Había hecho con mucho fervor una novena preparatoria, a pesar del presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador, dedicado más a los grandes pecadores que a las almas religiosas, no iba a ser capaz de comprenderme. Dios, queriendo demostrarme que sólo Él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este padre⁷³, a quien solamente yo aprecié en la Comunidad.

Sufría por entonces grandes inquietudes interiores de toda clase (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo). Estaba dispuesta a callar acerca de mi estado interior, por no saber cómo expresarme, pero apenas entré en el confesonario, sentí que mi alma se dilataba.

Después de haber pronunciado unas pocas palabras, fui comprendida de un modo maravilloso, y hasta adivinada. Mi alma

⁷² MA, fol. 76-77, pp. 218-222.

⁷³ Se trata del padre Alejo Prou, franciscano.

era como un libro abierto donde el padre leía mejor que yo misma.

Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que me atraían tan fuertemente, pero por los que no me atrevía a navegar. Me dijo que mis faltas no desagradaban a Dios, que como representante suyo, y en su nombre, me aseguraba que Dios estaba muy contento de mí.

¡Oh, qué dicha experimenté al escuchar esta consoladoras palabras! Nunca había oído decir que las faltas pudiesen no desagradar a Dios. Esta seguridad me colmó de alegría y me hizo soportar pacientemente el destierro de la vida. En el fondo de mi corazón estaba convencida de que era así, pues Dios es más tierno que una madre⁷⁴.

18. SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ

Así se quiso llamar sor Teresa y así firmaba sus cartas a partir de su toma de hábito. Amaba mucho el misterio de la Navidad y tenía mucha devoción a la Pasión de Jesús. En Navidad adornaba especialmente el pesebre y manifestaba su amor a la imagen del niño Jesús, poniéndole flores.

Su hermana Celina, sor Genoveva, afirma en el Proceso: *El nombre de Teresa del niño Jesús se lo habían dado desde la edad de nueve años, cuando manifestó sus deseos de ser carmelita. Solía hacer esta oración: “Oh niño Jesús, mi único tesoro, me abandono a tus divinos caprichos. No quiero otra alegría que la de hacerte sonreír, imprime en mí tu gracia y tus virtudes infantiles a fin de que el día de mi nacimiento en el cielo, los ángeles y los santos reconozcan en mí a tu pequeña esposa: Teresa del niño Jesús”.*

⁷⁴ MA, fol. 80-81, pp. 228-229.



Por otra parte, la sierva de Dios no podía separar los misterios de la Pasión de los del pesebre. Por eso, a su nombre de Teresa del niño Jesús, añadió el de la santa Faz⁷⁵.

En casullas y estampas pintó la santa Faz. Compuso para sus novicias una consagración a la santa Faz y una oración para sí misma. En fin, dice su hermana Paulina, sor Inés de Jesús: *Creo que fue ella quien, después de su muerte, inspiró a sor Genoveva el perfecto trabajo ejecutado por ésta de la santa Faz, según el santo sudario de Turín, reproducción tan conocida ahora, que muchas veces se llama: la Santa Faz del Carmelo de Lisieux⁷⁶.*

19. DIVERSOS EMPLEOS EN LA COMUNIDAD

Refiere sor Inés de Jesús: *Ejerció varios empleos en la Comunidad. Desde su entrada en el monasterio, fue agregada a la ropería durante nueve meses; después de su toma de hábito, al refectorio durante dos años, y luego a la sacristía hasta el mes de junio de 1892. A partir de esta fecha, se ocupó en diversos trabajos de pintura: fresco del oratorio, manteles de altar, y estampas que se vendían para fuera. Durante este tiempo, fue nombrada tercera*

⁷⁵ PA, p. 264.

⁷⁶ PA, p. 152.

de la depositaria, a quien asistía cada vez que los obreros entraban en el convento.

En las elecciones de 1893, fue nombrada tornera, sin dejar sus ocupaciones de pintura. En marzo de 1896, fue adscrita de nuevo a la sacristía. Acababa de tener su primer vómito de sangre, y al caer gravemente enferma, se la retiró de este oficio. Fue entonces cuando obtuvo que se la pusiera en la ropería, como auxiliar de una pobre hermana neurasténica, y en este puesto permaneció hasta el agotamiento de sus fuerzas.

Le hubiera gustado mucho ser enfermera, por las numerosas ocasiones que hubiera tenido de practicar la caridad, pero su deseo nunca se vio realizado. El 8 de julio de 1897, se acostó en la enfermería, y allí murió el 30 de setiembre de 1897⁷⁷.

Su hermana Inés de Jesús, al ser elegida Priora a sus 31 años el 20 de febrero de 1893, siguiendo la costumbre, nombró a la Madre María de Gonzaga como maestra de novicias, pero colocó a Teresa como su ayudante, aunque en realidad lo hacía todo ella. En este oficio consideraba a las novicias como sus hijas o sus ovejitas. Eran cinco novicias que estaban a su cargo.

Su hermana Inés certificó en el Proceso: *A propósito de las novicias me dijo un día: “Echo a diestra y siniestra a mis pajarillos los granos buenos que Dios deposita en mi mano para ellos, y luego, que sea lo que quiera, no vuelvo a ocuparme más de ello”⁷⁸.*

La misma sor Teresa dice: *Con frecuencia me dicen las novicias: ¡Tenéis respuesta para todo! Creía ponerlos esta vez en un aprieto... ¿De dónde sacáis las cosas que decís? Las hay tan cándidas que creen que leo en sus almas, porque alguna vez les he prevenido, diciéndoles lo que pensaban... A veces, con una sencillez que me encanta, me cuentan todas las luchas que provocho en sus almas, todo lo que les desagrada de mí. Me hablan, en fin, sin reparo alguno, con entera libertad, como si se tratase de otra persona y no de mí, pues saben que, obrando así, me causan un gran placer. ¡Ah, verdaderamente más que un placer es un festín delicioso que me llena el alma de gozo! No puedo explicarme cómo una cosa, que disgusta tanto a la naturaleza,*

⁷⁷ PA, p. 149.

⁷⁸ PA, p. 160.

pueda causar tanta dicha. Si no lo hubiera experimentado, no podría creerlo...

Un día en que deseaba particularmente ser humillada, una novicia se encargó tan bien de satisfacerme que enseguida pensé en Semeí, maldiciendo a David (2 Sam 16,5). Y mi alma saboreó deliciosamente el alimento amargo que tan abundantemente se le servía⁷⁹.

Lo cierto es que las novicias la querían mucho y tenían tanta confianza en ella como para decirle los defectos que le encontraban; y la admiraban porque, ciertamente, muchas veces conocía sus problemas sin que se los dijeran, por una luz especial que recibía de Dios.

Además de cuidar de las novicias, se dedicaba a pintar. Pintó la pared que rodeaba el sagrario del oratorio de las enfermas al lado de la capilla. Entre los doce angelitos que vuelan en torno al Santísimo Sacramento, había un niño dormido junto al sagrario. Teresa lo pintó así, pensando en sí misma, durmiendo en la oración al lado de Jesús.

20. VIDA EN COMUNIDAD

A lo largo de sus años de vida religiosa se esforzó en llevar una vida sacrificada y llena de caridad para con todas las hermanas. Según cuenta sor Inés de Jesús: *Me confesó que en los comienzos de su vida religiosa había creído obrar bien por imitar a los santos, ingeniándoselas para volver insípidos los alimentos, pero después de mucho tiempo, me dijo: “Abandoné esta manera de obrar. Cuando la comida responde a mi gusto, bendigo a Dios; cuando, por el contrario, es mala, entonces es cuando acepto la mortificación. Esta mortificación no buscada me parece la más segura y la más santificadora”⁸⁰.*

Un día, después de haber llevado durante mucho tiempo una crucecita armada de puntas, se le produjo una herida que se agravó y, al fin, hubo de hacerse curar. Decía en esta ocasión: *Ya veis que las grandes penitencias no están hechas para mí⁸¹.*

⁷⁹ MC, fol. 26-27, pp. 317-320.

⁸⁰ PA, p. 184.

⁸¹ Inés de Jesús, PO, p. 168.

Dios quería llevarla por un camino de sencillez para que todos pudieran seguirla, aún los más pequeños.



Por eso, decidió no hacer sacrificios por su cuenta, sino ofrecer con amor los pequeños sacrificios de la vida diaria. Por ejemplo, cuando la acusaban sin razón, cuando le daban de comer las sobras que nadie quería. Especialmente recordará, entre otras cosas, una tortilla dura como una suela de zapato. También ofrecía a Jesús el sonreír a las hermanas más desagradables, el doblar las capas que dejaban olvidadas las hermanas, prestar pequeños servicios siempre que podía, aunque no le correspondiera.

Muchas veces debía hacerse violencia interior para obrar con caridad con las hermanas o para cumplir alguna obediencia, pero así iba purificando su amor, haciéndolo todo por amor a Jesús. Veamos algunos detalles concretos de caridad. Dice sor Inés de Jesús: *En una ocasión, la sierva de Dios me confió la lucha íntima y vivísima que hubo de sostener a propósito de una lamparilla que le habían mandado preparar para la hermana y el resobriño de la Madre María de Gonzaga, porque los parientes de esta Madre Priora, contrariamente a nuestras costumbres, venían con harta frecuencia, unos u otros, a alojarse en el edificio exterior de las hermanas torneras.*

“El diablo, me dijo, me tentó violentamente de rebeldía, no sólo contra la lámpara, que me hacía perder un tiempo precioso, sino también contra la conducta de nuestra Madre, que supeditaba

parte de la Comunidad al servicio de su familia y toleraba para los suyos lo que nunca habría permitido para las familias de las demás hermanas. Pero me di cuenta de que estaba a punto de ofender a Dios, y le pedí la gracia de calmar la tempestad que se había levantado en mí. Realicé un gran esfuerzo sobre mí misma, y me puse a preparar la lamparilla como si ésta estuviera destinada a alumbrar a la Santísima Virgen y al niño Jesús. Puse en ello un cuidado increíble, sin dejar la menor motita de polvo. Entonces, mi corazón se apaciguó, y me hallé en la disposición sincera de prestar servicios durante toda la noche a los parientes de nuestra Madre, si me los hubieran pedido”⁸².

La misma sor Inés añade: *Con ocasión de la muerte de la Madre Genoveva (fundadora del Carmelo de Lisieux), nuestros familiares y los obreros del monasterio enviaron muchos ramos y coronas. Sor Teresa los estaba colocando como mejor le parecía alrededor del ataúd, cuando sor X..., que la observaba, exclamó toda disgustada: “¡Ah, qué bien sabéis poner a la vista las coronas enviadas por vuestra familia y dejar detrás, en la última fila, los ramilletes de los pobres!”. A esta observación tan penosa, escuché la siguiente respuesta llena de dulzura: “Os lo agradezco, hermana, tenéis razón: dadme la cruz de musgo enviada por los obreros, la colocaré delante”. A partir de ese día, me lo confesó más tarde sor X..., dicha religiosa apreció a la sierva de Dios como a una santa.*

Parecía sentir un cariño particular por las religiosas que podían hacerla sufrir y buscaba preferentemente su compañía. Su hermana mayor (María del Sagrado Corazón) me manifestó repetidamente su asombro, e incluso su pena: “Se diría que a esa religiosa, que tanto le desagrada, la ama más que a mí, que he sido, sin embargo, como una madre para ella”. En la recreación, nunca buscaba de una manera especial la compañía de sus tres hermanas carnales, carmelitas como ella. Iba indistintamente con cualquier religiosa; con mucha frecuencia, conversaba más gustosamente con las que se hallaban solas y abandonadas⁸³.

Sor María de la Trinidad declara: *Nada le costaba soportar tanto como ver que se ocupaban de ella. Confiaba su estado a Dios, esto le bastaba. Una noche, me contó, la enfermera vino a*

⁸² PA, p. 188.

⁸³ PO, p. 163.

ponerme una botella de agua caliente a los pies y tintura de yodo en el pecho. Yo estaba consumida por la fiebre. Al someterme a tales remedios, no pude por menos de quejarme a nuestro Señor: “¡Jesús mío, le dije, sois testigo de que estoy ardiendo, y me traen todavía calor y fuego! ¡Ah, si en lugar de esto tuviera a mi alcance medio vaso de agua! ¡Jesús mío, vuestra hijita tiene mucha sed! Sin embargo, se siente dichosa de hallar la ocasión de que le falte lo necesario, a fin de parecerme mejor a vos y de salvar almas”. A poco, la enfermera me dejó y se fue, y no contaba ya con volver a verla hasta el día siguiente por la mañana, cuando con gran sorpresa mía volvió, algunos instantes después, trayendo una bebida refrescante. ¡Oh, qué bueno es nuestro Jesús! ¡Qué dulce es confiar en Él!⁸⁴

Su hermana sor Genoveva recuerda: Acababa de vomitar el Viernes Santo de 1896. Aquel día se le permitió ayunar a pan y agua y dedicarse a los fatigosos trabajos de limpieza. Manifestaba tanta alegría que nadie se cuidó de ella. No se la dispensó de las tareas comunes (coladas y otras) hasta el último período de su enfermedad. Acudía ardiendo de fiebre a la colada, al tendedero, con la espalda y el pecho desgarrado por los vejigatorios, con las ampollas sin curar. Aún me parece estar viéndola después de una asistencia médica en la que le habían aplicado en el costado 500 botones de fuego. Yo misma los conté⁸⁵.

La misma Teresa refiere algunos casos en su Autobiografía: Un día, estaba en el lavadero, enfrente de una hermana que me salpicaba de agua sucia la cara cada vez que golpeaba los pañuelos contra su banca. Mi primer impulso fue echarme para atrás y enjugarme el rostro, a fin de hacer ver a la hermana que me asperjaba que me haría un gran favor obrando con más suavidad. Pero en seguida pensé que era bien tonta al rehusar unos tesoros que tan generosamente se me daban, y me guardé de manifestar mi lucha interior.

⁸⁴ PO, p. 455.

⁸⁵ PO, p. 294.



Me esforcé por sentir el deseo de recibir en la cara mucha agua sucia, de suerte que acabó por gustarme aquel nuevo género de aspersion, y me prometí a mí misma volver otra vez a aquel sitio afortunado en el que tantos tesoros se recibían.

Ya veis, madre amadísima, que soy un alma muy pequeña que sólo puede ofrecer a Dios cosas muy pequeñas. Y aún me sucede muchas veces dejar escapar algunos de estos pequeños sacrificios, que tanta paz llevan al alma⁸⁶.

Recuerdo un acto de caridad que Dios me inspiró cuando todavía era novicia. No fue cosa de importancia, pero nuestro Padre que ve lo secreto, que atiende más a la intención que al tamaño de la obra, me ha recompensado ya, sin esperar a la otra vida. Era en los días en que sor San Pedro iba aún al coro y al refectorio. En la oración de la tarde se colocaba delante de mí. Diez minutos antes de las seis, era necesario que una hermana se tomase la molestia de conducirla al refectorio, pues las enfermeras tenían demasiadas enfermas y no podían ir a buscarla.

A mí me costaba mucho ofrecerme para prestar aquel pequeño servicio, pues sabía que no era cosa fácil contentar a la pobre sor San Pedro, la cual sufría tanto, que no le gustaba cambiar de guía. Sin embargo, yo no quería perder aquella hermosa ocasión de ejercitar la caridad, acordándome de que Jesús había dicho: Lo que hiciereis al más pequeño de los míos, a mí me lo habréis hecho.

⁸⁶ MC, fol. 31, p. 327.

Me ofrecí, pues, muy humildemente, a conducirla, ¡y no sin trabajo conseguí que aceptara mis servicios! Por fin, puse manos a la obra, y era tanta la buena voluntad que me animaba, que el éxito fue completo. Todas las tardes, cuando veía a sor San Pedro agitar su reloj de arena, sabía que aquello quería decir: ¡Vamos!

Es increíble lo que me costaba, sobre todo al principio, tomarme aquella molestia. Acudía, sin embargo, inmediatamente, y luego, daba comienzo una complicada ceremonia.

Había que mover y llevar la banqueta de una determinada manera y no de otra; sobre todo, sin apresurarse. Luego, venía el paseo. Se trataba de seguir a la pobre lisiada sosteniéndola por la cintura. Yo lo hacía con la mayor suavidad posible; pero si, por desgracia, ella daba un paso en falso, enseguida le parecía que no la sostenía bien y que iba a caerse.

- *¡Ay, Dios mío, vais demasiado aprisa, me voy a estrellar! Si yo entonces trataba de ir más despacio, ella se quejaba:*
- *¡Pero vamos, seguidme! No siento vuestra mano, me habéis soltado, me voy a caer. ¡Ah, ya decía yo que erais demasiado joven para conducirme!*

Por fin, llegábamos sin contratiempo al refectorio. Allí surgían nuevas dificultades. Había que sentar a sor San Pedro, y obrar hábilmente para no lastimarla. Luego, había que recogerle las mangas (también de una manera determinada), y después quedaba libre, podía marcharme.

Con sus pobres manos deformadas echaba el pan en su escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna noche la dejaba sin haberle prestado también este pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, mi atención la conmovió mucho, y por este sencillo detalle, que había buscado intencionadamente, me gané enteramente sus simpatías. Y sobre todo (lo supe más tarde), porque después de cortarle el pan, le dirigía, antes de marcharme, la más graciosa de mis sonrisas⁸⁷.

Otra hermana de la Comunidad tenía el don de disgustarme en todo. No queriendo ceder a la antipatía natural, me apliqué a portarme con dicha hermana como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero. Cada vez que me la encontraba, pedía por ella a Dios, ofreciéndole todas sus virtudes y todos sus méritos... No

⁸⁷ Mc, fol. 29, pp. 323-324.

me contentaba con rogar mucho por la hermana que era para mí motivo de tantas luchas interiores, sino que procuraba también prestarle todos los servicios posibles; y cuando sentía la tentación de contestarle de manera desagradable, me limitaba a dirigirle la más encantadora de mis sonrisas...

Ella, ignorando en absoluto mis sentimientos hacia su persona, nunca ha llegado a sospechar los motivos de mi conducta, y ésta es la hora en que está persuadida de que su carácter me resulta agradable. Un día en la recreación, me dijo, toda contenta, estas o parecidas palabras: ¿Quisierais decirme, sor Teresa del niño Jesús, qué es lo que tanto os atrae en mí? Cada vez que me miráis, veo que sonreís. ¡Ah! El que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma. Jesús, que hace dulce lo que hay de más amargo. Le contesté que sonreía porque me alegraba verla (sin añadir, bien entendido, que era bajo un punto de vista espiritual)⁸⁸.

21. ENFERMEDAD DE SU PADRE

Una de las mayores pruebas que soportó nuestra santa fue la enfermedad de su padre. Cuando ella tenía seis años, en 1879, Dios le hizo ver en una visión profética lo que sucedería más tarde. Ella lo cuenta así: *Papá se encontraba de viaje desde hacía varios días, y aún faltaban dos para su regreso. Serían las dos o las tres de la tarde; el sol brillaba con vivo resplandor y toda la naturaleza parecía estar de fiesta. Yo me hallaba sola, asomada a la ventana de una de las buhardillas que daban al jardín; miraba de frente, con el alma ocupada en pensamientos risueños. De pronto, vi delante del lavadero, que se hallaba justamente de cara, a un hombre vestido absolutamente como papá, de la misma estatura y con el mismo paso, sólo que andaba mucho más encorvado... Su cabeza estaba cubierta con una especie de delantal de color indeciso, de suerte que no me fue posible ver su rostro. Llevaba un sombrero parecido a los de papá. Le vi adelantarse con paso regular, bordeando mi pequeño jardín.*

Inmediatamente, un sentimiento de espanto sobrenatural invadió mi alma; pero en seguida, reflexionando, pensé que, sin

⁸⁸ Mc, fol. 13-14, pp. 291-293.

duda, papá había regresado y se ocultaba para darme una sorpresa. Entonces le llamé gritando, con voz trémula de emoción: ¡Papá, papá! Pero el misterioso personaje no pareció oírme, y prosiguió su marcha regular sin siquiera volverse.

Siguiéndole con la mirada, le vi dirigirse hacia el bosquecillo que partía en dos la avenida principal. Esperaba verle reaparecer al otro lado de los grandes árboles, ¡pero la visión profética se había desvanecido! Todo esto no duro más que un instante, pero quedó tan profundamente grabado en mi corazón, que aún hoy, quince años después, conservo su recuerdo tan vivo como si tuviese todavía ante mis ojos la visión.

Catorce años después, Dios mismo rasgó la tela del misterio. Me hallaba yo en la licencia con sor María del Sagrado Corazón, y estábamos hablando, como de costumbre, de cosas de la otra vida y de nuestros recuerdos de la infancia. Le recordé la visión que había tenido a la edad de seis a siete años. De repente, al referir los detalles de aquella escena extraña, comprendimos las dos al mismo tiempo el significado de la visión.

Sí, era papá a quien yo había visto caminando, encorvado por la edad. Era él, llevando sobre su rostro venerable, sobre su cabeza encanecida, el sello de su gloriosa tribulación. ¡Así como la Faz adorable de Jesús estuvo velada durante su pasión, así convenía que lo estuviese la de su fiel servidor en los días de su dolor, para que en la patria celestial pudiera resplandecer junto a su Señor, el Verbo eterno!

Desde el seno de la gloria inefable, reinando ya en el cielo, nuestro querido padre nos alcanzó la gracia de comprender la visión que su reinecita tuvo a una edad en que no había lugar para temer una ilusión. Desde el seno de la gloria nos alcanzó el dulce consuelo de comprender que diez años antes de nuestra gran tribulación Dios nos la mostraba ya, a la manera que un padre deja entrever a sus hijos el porvenir glorioso que les prepara y se complace en considerar por adelantado las incalculables riquezas que constituirán su herencia⁸⁹.

Sor María, la hermana mayor de sor Teresa, nos dice: Mi padre, en un impulso de generosidad, se había ofrecido como víctima y el Señor, al parecer, aceptó su holocausto. Fue atacado

⁸⁹ MA, fol. 20-21, pp. 66-67.

*por una parálisis cerebral y los últimos años de su vida fueron un largo martirio*⁹⁰.

Veamos los hechos. *El 23 de junio del año 1888 se produce un hecho que alarma a toda la familia: el papá Luis Martin ha desaparecido. Todos se ponen a buscarlo. Pasan la noche en angustia. Al día siguiente llega un telegrama: Luis Martin está en el Havre y pide dinero. El tío Isidoro con Celina salen en su busca. Después de cuatro días de inquietud, Celina encuentra a su padre en la oficina de correos de Havre. Está ya lúcido, pero tiene una idea fija: retirarse a la soledad y vivir allí como un ermitaño*⁹¹.

El 30 de octubre, Celina con Leonia y su padre, van al Havre a despedir al padre Pichón, que va al Canadá. En este viaje el estado mental del señor Martin sufre una nueva recaída y se comporta como un niño. El padre Pichón queda impresionado de su estado.

El 10 de enero de 1889, el día de la toma de hábito de Teresa, Dios le regala un día hermoso y su padre puede asistir en la plenitud de sus facultades. A los pocos días de la toma de hábito, el 2 de febrero de 1889, el papá cae de nuevo en cama. En su imaginación ve cosas espantosas, matanzas, batallas, oye el cañón y el ruido del tambor. Se apodera de su revólver y no quiere separarse de él para defender a su familia. El cuñado tiene que intervenir para desarmarlo y el médico decide que se le interne en la casa de salud El Salvador (Bon Sauveur) de Caen.

El 18 de junio de ese año 1889 le hacen firmar un acta de renuncia a la administración de sus bienes. Su cuñado teme que llegue a arruinarse por su excesiva liberalidad. Hacia Navidad, Leonia y Celina, que están en los Buissonnets, deciden repartir muchas de las cosas de la casa y escinden el contrato de arriendo. Quedan a vivir en casa del tío Isidoro, yendo cada semana a visitar a su padre a Caen.

En el convento deben sufrir por las indiscreciones de algunas religiosas. Así lo refiere sor Inés de Jesús: *Nuestra pena se veía con frecuencia avivada cruelmente por la indiscreción de las conversaciones que se tenían delante de nosotras. Un día en el locutorio, escuchamos las cosas más duras sobre nuestro pobre padre: se habló de él en términos despreciativos. Otras veces, en*

⁹⁰ PA, p. 226.

⁹¹ Gaucher Guy, o.c., pp. 110-111.

*recreación, la Madre Priora comentaba abiertamente en nuestra presencia la enfermedad de mi padre, hablando del régimen del establecimiento en que se hallaba, de lo que los locos hacen o pueden hacer, de las camisas de fuerza, etc*⁹².

Por su parte, sor Teresa alentaba en esos momentos a sus hermanas y les decía: *Debíamos considerar esta prueba como una de las mayores gracias de nuestra vida*⁹³. *Ella decía que era nuestra gran riqueza*⁹⁴.

El 12 de mayo de 1892 el señor Martin vuelve al locutorio para ver sus hijas. Está muy cambiado, enflaquecido, achacoso, pero ese día su mente está lúcida y, al despedirse, les dice: *Hasta el cielo*. Ésa será su última visita. Los primeros días está en la casa de los Guérin. Después se instala con Leonia, Celina y dos empleados, en la calle Labbey. No se le puede dejar solo, hay que darle de comer y trasladarlo a todas partes, pues ya no puede caminar. Así estará otros dos años más.

Recibió la unción de los enfermos el 27 de mayo de 1894 y el 29 de julio murió. Celina, que estaba a su lado, dice: *Su mirada estaba llena de vida, de gratitud y de ternura. La llama de la inteligencia lo iluminaba. Por un momento encontré a mi padre querido tal como era hace cinco años*⁹⁵.

22. CELINA Y LEONIA

Después de la muerte de su padre, Celina pide entrar en el Carmelo. Parecía algo imposible, pues con ella serían cuatro hermanas y una prima en el mismo convento. Desde hacía mucho tiempo, en el monasterio se hablaba con cierto desdén del *clan Martin*, de las *hermanas Martin*, como si fueran un grupo aparte. Celina, sin embargo, pone todo de su parte. El 8 de agosto de 1894 escribe al Superior del Carmelo, padre Delatroëtte, para ser admitida, aunque sea como hermana conversa, no de coro. La Madre María de Gonzaga está a favor de su admisión, pero sor Amada se opone abiertamente al reforzamiento de las hermanas

⁹² PA, p. 189.

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ Inés de Jesús, PO, p. 245.

⁹⁵ Gaucher Guy, o.c., p. 158.

Martin. De pronto, casi milagrosamente, todo se allana. Sor Amada cede, el padre Delatroëtte afirma no oponerse y el obispo Monseñor Hugonin da su consentimiento. Celina entra de postulante el 14 de setiembre de ese mismo año.

Quizás sea la primera vez desde los tiempos de santa Teresa de Ávila que un Carmelo acoge cuatro hermanas de la misma familia. Quizás la misma santa fundadora se hubiera opuesto, ya que el 22 de julio de 1579 escribía a la Madre María de san José a Sevilla: *En ningún monasterio están bien tres hermanas juntas, cuánto más en los nuestros, que son de tan pocas*⁹⁶.

Lo cierto es que Teresa oró fervientemente al Señor para que Celina pudiera entrar y el Señor le concedió ese regalo, escuchando su oración. La Madre Priora le permitió a Celina llevar al convento su gran aparato fotográfico 13/18, de objetivo Darlot, con todo el material necesario para el revelado. De esta manera, en las fiestas, profesiones y recreaciones, pudo sacar fotos. Fue una gracia de Dios tener tantas y tan hermosas fotos de sor Teresita que han sido una bendición para sus devotos de todo el mundo.

Por otra parte, Teresa oraba mucho por su hermana Leonia. El 7 de octubre de 1886 había ingresado en las clarisas de Lisieux, pero el 1 de diciembre había regresado a casa. En julio de 1887 ingresó en el convento de la Visitación de Caen, pero regresó a principios de 1888. Por tercera vez lo intentó en el mismo convento de la Visitación de Caen, pero regresó a casa el 20 de julio de 1895. La familia se preguntaba qué sería de su futuro con sus 32 años.

Pero Teresa le obtuvo de Dios la gracia de la perseverancia. La misma Leonia, llamada en la Visitación sor Francisca Teresa lo cuenta así: *Por lo que a mí se refiere, debo mencionar la visión profética que tuvo la sierva de Dios referente a mi vocación. Al abandonar yo la Visitación tras un intento infructuoso de vida religiosa, Teresa dijo a sor María del Sagrado Corazón, quien me lo refirió más tarde: “Después de mi muerte haré entrar a Leonia en la Visitación y allí perseverará”. Entré en efecto el 28 de enero de*

⁹⁶ Obras completas de Santa Teresa, BAC, Madrid, 1967, p. 966.

1899, hice mi profesión en 1900 y espero perseverar aquí hasta mi muerte⁹⁷.

De esta manera, las cinco hermanas Martin fueron consagradas a Dios y vivieron para Él hasta la muerte. Sus padres, beatificados el 19 de octubre del 2008, podrán ahora sonreír desde el cielo con la corona de sus cinco hijas religiosas y una de ellas gran santa y patrona de las misiones.

23. ACTO DE OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO

Dice Celina: *El 9 de junio de 1895, fiesta de la Santísima Trinidad, Teresa recibió durante la misa una gracia muy señalada y se sintió interiormente urgida a ofrecerse como una víctima de holocausto al Amor misericordioso. Al salir de aquella misa, me arrastró tras de sí en busca de nuestra Madre. Parecía enajenada y no hablaba. Por fin, habiendo encontrado a nuestra Madre, que era la Madre Inés de Jesús, le pidió permiso para ofrecerse conmigo como víctima al Amor misericordioso, dándole al mismo tiempo una breve explicación sobre el asunto. Nuestra Madre se vio apremiada, no pareció entender muy bien de lo que se trataba y lo permitió todo, tanta era la confianza que tenía en la discreción de sor Teresa. Fue entonces cuando ella compuso el Acto de entrega al Amor, que desde entonces siempre llevó sobre su pecho⁹⁸.*

Veamos ahora el texto definitivo: *¡Oh, Dios mío, Trinidad bienaventurada, deseo amaros y haceros amar, trabajar por la glorificación de la santa Iglesia salvando a las almas que están en la tierra y librando a las que sufren en el purgatorio! Deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y llegar al grado de gloria que me habéis preparado en vuestro reino. En una palabra, deseo ser santa, pero siento mi impotencia, y os pido, ¡oh, Dios mío!, que Vos mismo seáis mi santidad.*

⁹⁷ Sor Francisca Teresa Martín, PA, p. 380.

⁹⁸ Sor Genoveva, PO, p. 281.



Puesto que me habéis amado hasta darme a vuestro único Hijo para que fuese mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; os los ofrezco gustosa, suplicándoos que no me miréis sino a través de la Faz de Jesús y en su corazón abrasado de amor.

Os ofrezco también todos los méritos de los santos (de los que están en el cielo y de los que están en la tierra), sus actos de amor y los de los santos ángeles. Por último, os ofrezco, ¡oh bienaventurada Trinidad!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; a ella le confío mi ofrenda, rogándole que os la presente. Su divino Hijo, mi Esposo amadísimo, en los días de su vida mortal nos dijo: “¡Todo lo que pidieréis a mi Padre en mi nombre os lo concederá!”. Estoy, pues, segura de que escucharéis mis deseos. Lo sé, ¡oh, Dios mío!, cuanto más queréis dar, tanto más hacéis desear. Siento en mi corazón deseos inmensos, y os pido confiadamente que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah! No puedo recibir la sagrada comunión con la frecuencia que deseo; pero, Señor, ¿no sois Vos todopoderoso? Permaneced en mí como en el tabernáculo, no os alejéis nunca de vuestra pequeña hostia.

Quisiera consolaros de la ingratitud de los malos, y os suplico que me quitéis la libertad de disgustaros. Si por debilidad caigo alguna vez, que vuestra mirada divina purifique en seguida mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego, que todo lo transforma en sí.

Os doy gracias, ¡oh, Dios mío!, por todos los favores que me habéis concedido, en particular por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. En el último día os contemplaré con alegría, llevando el cetro de la cruz. Puesto que os habéis dignado darme en lote esta cruz preciosa, espero parecerme a Vos en el cielo y ver brillar sobre mi cuerpo glorificado los sagrados estigmas de vuestra pasión.

Después del destierro de la tierra espero ir a gozar de Vos en la patria, pero no quiero amontonar méritos para el cielo; quiero trabajar sólo por vuestro amor, con el único fin de complaceros, de consolar a vuestro Sagrado Corazón y de salvar almas que os amen eternamente.

En la tarde de esta vida, compareceré delante de Vos con las manos vacías, pues no os pido, Señor, que contéis mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a vuestros ojos. Quiero, por eso, revestirme de vuestra propia justicia, y recibir de vuestro amor la posesión eterna de Vos mismo. No quiero otro trono ni otra corona que a Vos, ¡oh, Amado mío!

Nada es el tiempo a vuestros ojos. Un solo día es como mil años; podéis, pues, en un instante prepararme a comparecer delante de Vos.

A fin de vivir en un acto de perfecto amor, YO ME OFREZCO COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO A VUESTRO AMOR MISERICORDIOSO, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando que se desborden en mi alma las olas de ternura infinita que están encerradas en Vos, para que así llegue yo a ser mártir de vuestro amor, ¡oh, Dios mío!

Que este martirio, después de haberme preparado a comparecer delante de Vos, me haga por fin morir, y que mi alma se lance sin demora al eterno abrazo de vuestro misericordioso amor.

Quiero, ¡oh, Amado mío!, renovaros esta ofrenda a cada latido de mi corazón, un número infinito de veces, hasta que habiéndose desvanecido las sombras, ¡pueda yo repetiros mi amor en un cara a cara eterno!⁹⁹

⁹⁹ *Historia de un alma*, Apéndice, pp. 362-364.

Es oportuno anotar que la Madre Inés de Jesús era Priora en ese momento y le dio el escrito del Acto de ofrenda al padre Limonnier para que lo examinara a ver si había algo incorrecto. El padre sólo le pidió cambiar la frase: *Siento en mí deseos “infinitos”, por Siento en mí deseos “inmensos”, ya que ningún ser humano puede tener deseos infinitos*¹⁰⁰.

Por otra parte, cuando dice en el Acto de ofrenda: *Señor, ¿no sois Vos todopoderoso? Permaneced en mí como en tabernáculo, no os alejéis nunca de vuestra pequeña hostia*, se refiere muy concretamente a tener permanentemente en su corazón la sagrada Eucaristía, es decir, a Jesús vivo y resucitado, realmente presente en este sacramento. Además, al decir: *Espero parecerme a Vos en el cielo y ver brillar sobre mi cuerpo glorificado los sagrados estigmas de vuestra pasión*, hace relación concreta a su deseo de tener en el cielo en su cuerpo glorificado las llagas de la pasión de Jesús para mejor parecerse a Él.

La Madre Inés de Jesús declaró así en el Proceso: *Estoy segura de que en esta oración la sierva de Dios pensaba en la permanencia milagrosa de las sagradas especies y no únicamente en la permanencia de la influencia divina que se produce, sin mediar milagro alguno, en las almas fieles. Por otra parte, en su “Acto de ofrenda” ella apela en este punto a la omnipotencia de Jesucristo.*

*Si deseaba los estigmas en el cielo, era únicamente por amor, para hacerse más semejante a su Jesús y darle con ello mayor gloria. Y, si deseaba en la tierra el privilegio de la presencia real y permanente de Jesús en su corazón, era también para estarle más unida y hacerse por lo mismo cada vez más capaz de amarlo*¹⁰¹.

Este Acto de ofrenda al Amor misericordioso se lo propuso en primer lugar a Celina y a las novicias María de la Trinidad y María de la Eucaristía, su prima. Y ella misma repetía este Acto de ofrenda con mucha frecuencia para vivirlo y asimilarlo cada día más y mejor¹⁰².

¹⁰⁰ Inés de Jesús, PA, p. 171.

¹⁰¹ Inés de Jesús, PA, p. 162.

¹⁰² Inés de Jesús, PO, p. 161.

24. EL DEMONIO

En la vida de santa Teresita, como en la de todos los santos, el diablo, con el permiso de Dios, trató de ponerle obstáculos en su camino de santidad. Recordemos que ella misma consideró como obra del demonio la misteriosa enfermedad que tuvo a los nueve años. Igualmente consideró como una tentación diabólica la angustia que sintió la víspera de su profesión religiosa, debiendo pedir consejo a la maestra de novicias y a la Madre Priora. Su hermana Celina, Sor Genoveva, manifestó: *Una mañana, al levantarme, la encontré toda angustiada; parecía empeñada en una lucha violenta y penosa. Me dijo: Ha sucedido esta noche algo misterioso: Dios me pidió que sufriese por vos, y lo acepté; inmediatamente mis sufrimientos se duplicaron. Sabéis que me duele sobre todo el costado derecho; pues bien, de repente empezó a dolerme también el costado izquierdo, y con una intensidad casi intolerable. Entonces sentí la acción sensible del demonio, que no quiere que sufra por vos. Me agarra como con una mano de hierro, me impide tomar el más ligero alivio, para que me desespere. ¡Sufro por vos, y el demonio no lo quiere! Vivamente impresionada encendí un cirio bendito, y poco a poco, el demonio huyó para no volver más. No podría nunca expresar lo que sentí al escuchar aquellas palabras; la enfermita estaba pálida y como desfigurada por el sufrimiento y la angustia; tuve la sensación de estar las dos envueltas en lo sobrenatural¹⁰³.*

Sor María del Sagrado Corazón nos dice: *Dos días antes de su muerte, nos pidió agua bendita, diciendo: ¡Oh, cuánto sufro! No puedo hacer el menor movimiento; me parece estar sujeta por una mano de hierro. ¡Oh, rogad por mí! Creo que es el demonio quien aumenta mis males para desesperarme. No sufro por mí, es por otro..., y él no lo quiere¹⁰⁴.*

Decía: *¡Oh, si se supiera cuánto se debe rogar por los agonizantes! Creo que el demonio ha pedido a Dios permiso de tentarme por medio de un extremado sufrimiento para que llegue a faltar a la paciencia y a la fe¹⁰⁵.*

¹⁰³ PO, p. 310.

¹⁰⁴ PA, p. 247.

¹⁰⁵ Inés de Jesús, PO, p. 213.

25. CRISIS DE FE

Fue probada por una espantosa tentación contra la fe, que la asaltó dos años antes de su muerte, y que no acabó hasta que acabó su vida. Estos ataques se dirigían particularmente contra la existencia del cielo. La sierva de Dios no hablaba a nadie de esto, por temor a comunicar a los demás su inexpresable tormento. Un poco más explícitamente se comportó con la Madre Inés de Jesús en este punto, pero fue solamente a través de algunas frases inacabadas.

Hubiera deseado ardientemente hallar un confesor que la sostuviera en la lucha, pero nuestro capellán estuvo a punto de turbarla manifestándole que “su estado era muy peligroso”. Consultó también al reverendo Padre Godofredo, según creo, o tal vez a otro confesor extraordinario, y siguiendo su consejo escribió con su propia sangre el credo en la última hoja del libro de los Evangelios que llevaba constantemente sobre su pecho.

Me dijo que había hecho actos de fe muy numerosos, a fin de protestar contra estas impresiones funestas. A pesar de la tentación, su fidelidad y su fervor no disminuyeron en modo alguno; era veraz cuando cantaba, hablando de Jesús: “Redoblo mis ternuras cuando se oculta a mi fe”¹⁰⁶.

La misma sor Teresa nos explica lo que vivió a partir de la Pascua de 1896: Jesús me hizo comprender que hay verdaderamente almas sin fe, almas que por el abuso de las gracias pierden este precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas. Permitted que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, no fuese ya más que un motivo de combate y de tormento.

Esta prueba no debía durar sólo algunos días, algunas semanas, sino que había de prolongarse hasta la hora marcada por Dios, y esa hora no ha sonado todavía. Quisiera poder expresar lo que siento, pero, ¡ay de mí!, creo que es imposible. Es necesario haber caminado por este sombrío túnel para comprender su oscuridad. Sin embargo, voy a intentar explicarlo por medio de una comparación.

¹⁰⁶ Sor Genoveva, PA, pp. 262-263.

Me imagino haber nacido en un país cubierto de densa bruma. Nunca me ha sido dado contemplar el aspecto risueño de la naturaleza inundada de luz, transfigurada por el sol brillante...

Las brumas que me rodean se hacen más densas, penetran en mi alma y la envuelven de tal suerte, que ya no me es posible volver a encontrar en ella la imagen dulcísima de mi patria. ¡Todo ha desaparecido! Cuando quiero hacer que mi corazón, fatigado por las tinieblas que lo cercan, descansa en el recuerdo del país luminoso al que aspira, mi tormento se redobla.

Me parece que las tinieblas, apropiándose la voz de los pecadores, me dicen, burlándose de mí: Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes. Sueñas con la posesión eterna del Creador de todas estas maravillas. Crees poder salir un día de las brumas que te rodean. ¡Adelante! ¡Adelante! Gózate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada¹⁰⁷.

Esta crisis de fe duró hasta el día de su muerte. Afirma sor Inés de Jesús: *En lo más recio de sus tentaciones contra la fe me dijo: Ofrezco mis grandísimas penas para obtenerles la luz de la fe a los pobres incrédulos y a todos los que se alejan de las creencias de la Iglesia¹⁰⁸.*

Por su parte, la sierva de Dios siempre llevaba consigo el credo que ella misma había escrito con su sangre. También llevaba siempre el santo Evangelio para tenerlo siempre a su disposición¹⁰⁹.

26. GRACIAS EXTRAORDINARIAS

Así como Dios permitió que el diablo la tentara y tuviera crisis de fe, también tuvo algunas experiencias sobrenaturales. Ya hemos hablado de la visión profética que tuvo en su infancia sobre los futuros sufrimientos de su padre.

En su Autobiografía nos cuenta un sueño sobrenatural en el que vio a la Madre Ana de Jesús. Era el 10 de mayo de 1896: *A las primeras luces del alba me encontré (en sueños) en una especie*

¹⁰⁷ MC, fol. 5-6, pp. 276-278.

¹⁰⁸ Inés de Jesús, PA, p. 151.

¹⁰⁹ Sor María de los ángeles y del Sagrado Corazón, PA, p. 349.

de galería. Había en ella otras varias personas, pero alejadas. A mi lado sólo estaba nuestra Madre. De pronto, sin saber cómo habían entrado, vi delante de mí a tres carmelitas, vestidas con sus capas blancas y sus grandes velos echados. Comprendí claramente que venían del cielo.

En el fondo de mi corazón exclamé: ¡Ah, cuánto me gustaría ver el rostro de una de esas carmelitas! Entonces, como si mi oración hubiese sido escuchada, la más alta de las santas se adelantó hacia mí. Al instante caí de rodillas.

¡Oh, felicidad! La carmelita se levantó el velo, o mejor, lo alzó ligeramente, y me cubrió con él. Sin la menor vacilación, reconocí a la venerable Madre Ana de Jesús, la fundadora del Carmelo en Francia. Su rostro era hermoso, de una hermosura inmaterial. No despedía resplandor alguno, y, sin embargo, a pesar del velo que nos envolvía a las dos, yo veía su rostro celestial iluminado por una luz inefablemente suave, luz que el rostro no recibía, sino que producía él mismo.

Me sería imposible expresar la alegría de mi alma. Estas cosas se sienten y no pueden decirse. Varios meses han pasado desde que tuve este dulce sueño; pero el recuerdo que dejó en mi alma nada ha perdido de su frescura, de su encanto celestial. Aún me parece estar viendo la mirada y la sonrisa LLENAS de AMOR de la venerable Madre. Aún me parece estar sintiendo las caricias que me prodigó.

Al verme tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: ¡Oh, Madre mía! Os suplico que me digáis si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra. ¿Vendrá pronto a buscarme? Sonriendo con ternura, la santa murmuró: Sí, pronto, pronto. Os lo prometo.

Madre mía, añadí yo, decidme también si acaso Dios no me pide algo más que mis pobres pequeñas acciones y mis deseos. ¿Está Él contento de mí?

El rostro de la santa tomó una expresión incomparablemente más tierna que la primera vez que me habló. Su mirada y sus caricias eran ya la más dulce de las respuestas. Sin embargo, me dijo: Dios no os pide ninguna otra cosa. ¡Está contento, muy contento!

Después de acariciarme todavía con más amor del que jamás puso al acariciar a su hijo la más tierna de las madres, la vi alejarse. Mi corazón estaba henchido de gozo; pero me acordé de mis hermanas, y quise pedir alguna gracia para ellas, mas, ¡ay! me desperté.

¡Oh, Jesús! Ya no rugía la tormenta, el cielo estaba en calma y sereno. Yo creía, estaba segura de que existía un cielo, y de que este cielo está poblado de almas que me quieren, que me miran como a hija suya¹¹⁰.

Sor Inés de Jesús nos informa: Me dijo que había comprendido por experiencia lo que era un “vuelo de espíritu”. Explicándome lo que entendía por eso, me dijo: Sí, en el jardín, varias veces, durante la hora del silencio riguroso de la noche, en el verano, me he sentido sumida en un recogimiento tan profundo y mi corazón ha estado tan unido a Dios, que ha suscitado dentro de mí, con tanto ardor, y al mismo tiempo sin trabajo alguno, tales aspiraciones de amor, que me parece que estas gracias eran lo que nuestra Madre santa Teresa llama “vuelos de espíritu”.

Una noche, en la enfermería, me habló de otra gracia recibida en la gruta de santa Magdalena, en el tiempo de su noviciado, gracia a la que siguieron varios días de quietud, durante los cuales se encontró en un estado que ella describió así: Era —me dijo— como si hubiesen echado un velo entre mí y las cosas de la tierra. Estaba enteramente escondida bajo el manto de la Santísima Virgen. No vivía ya en la tierra; hacía todo lo que tenía que hacer, realizaba mi tarea en el refectorio como si me hubieran prestado un cuerpo. Es muy difícil de explicar: es un estado sobrenatural que sólo Dios puede conceder y que basta para desatar a un alma de la tierra.

Por último, la hice repetir, en la enfermería, lo que me había contado durante mi priorato, en 1895, acerca de su “herida de amor”. He aquí sus expresiones, o poco más o menos (las anoté lo mejor que pude inmediatamente después de nuestra conversación): Fue pocos días después de mi ofrenda al Amor misericordioso. Comenzaba en el coro el ejercicio del viacrucis, cuando de repente me sentí herida por un dardo de fuego tan ardiente, que pensé morir. No sé cómo explicar este transporte: no

¹¹⁰ MB, fol. 2, pp. 250-252.

hay comparación que pueda hacer comprender la intensidad de esta llama del cielo. Me parecía como si una fuerza invencible me arrojase toda entera en el fuego. ¡Oh, qué fuego! ¡Qué dulzura! Un segundo más, y ciertamente habría muerto. En fin, madrecita mía, —añadió con sencillez—, fue lo que los santos experimentaron tantas veces¹¹¹.

27. CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Uno de los dones que recibió del Señor fue el conocimiento sobrenatural de muchas cosas que sólo podía conocer por revelación divina. Veamos algunos casos. Sor Inés de Jesús declara: *Viendo la sierva de Dios la oposición que ponía la Madre María de Gonzaga a la comunión diaria, prometió que poco después de su muerte (de la sierva de Dios), este favor sería concedido a la comunidad, lo que se realizó en efecto.*

Hacia el fin de su vida, presentía el bien que haría después de su muerte. Hasta parece que previó su propia glorificación por la Iglesia. Voy a referir ingenuamente y sin comentarios sus palabras y sus actos. La Iglesia juzgará.

Cuando derramaba lágrimas de amor, me dejaba recogerlas en un paño fino, a sabiendas de que no era para enjugar su rostro sino para conservarlas como un venerado recuerdo. Cuando le cortaba las uñas, ella misma recogía los recortes y me los daba, invitándome a guardarlos.

Cuando le llevábamos rosas para deshojarlas sobre su crucifijo, si caían algunos pétalos al suelo después de haberlos tocado ella, nos decía: No perdáis eso, hermanitas mías, más tarde haréis obsequios con esas rosas.

Sor Genoveva le decía, en los primeros días de setiembre de 1897, al verla moribunda sobre su lecho: ¡Y pensar que aún os esperan en Indochina! “Iré, iré dentro de poco. ¡Si supierais qué pronto realizaré mi viaje!

El 9 de junio de 1897, sor María del Sagrado Corazón le decía que sentiríamos mucha pena después de su muerte. Ella contestó ¡Oh, no, ya lo veréis! ¡Será como una lluvia de rosas!

¹¹¹ PA, pp. 198-199.

El 23 de junio, me mostró un pasaje de los Anales de la Propagación de la Fe en el que se hablaba de la aparición de una bella Señora, vestida de blanco, al lado de un niño recién bautizado. Me dijo con aire inspirado: Más tarde, también yo iré así al lado de los niñitos bautizados. El 1 de agosto del mismo año, me dijo: Todo pasa en este mundo mortal, hasta la pequeña Teresa, pero ella volverá¹¹².

Sor María del Sagrado Corazón afirma: Poco antes de morir, pensando que la íbamos a perder, tuve un pensamiento secreto de desesperación. Este sentimiento estaba totalmente atenuado cuando entré, un poco más tarde, en la enfermería sin señal alguna de mi pena. Sin embargo, al verme, ella dijo inmediatamente: No hay que llorar como hacen los que no tienen esperanza.

Ocho días antes de su muerte, dije a la Madre Inés de Jesús: “Fue a vos a quien ella escogió por madrecita desde su infancia; no estoy celosa, pero, sin embargo, yo también la eduqué, y desearía que me tuviera el mismo cariño que a vos”. Por la tarde, estábamos las dos solas junto a su lecho. Nos miró con expresión profunda, y dijo: Hermanitas mías, vosotras sois las que me educasteis. Mi sorpresa fue grande al ver que respondía a un deseo que yo no le había manifestado¹¹³.

Sor Marta de Jesús, que era novicia, certificó: Yo tenía una gran pena en mi alma y procuraba evitar hablar con sor Teresa para que no se diera cuenta de mi sufrimiento. Yo trataba de aparentar estar contenta. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando me dijo: Tú tienes una pena grande, ¿por qué no me la quieres decir? No era la primera vez que ella me revelaba lo que pasaba en mi alma. En otras muchas circunstancias ella me dijo cosas que le era imposible saber si no estuviera inspirada por Dios¹¹⁴.

Una cosa, que había en sor Teresa del niño Jesús y me impresionaba particularmente, era que leía lo que pasaba en mi alma... Habiéndole preguntado cómo adivinaba el estado de mi alma, me respondió: He aquí mi secreto. Nunca os hago una observación sin antes invocar a la Santísima Virgen. Le pido que me inspire lo que mayor provecho puedo proporcionaros. Luego, os

¹¹² PA, p. 199.

¹¹³ PA, p. 244.

¹¹⁴ PO, p. 434.

confieso que yo misma quedo asombrada de ciertas cosas que os digo sin reflexión alguna por mi parte. Sé solamente que no me equivoco y que es Jesús quien os habla por mi boca¹¹⁵.

Sor Teresa de san Agustín certificó: Sor Teresa sufría mucho por estar privada de la comunión diaria que, en aquella época, no era costumbre en el monasterio. Hablando a su hermana María del Sagrado Corazón del sufrimiento que le causaba esta privación le dijo: Vendrá un tiempo en que el padre Hodierne será el capellán y dará la comunión todos los días.

En ese tiempo el capellán padre Youf tenía buena salud y nada hacía presagiar que el padre Hodierne pudiera ser el capellán. Pero el 15 de octubre de 1897 (a los 15 días de la muerte de Teresa) el padre Hodierne fue nombrado capellán del monasterio y estuvo muy feliz de darnos la comunión diariamente sin que nadie le hubiera manifestado ese deseo¹¹⁶.

Hacia el mes de agosto de 1897, unas seis semanas antes de su muerte, me encontraba cerca de su lecho en compañía de la Madre Inés de Jesús y de sor Genoveva. De repente, sin que ninguna conversación hubiera provocado esta frase, nos miró con expresión celestial y nos dijo muy distintamente: Sabéis muy bien que estáis cuidando a una pequeña santa¹¹⁷.

28. ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

El Viernes Santo de 1896 tuvo su primera hemoptisis. Ella nos dice: Jesús quiso darme la esperanza de ir pronto a verle en el cielo ¡Oh, qué dulce es para mí este recuerdo! Después de haber permanecido en vela ante el Monumento hasta la medianoche, volvía a nuestra celda. Pero apenas tuve tiempo de apoyar la cabeza en la almohada cuando sentí como un flujo, que subía borboteando hasta mis labios.

No sabía lo que era, pero pensaba que tal vez iba a morir y mi alma se sentía inundada de gozo. No obstante, como nuestra lámpara estaba apagada, me dije a mí misma que era necesario

¹¹⁵ Sor María de la Trinidad, PO, p. 468.

¹¹⁶ PO, p. 398.

¹¹⁷ Sor María del Sagrado Corazón, PA, p. 632.

esperar a que llegara la mañana para asegurarme de mi felicidad, pues me parecía que era sangre lo que había vomitado.

La mañana no se hizo esperar mucho. Al despertarme, pensé enseguida en que algo agradable iba a descubrir y, acercándome a la ventana, pude comprobar que no me había equivocado...

Tuve el consuelo de pasar el Viernes Santo según mis deseos. Nunca me habían parecido tan deliciosas las austeridades del Carmelo; la esperanza de ir al cielo me volvía loca de contento. Llegada la noche de aquel venturoso día, llegó también la hora de acostarse; pero, como la noche anterior, Jesús me dio la misma señal de que mi entrada en la vida eterna no estaba lejos¹¹⁸.

Su hermana sor Inés de Jesús manifiesta: A lo largo de este mismo año, le sobrevino una tosecilla seca. El doctor de Cornière, médico de la Comunidad, la examinó, y su dictamen fue que, por el momento, no se trataba de nada grave. Sólo prescribió unos tonificantes. Antes de terminar la cuaresma de 1897, cayó gravemente enferma. Se le aplicaron varios vejigatorios, y se la sometió a fricciones con un guante de crin, pero sin resultado satisfactorio. Perdió el apetito, y a poco ya no pudo digerir nada. Todos los días, a partir de las tres de la tarde, le sobrevenía una fiebre muy alta. Se le aplicaron repetidamente botones de fuego en el costado; se la curó también con tintura de yodo.



El 6 de julio de 1897, le sobrevinieron nuevas hemorragias; el doctor comprobó una congestión pulmonar muy grave, y le prohibió todo movimiento, recetando hielo, sinapismos, ventosas, etc. Pasó una malísima noche sobre su duro jergón, con fiebre intensa. Se

¹¹⁸ MC, fol. 4-5, pp. 274-275.

sentía muy oprimida y era presa de un gran abatimiento. Abundantes sudores la debilitaban aún más.

Dos días después, el 8 de julio, la bajaron a la enfermería. Desde el uno de agosto, las hemorragias se renovaron dos o tres veces al día, y los ahogos fueron terribles. Aspiraba éter, pero la opresión era tan fuerte, que este remedio no producía ya efecto alguno. Una fiebre ardiente la consumía todos los días; la sierva de Dios repetía una y otra vez que creía encontrarse en el purgatorio.

El 30 de julio recibió la extremaunción y el santo Viático con una fe y una piedad admirables. Pidió perdón a la Comunidad en términos tan conmovedores que las hermanas no pudieron contener las lágrimas.

Todavía le quedaban por pasar dos meses de martirio en la tierra y los soportó con paciencia heroica. Había adelgazado tanto que en algunos sitios los huesos traspasaban la piel, y se le formaron dos llagas muy dolorosas. Sufrió mucho en el costado y en la espalda, y padeció una sed abrasadora que nada logró mitigar. Cuando bebo —decía—, parece como si echasen fuego sobre fuego.

El 17 de agosto, el doctor La Néele comprobó que los dos pulmones estaban alcanzados, y no le dio más que unos días de vida... El 22 de agosto fue presa de atroces dolores en los intestinos, y los padecía sobre todo cuando tratábamos de sentarla, para que disminuyese la opresión al sobrevenirle los ataques de tos, que duraban horas. Decía entonces que le parecía estar “sentada sobre puntas de hierro”, y nos pedía que rogásemos por ella.

¡Oh, madre mía! —llegó a decirme—, si no tuviese fe, caería en la desesperación. Comprendo muy bien que los que no tienen fe se den la muerte cuando sufren tanto. Cuando tengáis enfermas atacadas de tan violentos dolores, cuidad mucho de no dejar cerca de ellas medicamentos que sean veneno. Os aseguro que sólo basta un momento, cuando se sufre tanto, para perder la razón...

El doctor de la Comunidad alabó mucho su paciencia: “No deseéis conservarla en este estado —dijo—, ¡es horroroso lo que sufre! ¡Pero qué ángel! ¡Y qué sonrisa le veo siempre!”. Llegó a no poder respirar en absoluto sino lanzando de vez en cuando pequeños gritos. Durante las tres últimas horas de su agonía, su

rostro y sus manos se tornaron de un color rojo violado, todos sus miembros temblaban, y fueron tan abundantes los sudores, que calaron el colchón, la almohada y toda su ropa...

El 29 de setiembre, víspera de su muerte, el señor abate Faucon vino a confesarla (por estar enfermo el señor abate Youf, confesor ordinario), y me acuerdo de estas palabras que me dijo al salir de la enfermería: "¡Qué alma tan bella! ¡Parece confirmada en gracia!

Pasó este día y la noche siguiente con grandes padecimientos. Fue ésta la única noche que consintió en que la velasen. En la mañana del día 30, permanecí junto a ella durante la misa. Estaba jadeante, y sólo me dijo estas palabras, mirando la estatua de la Santísima Virgen que le había sonreído en su infancia: ¡Oh, con cuánto fervor la he invocado! Pero es la agonía sin mezcla alguna de consuelo.

Por la tarde, se reanimó, y no cesaba de rogarnos encarecidamente que pidiésemos por ella: ¡Dios mío —decía— tened compasión de mí, Vos que sois tan bueno! Dios mío, acepto estar sufriendo así durante meses, si eso es lo que queréis de mí.

A las tres, puso los brazos en cruz: El cáliz está lleno hasta los bordes —nos dijo—, no puedo explicarme lo que sufro, a no ser por el extremo deseo que he tenido de salvar almas. Pero no me arrepiento de haberme entregado al Amor.

Hacia las cuatro y media, adiviné por su repentina palidez que se acercaba el último momento. Toda la Comunidad se reunió en torno a su lecho. Tenía tan fuertemente asido su crucifijo entre los dedos, que costó mucho quitárselo después de su último suspiro. Su rostro y sus manos, de una palidez mortal al principio, se tornaron pronto de un rojo violado. Sor Genoveva se adelantó para enjugarle el sudor que resbalaba por su frente. Ella le dio las gracias con tal sonrisa, con tal mirada, que nada en la tierra podría comparárseles en belleza.

Como la agonía se prolongase, hacia las siete, la Madre Priora despidió a la Comunidad: ¿No voy, pues, a morir? ¿No es todavía la agonía?, suspiró la sierva de Dios. A la respuesta de la Madre Priora de que tal vez le quedaban algunas horas de vida, gimió como un corderito lleno de dulzura: ¡Pues bien! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Oh, no quisiera sufrir menos!

Su respiración se hizo de repente más débil y más acelerada, volvió a caer sobre la almohada, con la cabeza inclinada hacia la derecha. Era el instante supremo.

Resonó la campana de la enfermería. Apenas las hermanas se hubieron arrodillado en torno a su lecho, pronunció distintamente su último acto de amor: ¡Oh, le amo!..., dijo mirando a su crucifijo. Y un instante después: “¡Dios mío... os amo!

Creíamos que todo había acabado, cuando, súbitamente, levantó los ojos, unos ojos llenos de vida y de fuego, en los que se pintaba una dicha “que rebasaba todas sus esperanzas”. Sor María de la Eucaristía, queriendo ver más de cerca aquella mirada, que duró el espacio de un credo, pasó y volvió a pasar una vela encendida por delante de sus pupilas sin hacerlas en manera alguna temblar.

Era, pues, un éxtasis, una visión del cielo (duró el espacio de un credo). Eran las siete y veinte minutos. Entonces cerró los ojos, y la blancura de su rostro que yo había observado durante el éxtasis se acentuó. Era la suya una belleza fascinante, con una sonrisa que hablaba y parecía decir: “Dios no es más que amor y misericordia”¹¹⁹.



Sor Amada de Jesús, sor María del Sagrado Corazón y yo (Inés de Jesús) nos impusimos el deber de amortajar a la sierva de Dios. Su rostro tenía una expresión infantil, parecía tener doce años. Cuando estuvo vestida y acostada sobre su jergón, como es

¹¹⁹ PA, pp. 203-206.

costumbre en el Carmelo, antes del levantamiento del cadáver, le pusieron en la mano una palma, juntamente con su crucifijo y su rosario, y colocaron muy cerca de ella, sobre una mesita, la estatua de la Virgen milagrosa.

Al día siguiente, viernes, se la llevó al coro, donde fue expuesta frente a la reja hasta el domingo por la noche. Durante estos días, sábado y domingo, vino mucha gente a orar ante sus despojos mortales, a tocar en ella objetos piadosos, incluso alhajas. Debo decir, sin embargo, que tales hechos se repiten a la muerte de nuestras hermanas carmelitas: es una costumbre popular.

El lunes por la mañana, aparecieron señales de descomposición. La sierva de Dios, aún siguiendo bella, tenía las venas de la frente hinchadas, y los dedos en su extremidad negruzcos. No nos extrañó, pues repetidamente durante su enfermedad, cuando las novicias le decían que sería conservada incorrupta, ella afirmaba lo contrario y deseaba la disolución de su cuerpo, a fin de que —decía—, las almas pequeñas no tuvieran nada que envidiarle.

Antes de cerrar el ataúd, la Madre Priora cambió el crucifijo que la sierva de Dios tenía entre sus manos por una pequeña cruz de madera; se le dejó la palma, el papel que contenía la fórmula de sus votos, y un copia de su Acto de ofrenda¹²⁰.

29. ENTIERRO

La inhumación tuvo lugar el lunes día 4 de octubre, sin ninguna manifestación extraordinaria. La sierva de Dios fue inhumada en el cementerio de la villa, en un terreno que el señor Guérin, nuestro tío, acababa de comprar para las carmelitas. La primera tumba, que resultó ser la de sor Teresa del niño Jesús, se cavó al fondo del cercado, en el ángulo derecho según se entra; tenía una profundidad de 3,50 ms., pues se pensaba colocar allí más tarde otros ataúdes sobrepuestos, lo que, sin embargo, no se hizo¹²¹.

¹²⁰ Inés de Jesús, PA, pp. 206-207.

¹²¹ Inés de Jesús, PA, p. 207.

Su hermana sor Genoveva nos dice: *Se puso sobre su tumba una cruz de madera, con esta inscripción: “Sor Teresa del niño Jesús, 1873-1897”. La Madre Inés de Jesús, que había pintado la cruz, al principio había puesto en ella estas palabras:*

*“Muy lejos quiero llevar,
¡oh, Dios mío!, tu fuego,
¡acuérdate!”*

Pero esta inscripción quedó borrada por descuido de un obrero que llevó la cruz cuando todavía la pintura estaba fresca. La Madre Inés de Jesús vio en este hecho una indicación del cielo, y reemplazó la inscripción estropeada por esta otra, que desde entonces reza en la cruz: “Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra”, inscripción que no se había atrevido a poner antes por una exagerada discreción.

Los restos de la sierva de Dios fueron exhumados bajo en presencia del obispo de Bayeux, el 6 de setiembre de 1910, y depositados, no lejos de la antigua tumba, en un ataúd de plomo¹²².

Los doctores Francis La Néele y de Cornière hicieron las comprobaciones de rigor.

¹²² PA, p. 320.

TERCERA PARTE

DESPUÉS DE SU MUERTE

30. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

A raíz de su muerte Dios quiso ensalzar a su sierva, cumpliendo su palabra: *El que se humilla será enaltecido* (Mt 23,12). *El que se humillare hasta hacerse como un niño, ése será el más grande en el reino de los cielos* (Mt 18, 4). Dios hizo tantas maravillas por su intercesión que muy pronto fue conocida e invocada en el mundo entero. El mismo día de su muerte, sor San Vicente de Paúl, hermana conversa, que tantas veces la había mortificado con sus palabras hirientes, *le solicitó la curación de una anemia cerebral que la afligía desde hacía mucho tiempo. Apoyando entonces la cabeza en los pies de la angelical niña, le pidió perdón de sus ofensas y aseguró haber obtenido a partir de aquel momento, su completa curación*¹²³.

*Una novicia conversa (sor Juana María), que le tenía mucha confianza, la invocó un día que tenía mucho trabajo y se sentía muy cansada: “Querida hermana, ayúdame, te lo suplico”. Entretanto llegó la cocinera que tenía que llenar de agua una caldera totalmente vacía. La novicia, que estaba subida en lo alto de una escalera, limpiando unos azulejos, pensó para sí: “Ah, voy a hacer oídos sordos, tengo demasiado trabajo”. Luego, pensándolo mejor y dándose ánimos, bajó de la escalera y, después de haber limpiado y enjugado la caldera, empezó por echar en ella un cubo de agua. Se necesitaban cuatro para llenarle. La novicia fue a buscar el segundo y, cuando se dispuso a verterlo, encontró la caldera enteramente llena*¹²⁴.

El padre Almiro Pichon, jesuita, que confesó a Teresa dos meses después de entrar en el Carmelo y le había asegurado que

¹²³ Sor Genoveva, PO, p. 312.

¹²⁴ Sor María del Sagrado Corazón, PO, p. 259.

no había cometido nunca un solo pecado mortal, certificó en el Proceso:

- a) *A causa de una fractura de pierna, se me había establecido un estado de congestión permanente, que duraba ya desde hacía tres años. Los médicos me habían declarado que de sobrevenir una herida a la pierna, el asunto sería muy grave y que ya no cicatrizaría. Ahora bien, este accidente me ocurrió en 1908; se produjo, en efecto, una supuración muy abundante, y durante siete semanas varios médicos trataron vanamente de detener los progresos siempre crecientes de esta ulceración, que llegó a alcanzar la profundidad de varios centímetros. El 2 de enero de 1909, el doctor me obligó a guardar cama, sin darme ninguna esperanza de curación. Me encomendé entonces a sor Teresa y, al quinto día, la llaga estaba totalmente cicatrizada, sin rastro de supuración. Pude desde entonces reanudar la celebración de la santa misa, con gran asombro del doctor, que no había ordenado ningún otro remedio más que el lecho.*
- b) *El 28 de agosto de 1909, caí en cama, durante un retiro que predicaba a las religiosas agustinas, calle de la Santé, en París, por una bronconeumonía infecciosa causada por oclusión intestinal; y la crisis fue tan violenta que tres doctores declararon que la muerte sobrevendría en pocas horas, y aconsejaron que se me diese la extremaunción, como así se hizo. Acudí a sor Teresa, y las religiosas que me cuidaban se unieron a mí. Yo le decía ingenuamente que se mostrase obediente en el cielo como lo había sido en la tierra. Le decía también que, si era para gloria de Dios, me alcanzase una curación sencilla y rápida, pero sin un milagro demasiado espectacular, cosa que luego constituye una carga difícil de llevar. Pues bien, al sexto o séptimo día, yo decía ya la misa. A partir del segundo día, el doctor me decía: “No comprendo nada, ahí debajo esta escondido un santo”. “No —le contesté—, es una santa”. Al terminar mi convalecencia, como le diese las gracias al médico por haberme salvado la vida, me respondió: “Soy inocente de tal hecho. Habéis desorientado todos nuestros conocimientos patológicos. Médicamente, para nosotros estabais muerto”¹²⁵.*

¹²⁵ PO, pp. 383-384.

Su hermana Leonia, sor Francisca Teresa, informa: *Puedo señalar que hemos visto en el locutorio a un niño de diez años, curado repentinamente en la fiesta última de Pentecostés, en Lisieux, de una afección tuberculosa, que le tenía inmovilizado en una silla de ruedas desde hacía tres años. Esta familia, que habita ahora en Caen, vino en bloque (padre, madre y cuatro hijos) y nos hicieron el relato de este prodigio. El padre y la madre, que no practicaban la religión, se convirtieron tras estos acontecimientos*¹²⁶.

Sor María de la Trinidad manifestó bajo juramento en el Proceso: *El 28 de febrero de 1909, sor Teresa me curó súbitamente de una dilatación de estómago, que ningún remedio lograba vencer. Sufría desde hacía más de dos años, y el mal iba en aumento. Preveía ya llegado el momento en que me vería obligada a abandonar la austeridad de la Regla. En mi angustia, y llena de fe, me apliqué al estómago una unción con el aceite que arde ante la imagen de la Virgen que sonrió a la sierva de Dios en su infancia, suplicando a mi hermanita sor Teresa que tuviese piedad de mí y me curase de modo que pudiese seguir la Regla. Inmediatamente desapareció toda molestia, y esta gracia ha continuado concediéndoseme hasta el día de hoy, 15 de marzo de 1911*¹²⁷.

Muchos milagros se cuentan realizados por su intercesión durante la primera guerra mundial. *Parece que sor Teresa tenía una predilección especial por los soldados, a quienes cuidaba con su protección. Unos afirman haberla visto en las trincheras, otros en el campo de batalla, y todos fueron alentados por sus apariciones. Muchos escaparon de la muerte segura. Un sacerdote me ha contado hace algunas semanas que un ciclista del Estado Mayor (de Francia) vio caer a su costado a tres compañeros, acribillados por un obús. Su bicicleta quedó totalmente destrozada por ese mismo obús y él arrojado a diez metros de distancia, pero no le pasó nada. Su madre atribuyó esa protección a una reliquia de sor Teresa que él llevaba encima*¹²⁸.

¹²⁶ PO, pp. 357-358.

¹²⁷ PO, p. 474.

¹²⁸ Sor Teresa de san Agustín, PA, pp. 344-345.

*Del ejército nos han enviado como testimonio de reconocimiento 14 cruces de la Legión de honor y 33 cruces de guerra*¹²⁹.

En el Proceso Ordinario también dio testimonio de su conversión al catolicismo por intercesión de sor Teresa del niño Jesús, el ministro de la Iglesia libre unida de Escocia, Alexander James Grant. Su conversión se produjo el 20 de abril de 1911¹³⁰. Y, como él, otros muchos deben su conversión, su vocación y su santificación a santa Teresa del niño Jesús para gloria de Dios y de la Iglesia. Cientos de milagros y favores extraordinarios, realizados por su intercesión, están publicados en la revista *Lluvia de rosas*

31. APARICIONES DE SOR TERESA

Reina Fauquet (cuatro años y medio), en Lisieux, fue curada súbitamente de queratitis flictenular, el 26 de mayo de 1908, tras una aparición de sor Teresa. El 6 de julio de 1908, el doctor Decaux de Lisieux atestiguó la curación completa, confirmada el 7 de diciembre del mismo año por el doctor La Néele, igualmente de Lisieux.

El hermano Pablo, trapense de Rogersville (Canadá), fue curado súbitamente de una grave lesión en la rodilla, en enero de 1910, tras una aparición de la sierva de Dios. El doctor Bourret, de Rogersville, entregó el 22 de abril de 1910, un certificado médico en estos términos: *La curación de esta lesión, tan frecuentemente causa de enfermedades, fue tan rápida que creo deber mío atribuirla a una causa del todo sobrenatural*¹³¹.

También fue curado súbitamente un pequeño malgache moribundo después de la aparición de sor Teresa, según el testimonio de su madre. La señorita Clementina Derenne (de diecisiete años) de Laval (Mayenne), fue curada de albuminuria, de meningitis y de tuberculosis pulmonar, tras la aparición de la sierva de Dios el 2 de febrero de 1911¹³².

¹²⁹ María de la Trinidad, PA, p. 495.

¹³⁰ PO, pp. 536-540

¹³¹ Inés de Jesús, PA, pp. 213-214.

¹³² Inés de Jesús, PA, p. 215.

Juliana Fouilloul (de once años) de Hautes-Foletiere (Orme) fue curada en el último día de una novena en noviembre de 1912 de una peritonitis tuberculosa; curación seguida de una aparición de sor Teresa¹³³.

Su hermana Leonia, sor Francisca Teresa, cuenta algo personal: No recuerdo la fecha exacta, pero fue, según creo, en el invierno de 1900-1901. Aquella noche, asistía yo a maitines con tristeza y disgusto en el alma; una especie de desgana se había apoderado de mí, y bajo el peso de esta depresión penosa, recitaba muy perezosamente el Oficio divino. De repente, más rápida que un relámpago, una forma luminosa apareció sobre nuestro libro de Horas. Quedé enteramente deslumbrada, pero sin experimentar miedo alguno. Sólo un instante después me di perfecta cuenta de que era una mano lo que había visto. Todas las luces de la tierra juntas no pueden comparársele, tan bella era aquella mano. “Es mi buen ángel que viene a llamarme al orden”. —pensé al principio— “Pero no —me dije en seguida—, mi ángel no tiene manos: no puede ser más que mi hermanita Teresa”. Creo firmemente que fue ella en efecto, porque me sentí perfectamente consolada: una deliciosa paz inundaba mi alma. ¡Cuántas veces, después de esta visita del cielo, he deseado volver a ver aquella mano bendita y querida! Pero, muy a mi pesar, nunca la he vuelto a ver¹³⁴.

Por su parte, su hermana Celina, sor Genoveva, manifestó en el Proceso: Últimamente, encontrándome con nuestra Madre, ésta me hizo entrar en el locutorio para escuchar a un soldado que estaba relatando una aparición de sor Teresa, con que había sido favorecido en el campo de batalla y que lo había convertido. Este soldado se llama Augusto Cousinard.

Escuché, igualmente, el relato del soldado Roger Lefèvre, del 224 de infantería, de veintinueve años de edad. También él se vio favorecido, en el campo de batalla, con una aparición de la sierva de Dios, que le recogió cuando se hallaba bañado en sangre. “Desearía —dijo— que todos los que no creen tuvieran una aparición semejante: ¡esto cambia a los espíritus!”. Y como le

¹³³ Inés de Jesús, PA, p. 217.

¹³⁴ PO, pp. 358-359.

preguntasen si era bella: “¡Oh, sí —replicó—, mucho más bella que en las estampas!”.

Me vi también envuelta, aunque indirectamente, en otro favor recibido por un militar. Fue el 30 de septiembre de 1914, al principio de la guerra. Yo me había hecho la idea de que en ese día, aniversario de su muerte, la sierva de Dios obraría alguna señal para guiar a las tropas. A las siete de la tarde, subía al desván; me parecía que en aquel momento, que era la hora misma en que sor Teresa murió, iba a ver la prueba de que había sido escuchada. Causé lástima a nuestra Madre, la cual me dijo: “¡Pobrecita! ¿Cómo podéis esperar eso?”. Desde luego, no vi nada; pero no por eso disminuyó mi confianza. Y he aquí que en el mes de junio de 1915, ocho meses después de esta oración, recibimos incidentalmente del señor abate Charles, párroco de Bagnolet (Sena), la noticia de que uno de los soldados de su parroquia, Andrés Pelletier, del 43 de infantería colonial, había visto, precisamente el 30 de setiembre anterior y a las siete de la tarde, cuando se lanzaban al asalto de un bosque, a sor Teresa del niño Jesús, invitándoles a avanzar. Aparentemente, este soldado fue el único que la vio; miró varias veces, creyendo ser juguete de una alucinación: pero era ella, el soldado la reconoció, y a su vista, se sintió lleno de confianza. La posición fue conquistada, en efecto, contra todas las previsiones, y el soldado, que andaba muy lejos de Dios, se convirtió¹³⁵.

32. APARICIONES EN GALLIPOLI

Veamos la carta que la Madre Carmela del Corazón de Jesús, del Carmelo de Gallipoli (Italia), envió el 25 de febrero de 1910 al Carmelo de Lisieux.

Reverenda Madre: Le envío la relación del milagro recibido en nuestro favor. Sobre esto hay en Roma un documento firmado, no solamente por todas nuestras hermanas, sino también por el obispo y una comisión de sacerdotes.

En la noche del 16 de enero yo estaba muy enferma. Acababan de dar las tres de la mañana y, casi agotada, me levanté un poco del lecho para respirar mejor. Después me dormí y, en

¹³⁵ PA, p. 325.

sueños, me sentí tocar por una mano. Yo creía que una de mis hermanas había venido a taparme y, sin abrir los ojos, le dije: “Déjame, estoy empapada de sudor”. Entonces, una dulce voz me dijo: “Es algo bueno lo que estoy haciendo”, y continuó cubriéndome. Añadió: “El buen Dios se sirve de los habitantes celestes como de los terrestres para socorrer a sus servidores. Aquí hay 500 francos para que se paguen las deudas de la Comunidad”.

Yo respondí que la deuda era de 300 francos. Ella replicó: “El resto será para otras cosas. Pero como usted no puede guardar el dinero en la celda, venga conmigo”. Yo pensé: ¿Cómo me voy a levantar, si estoy llena de sudor? Entonces la visión celeste, conociendo mi pensamiento, me dijo sonriente: “La bilocación nos ayudará”. Y, al momento, me encontré fuera de la celda en compañía de una joven hermana carmelita, cuyos hábitos dejaban transparentar una claridad del paraíso.

Ella me condujo a la habitación donde estaba el torno y me hizo abrir una caja donde había una nota con la deuda de la Comunidad. Allí puso los 500 francos. Yo me arrodillé para agradecerse, diciéndole: “Santa Madre”, pero ella acariciándome con afecto, dijo: “Yo no soy nuestra santa Madre (santa Teresa de Ávila). Yo soy la sierva de Dios sor Teresa de Lisieux”. Después posó su mano sobre mi velo como para ajustarlo y me hizo una caricia fraternal, alejándose lentamente.

Yo le dije: “Espere, puede equivocarse el camino”. Y respondió: “No, no, mi camino es seguro y yo no me he equivocado al seguirlo”. Me desperté y, a pesar del agotamiento, me levanté y descendí al coro, donde recibí la santa comunión. Las hermanas me miraron y, pensando que estaba enferma, quisieron llamar al médico. Me preguntaban qué me pasaba. Yo les conté con simplicidad el sueño. Ellas me insistieron en que abriera la caja a ver si estaban los 500 francos, pero yo les dije que no había que creer a los sueños.

Ante su insistencia fui al torno, abrí la caja y encontré milagrosamente los 500 francos. Por ello todas nosotras hacemos votos para que pronto sor Teresa, nuestra gran protectora, llegue a los altares. Sor Carmela del Corazón de Jesús, Priora.

En otra carta de la misma Madre Carmela, de setiembre de 1910, dice: *A fines de enero, a pesar del cuidado con que nuestra Madre ecónoma llevaba las cuentas, encontramos en los ingresos un extra de 25 liras, que no nos podíamos explicar, sino pensando que sor Teresa del niño Jesús las había puesto en la caja. El obispo quiso que yo separara el dinero de la Comunidad de lo que nos quedaba, que había venido del cielo.*

A fines de febrero, de marzo y de abril, habíamos notado lo mismo: había dinero de más en la caja. En el mes de mayo yo he vuelto a ver a sor Teresa, me ha hablado de cosas espirituales y me ha dicho: “Para que te convenzas que he sido yo quien ha puesto el dinero de más, encontrarás en la caja un billete de 50 francos. Yo dejé pasar varios días y en el mes de junio encontramos los 50 francos. En la noche del 15 a 16 de julio, he vuelto a ver a sor Teresa y me prometió colocar 100 francos, dándome un billete de cinco liras. Yo no quise tomarlas y ella las depositó al pie de la imagen del Sagrado Corazón, que está en nuestra celda. Cuando sonó la hora de levantarnos, yo encontré este billete de cinco liras. Pocos días después, el obispo nos dijo que había perdido un billete de 100 francos y que esperaba que sor Teresa nos lo diera a nosotras.

El 6 de agosto vi de nuevo a sor Teresa, que tenía en la mano un billete de 100 francos. Este billete lo encontré en la caja y me di prisa para devolvérselo a Monseñor, pero él me lo devolvió para la Comunidad. Desde ese tiempo no nos ha enviado más dinero, porque la gente, conociendo nuestra pobreza y necesidad, empezó a enviarnos limosnas.

El 5 de setiembre la he vuelto a ver. Era la víspera de su exhumación. Me dijo que sólo encontrarían sus huesos, pero añadió que esos huesos benditos harían muchos milagros y serían armas poderosas contra el demonio. ¿Qué más puedo decir, Reverenda Madre? Todas las hermanas, además de las gracias temporales, han recibido cada una en particular gracias muy personales y muy grandes. Madre Carmela del Corazón de Jesús¹³⁶.

¹³⁶ PO, pp. 97-99.

Estos mismos hechos fueron confirmados por Monseñor Nicolás Giannittasio, obispo de Nardo, en el Proceso¹³⁷.

33. PERFUME SOBRENATURAL

Sor María del Sagrado Corazón manifestó: Después de la muerte de la sierva de Dios, casi todas en la Comunidad hemos percibido, en diversas circunstancias, perfumes misteriosos. Yo misma he gozado varias veces de este favor. La primera vez, era en invierno, cuando en el prado no había ni una sola flor. Al dirigirme al oratorio de la Santísima Virgen para la novena que todas las tardes hacemos a intención de la personas que se encomiendan a sor Teresa del niño Jesús, percibí un olor de flores, muy suave, en el preciso momento de pasar junto a la estatua del niño Jesús, a la que la sierva de Dios tenía tanta devoción.

Con frecuencia, estos fenómenos son como para darnos las gracias por alguna buena acción que hemos hecho. Un día, trabajando con la Madre Inés de Jesús en compañía de otra hermana, sentimos de repente un olor de incienso.

Desde hace varios años, no he percibido perfumes misteriosos, excepto en una circunstancia, muy recientemente, en la que, habiendo practicado un acto de obediencia y de caridad que me costó mucho, me sentí súbitamente rodeada y penetrada de un fuerte perfume de flores de toda clase, que me acompañó hasta nuestra celda. Tuve entonces la impresión vivísima de la presencia de sor Teresa del niño Jesús, que de tal modo me manifestaba cuan agradables le son a Dios estas virtudes¹³⁸.

Y añade: En nuestro monasterio se han producido también algunos sucesos prodigiosos. En la noche del viernes 1 de octubre, al día siguiente de su muerte, sor María de San José, con quien sor Teresa del niño Jesús había practicado mucha caridad durante su vida, encontró su celda perfumada de tal perfume de violetas que creyó que se le había colocado en la celda un ramillete de dichas rosas y buscó por todas partes sin encontrarlo¹³⁹.

¹³⁷ PO, pp. 558-567.

¹³⁸ PA, p. 250.

¹³⁹ PO, p. 259.

Su hermana Leonia asegura: *El 30 de septiembre, día aniversario de la muerte de sor Teresa, sentí en dos o tres ocasiones un olor de rosas; de esto hace cuatro o cinco años. En los años siguientes, este favor no volvió a repetirse*¹⁴⁰.

Su hermana sor Genoveva certificó: *Una noche hacia finales de noviembre 1908, al volver a nuestra celda, que es la misma que ocupó sor Teresa, encontré el pequeño oratorio que precede a dicha celda aromado con perfume de rosas. Me impresioné, pero pasada la primera sensación, permanecí incrédula, diciéndome a mí misma: “Ahora se perfuma todo; puede tratarse de una carta impregnada de olor”, aunque sabía muy bien que en aquel lugar no había ninguna y sin pensarlo más, salí de la habitación; pero bajando la escalera muy lejos de su celda sentí como un soplo todo penetrado de un perfume de rosas. Entonces creí, y quise darle las gracias a mi Teresa, pero todo se desvaneció inmediatamente.*

*Fenómenos análogos se me han reproducido una quincena de veces desde hace dos años. Excepto en dos o tres ocasiones en las que el olor se conservó durante un tiempo muy notable, observé que los perfumes se desvanecían en el instante mismo en que llegaba a comprender que era sor Teresa. Y he de subrayar un hecho particular, a saber: que tales perfumes me fueron siempre concedidos para consolarme en momentos de pena. Debo hacer resaltar también que nunca me vi favorecida con estos perfumes cuando yo lo deseaba, sino siempre en el momento en que menos pensaba en ellos; prueba de lo que digo es que sólo pasados algunos instantes, me venía la idea de que se trataba de sor Teresa*¹⁴¹.

*El 5 de febrero de 1912, aniversario de mi toma de hábito, día en que el Proceso diocesano fue depositado en Roma, por la noche, me despertó un olor fortísimo de celinda y oí revolotear cerca de mí como a una paloma que se posó sobre mi almohada, pero no la vi. El 17 de marzo del año 1915, día de la apertura del Proceso apostólico y aniversario de mi toma de velo, al entrar por la mañana en su celda para abrir la ventana, la encontré toda perfumada de rosas*¹⁴².

¹⁴⁰ PA, p. 383.

¹⁴¹ PO, p. 315-316.

¹⁴² Sor Genoveva de la santa Faz, PA, 324.

Manifiesta sor Marta de Jesús: *A fines de octubre de 1908 estaba pasando por el claustro cerca de la imagen del niño Jesús, cuando sentí un olor muy suave. No le di importancia y, al regresar por el mismo camino, de nuevo sentí el olor a heliótropo. Busqué por los alrededores si había flores, y no encontré nada. La Madre María Ángel sintió lo mismo y ella lo atribuyó sin dudar a sor Teresa*¹⁴³.

El padre Elías de la Madre de misericordia, que vivió ocho años en Roma, siendo secretario general de dos padres generales de su Orden de carmelitas descalzos, manifestó: *“El día que yo llegué a Lisieux, el 24 de octubre de 1910, al entrar en el monasterio del Carmelo con autorización del obispo de Bayeux, al besar la pluma y el lápiz que usaba sor Teresa, yo sentí un olor muy suave que salía de la caja donde estaban colocados, olor parecido al sándalo y que para mí era muy conocido. Este mismo olor lo sentí al besar otros objetos que habían pertenecido a sor Teresa”*¹⁴⁴.

Inés de Jesús nos dice: *Algunas tablas del primer ataúd se recogieron y llevaron al monasterio. Algunos días después, se encontró en el cementerio, y fue también traído al monasterio, un trozo de tabla que se había desprendido, sin darse nadie cuenta, de la cabecera del ataúd. Varias religiosas, que ignoraban en absoluto la presencia de dicho fragmento de madera, lo percibieron atraídas por un olor a incienso, entre ellas se hallaba sor María de la Trinidad y sor Teresa de la Eucaristía.*

*El polvo sacado del primer ataúd, en la antigua tumba, exhaló varias veces suaves olores de raíz de lirio. Estas emanaciones fueron percibidas por sor Genoveva, sor Amada, sor San Juan Bautista y por mí, aún en ocasiones en que ni nos acordábamos de la presencia de dicho polvo*¹⁴⁵.

Y añade: *Todas nuestras religiosas, excepto tal vez una o dos, comprobaron, intermitentemente, en distintos lugares del monasterio, la existencia de perfumes (como de incienso, de rosas, de violetas, etc.) naturalmente inexplicables. Las religiosas que probaron estas sensaciones, no sólo no las esperaban, sino que la*

¹⁴³ PO, p. 435.

¹⁴⁴ PO, p. 330.

¹⁴⁵ Inés de Jesús, PA, p. 208.

mayor parte de ellas se mostraban escépticas a este respecto. Al principio, a mí misma me costaba trabajo creerlo, y temiendo que fueran ilusiones, me creí en mí deber de Priora no dar aparentemente importancia a lo que me contaban nuestras hermanas. Estos fenómenos comenzaron inmediatamente después de la muerte de sor Teresa, y continuaron después a intervalos. Han sido más frecuentes durante estos dos últimos años. Yo los he sentido unas diez veces después de la muerte de la sierva de Dios¹⁴⁶.

34. HISTORIA DE UN ALMA

La Madre Inés de Jesús, hermana de la santa, informó en el Proceso ordinario cómo fue el origen de su Autobiografía, *Histoire d'une âme* (Historia de un alma). Nos dice: *A principios del año 1895, dos años y medio antes de su muerte, una tarde de invierno me encontraba con ella y mi hermana María. Sor Teresa me contó varias escenas de la infancia y sor María del Sagrado Corazón (mi hermana mayor María) me dijo: "Madre mía, ¡qué lástima que no tengamos todo eso por escrito! ¡Cuánto nos agradecería que pidiésemos a sor Teresa del niño Jesús escribir para nosotras esos recuerdos de la infancia!". "Nada deseo mejor", le respondí. Y, volviéndome a sor Teresa, que reía como si se burlasen de ella, le dije: "Os ordeno que escribáis para mí vuestros recuerdos de la infancia".*

La sierva de Dios puso manos a la obra por obediencia, porque yo era entonces su Madre priora. Escribió únicamente durante sus ratos libres y me entregó su cuaderno el 20 de enero de 1896¹⁴⁷.

Esta primera parte se conoce como manuscrito A (MA).

La segunda parte del manuscrito (manuscrito B ó MB) fue compuesta bajo el priorato de la reverenda Madre María de Gonzaga y dirigido a ella; para entonces, sor Teresa del niño Jesús estaba ya muy enferma (1897). En esta época de su vida, la sierva de Dios preveía que dicha composición sería un medio de apostolado, y con miras a la ubicación de este trabajo, dio sus

¹⁴⁶ PO, pp. 222-223.

¹⁴⁷ Inés de Jesús, PO, p. 146.

instrucciones a la Madre Inés de Jesús para suprimir o añadir, según a ésta le pareciere útil para la gloria de Dios. En realidad, la Madre Inés de Jesús nada cambió sustancialmente en esta parte.

La tercera parte del manuscrito, la constituye el recuerdo de su último retiro (1896), y está dirigida a (su hermana) sor María del Sagrado Corazón (manuscrito C ó MC).

La sierva de Dios, pues, escribió la “Historia de un alma” a tres distintas personas y en épocas diversas. Después de su muerte, el manuscrito fue sometido a la revisión de los reverendos padres premostratenses de Mondaye (reverendo Padre Godofredo Madelaine, Prior, y reverendo Padre Norberto), que nos animaron vehementemente a publicarlo y obtuvieron, a este fin, el “imprimatur” del señor obispo de Bayeux. La Madre Inés de Jesús se comprometió entonces a publicarlo, persuadida de que con ello trabajaría para la gloria de Dios.

Para obtener de la Madre María de Gonzaga, por entonces Priora, la autorización de publicar este libro, hubo de introducir en el manuscrito algunos ligeros cambios, encaminados a hacer creer que las tres partes que lo componían habían sido dirigidas por igual a la reverenda Madre María de Gonzaga, quien puso en ellas su firma. Por lo demás, estas tachaduras han sido cuidadosamente restauradas según el texto primitivo por sor María del Sagrado Corazón¹⁴⁸.

*Después de la muerte de cada religiosa era costumbre enviar a los monasterios de la Orden una carta con los datos de la vida de la difunta. Una religiosa de su monasterio decía en la última enfermedad de sor Teresa: *Me pregunto qué es lo que nuestra Madre podrá escribir de sor Teresa del niño Jesús. ¿Qué se va a decir de una persona que ha vivido todo el tiempo mimada y que no ha adquirido la virtud como nosotras a fuerza de lucha y de sufrimientos? Es dulce y buena, pero así es su natural*¹⁴⁹.*

Pues bien, en vez de enviar una carta se envió su Autobiografía (Historia de un alma), revisada previamente por los padres premostratenses de Mondaye. Esto fue un reguero de pólvora. La edición se agotó rápidamente y afluyeron las peticiones

¹⁴⁸ Sor Genoveva, PO, pp. 274-275.

¹⁴⁹ Inés de Jesús, PO, p. 177.

repetidas de reedición: las ediciones se sucedieron a cortos intervalos¹⁵⁰.



Así se cumplía el deseo de Teresita, al expresarle a sor Inés de Jesús antes de morir: *Será necesario publicar el manuscrito (la Historia de su vida) sin tardanza, después de mi muerte. Si tardáis, el demonio os tenderá mil trampas para impedir esa publicación, importantísima sin embargo. Le dije: “¿Pensáis, pues, hacer bien a las almas por medio del manuscrito?” —Sí, ese manuscrito es un medio del que Dios se servirá para escucharme. Hará bien a toda clase de almas, excepto a las que van por caminos extraordinarios. —“Pero —añadí yo— ¿y si nuestra Madre lo arrojara al fuego?”. ¡Pues bien! No sentiría la menor pena, ni la menor duda acerca de mi misión. Pensaría, sencillamente, que Dios realizará mis deseos por otros medios¹⁵¹.*

Actualmente la *Historia de un alma* está traducida a más de 40 lenguas y dialectos. Y Dios sigue derramando una lluvia de rosas y bendiciones sobre el mundo por medio de este escrito.

¹⁵⁰ Sor Genoveva de la santa Faz, PA, p. 322.

¹⁵¹ Sor Inés de Jesús, PO, p. 176.

CUARTA PARTE

SU DOCTRINA

35. INFANCIA ESPIRITUAL

Este es el caminito fácil y rápido para llegar a la santidad que nos enseñó santa Teresita. Camino ratificado por la Iglesia, al nombrarla por ello doctora de la Iglesia. Este caminito consiste en hacerse como niños para acercarnos a nuestro Padre Dios. Es el camino de la confianza y del abandono total en la providencia de Dios, como un niño que se deja llevar con confianza en los brazos de su madre.

Ella quería ser, según sus escritos, la florecilla de Jesús, la pelotita del niño Jesús, un pequeño granito de arena, un pajarito, un bebé para su padre Dios. Ella misma se lo explica así a su hermana sor Inés de Jesús: *Ser niño es reconocer uno la propia nada, esperar lo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre; es no preocuparse de nada, no ganar dinero. Aun en las casas de los pobres, se le da al niño lo que necesita, pero en cuanto se hace mayor, su padre se niega ya a alimentarle y le dice: ahora trabaja, puedes bastarte a ti mismo. Yo no he querido crecer, precisamente para no oír eso, sintiéndome incapaz de ganarme la vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger flores, las flores del amor y del sacrificio, ofreciéndoselas a Dios para su recreo.*

Ser pequeño significa, además, no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de la virtud en la mano de su niño para que se sirva de él cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro de Dios. Por último, es no desanimarse por las propias faltas, porque los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño...

Si soy humilde, tendré el derecho de cometer, sin ofender a Dios, pequeñas travesuras hasta mi muerte. Mirad a los niñitos: no cesan de romper, de rasgar, de caer, a pesar de amar mucho, mucho a sus padres. ¡Ah! Cuando caigo así, a lo niño, toco como con el dedo mi propia nada y mi debilidad, y pienso: ¿Qué sería de mí, qué haría, si me apoyase en mis propias fuerzas?¹⁵²

En su Autobiografía nos dice: Me considero un débil pajarillo cubierto solamente con un ligero plumón... ¡Oh, Jesús, cómo se alegra tu pajarillo de ser débil y pequeño! ¿Qué sería de él si fuera grande? Nunca tendría la audacia de comparecer en tu presencia, de dormitar delante de Ti.

Sí, ésta es también una debilidad del pajarillo cuando quiere mirar fijamente al divino Sol y las nubes no le dejan ver ni un solo rayo; a pesar suyo, sus ojitos se cierran, su cabecita se esconde bajo el ala, y el pobrecito se duerme, creyendo seguir mirando fijamente a su Astro querido.

Al despertarse, no se desconsuela, su corazoncito permanece en paz. Vuelve a comenzar su oficio de amor. Invoca a los ángeles y a los santos, que se elevan como águilas hacia el Foco devorador, objeto de su deseo. Y las águilas, compadeciéndose de su hermanito, lo protegen, lo defienden, y ponen en fuga a los buitres, que quisieran devorarlo.

El pajarillo no teme a los buitres, imágenes de los demonios. No está él destinado a ser su presa, sino la del Águila que él contempla en el centro del Sol del amor.

¡Oh Verbo divino! ¡Eres Tú el Águila adorada que yo amo, la que me atrae! Eres Tú el que, lanzándote a la tierra del destierro, quisiste sufrir y morir a fin de atraer a las almas hasta el centro del eterno foco de la Trinidad bienaventurada. Eres Tú el que, remontándote hacia la Luz inaccesible que será para siempre tu morada, permaneces todavía en el valle de las lágrimas, escondido bajo la apariencia de una hostia blanca.

Águila eterna, quieres alimentarme con tu divina sustancia, a mí, pobrecito ser, que volvería a la nada, si tu divina mirada no me diese la vida a cada instante. ¡Oh, Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame que te diga que tu amor llega hasta

¹⁵² Sor Inés de Jesús, PO, p. 204.

la locura! ¿Cómo quieres que ante esta locura mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo habría de tener límites mi confianza?

¡Ah! Sé que por Ti los santos hicieron también locuras, realizaron grandes cosas, porque eran águilas.

Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas, y mi locura consiste en esperar que tu amor me acepte como víctima. Mi locura consiste en suplicar a las águilas, mis hermanas, que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol del amor con las propias alas del Águila divina.

Por el tiempo que quieras, ¡oh, Amado mío!, tu pajarillo permanecerá sin fuerzas y sin alas. Seguirá con los ojos fijos en Ti, quiere quedar embelesado por tu mirada divina, quiere convertirse en presa de tu amor.

Un día, yo lo espero, vendrás, Águila adorada, a buscar a tu pajarillo; y remontándote con él hasta el Foco del amor, le hundirás por toda la eternidad en el ardiente abismo de ese amor, al cual se ofrece él mismo como víctima.

¡Oh Jesús! ¡Que pueda yo revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia! Siento que si, por un imposible, encontrases a un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores mayores todavía, con tal que ella se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita.

Pero ¿por qué estos deseos de comunicar tus secretos de amor, oh Jesús? ¿No fuiste únicamente Tú el que me los enseñó a mí? ¿Y no puedes, acaso, revelárselos a los demás? Sí, estoy segura de ello, y te conjuro a que lo hagas. Te suplico que abajes tu mirada divina hacia un gran número de almas pequeñas. ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR!¹⁵³ ...

Siempre he deseado ser santa. Pero ¡ay!, cuantas veces me he comparado con los santos, siempre he comprobado que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cima se pierde en los cielos y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes.

¹⁵³ MB, fol. 5, pp. 262-264.

Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Acrecerme es imposible; he de soportarme a mí misma tal y como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera; en las casas de los ricos el ascensor la suple ventajosamente. Pues bien, yo quisiera encontrar también un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección.

Entonces, busqué en los libros sagrados la indicación del ascensor, objeto de mi deseo, y hallé estas palabras salidas de la boca de la Sabiduría eterna: Si alguno es PEQUEÑITO, que venga a mí (Prov 9, 4).

Me acerqué, por lo tanto, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y deseando saber lo que haríais, ¡oh, Dios mío!, con el pequeñito que respondiese a vuestra llamada, continué mis pesquisas, y he aquí lo que hallé: — ¡Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en mi regazo y os meceré sobre mis rodillas! (Is 66, 12-13).

¡Ah, nunca palabras más tiernas, más melodiosas, me alegraron el alma! El ascensor que ha de elevarme al cielo son vuestros brazos, ¡oh, Jesús! Por eso, no necesito crecer, al contrario, he de permanecer pequeña, empequeñecerme cada vez más¹⁵⁴.

Sor Inés de Jesús nos aclara que para Teresita hacerse niño era: Esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre. Esto fue practicado al pie de la letra por sor Teresa el niño Jesús, la cual se mantuvo siempre pendiente de la voluntad de su Dios, e incluso de sus caprichos, en todas las cosas; vivió “con los ojos fijos” en Dios, interpretando la expresión de su rostro, para adivinar lo que más le gustaba y realizarlo inmediatamente¹⁵⁵...

Decía: Yo no soy más que una niña, impotente y débil. No obstante, es esta mi misma debilidad la que me inspira la audacia

¹⁵⁴ MC, fol. 2-3, pp. 270-271.

¹⁵⁵ PA, p. 166.

de ofrecerse como víctima a tu amor, ¡oh, Jesús! Antiguamente, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas con agrado por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina eran necesarias víctimas perfectas.

Pero a la ley del temor ha sucedido la ley del amor, y el Amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura. ¿No es, acaso, digna del Amor esta elección? Sí. Para que el Amor quede plenamente satisfecho, es necesario que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esta nada.

¡Oh, Jesús! Sé que el amor sólo con amor se paga. Por eso, he buscado, he hallado el modo de desahogar mi corazón devolviéndote amor por amor¹⁵⁶...

¡Ah! Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de vuestra Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cumbre de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes obras, sino solamente abandono y agradecimiento. He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara no tener necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua de la samaritana. Tenía sed. Pero al decir: “dame de beber”, era el amor de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor¹⁵⁷.

Su hermana sor María del Sagrado Corazón manifiesta: En lo que más sobresalió fue en su amor a Dios, tan confiado y tan tierno, que al final de su vida, al igual que la oí llamar a la Santísima Virgen “mamá”, la oí también varias veces llamar a Dios, con un candor entrañable: “Papá Dios”.

A propósito de sus sufrimientos, decía: “Dejad obrar a Papá Dios, Él sabe muy bien lo que necesita su pequeño bebé”. Yo le dije: “¿Luego sois un bebé?”. Asumió entonces un aire lleno de gravedad, y me contestó: “¡Sí, pero un bebé que piensa muy profundamente! Un bebé que es un anciano”. Nunca como en aquel momento conocí cuánta virilidad escondía su caminito de infancia, y me pareció muy justo que se apropiase, en su

¹⁵⁶ MB, fol. 4, p. 257.

¹⁵⁷ MB, fol. 1, p. 247.

manuscrito, estas palabras de David: "Soy joven, y, sin embargo, me he hecho más prudente que los ancianos"¹⁵⁸.

Al padre Roulland, el 9 de mayo de 1897, le escribía: Mi camino es todo de confianza y de amor, no comprendo a las almas que tienen miedo de un amigo tan tierno. A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales donde la perfección está expuesta con mil obstáculos, rodeada de una multitud de ilusiones, mi pobrecito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me rompe la cabeza y me deseca el corazón, y tomo la Escritura Santa. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil; veo que basta reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios.

Y ella nos aclara: Soy una niña. Los niños no reflexionan sobre el alcance de sus palabras. Sin embargo, sus padres, cuando ocupan un trono y poseen inmensas riquezas, no vacilan en satisfacer los deseos de sus pequeñuelos, a quienes aman como a sí mismos; por complacerles, hacen locuras, se tornan incluso débiles. Pues bien, yo soy la hija de la Iglesia, y la Iglesia es Reina, puesto que es tu Esposa, ¡oh, divino Rey de reyes!

No son las riquezas ni la gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que reclama el corazón del niño. Comprende que la gloria pertenece de derecho a sus hermanos, los ángeles y los santos. En cuanto a él, su gloria será el reflejo de la que irradie la frente de su Madre.

Lo que pide es el amor. El niño no puede hacer más que una cosa: ¡amarte, oh, Jesús! Las obras deslumbrantes le están vedadas; no puede predicar el Evangelio, derramar su sangre. ¡Pero qué importa! Sus hermanos trabajan en su lugar, y él, pequeño niño, se mantiene cerquita del trono del Rey y de la Reina, ama por sus hermanos que combaten.

Pero ¿cómo demostrará él su amor, si el amor se prueba con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, perfumará con sus aromas el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor.

¹⁵⁸ PA, p. 231.



¡Oh, Amado mío, así es como se consumirá mi vida! No tengo otro modo de probarte mi amor que arrojando flores, es decir, no desperdiciando ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechando las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor.

Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor, de esta manera arrojare flores delante de tu trono. No hallare flor en mi camino que no deshoje para Ti... Además, al arrojar mis flores, cantare (¿se podría llorar al ejecutar una acción tan gozosa?), cantare aun cuando tenga que coger mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

¿De qué te servirán, Jesús, mis flores y mis cantos? ¡Ah! Estoy segura de que esa lluvia perfumada, esos pétalos frágiles y sin ningún valor, esos cantos de amor del más pequeño de los corazones te embelesarán. Sí, esas nada te complacerán, harán sonreír a la Iglesia triunfante, la cual recogerá mis flores deshojadas por amor y las hará pasar por tus manos divinas, ¡oh, Jesús!

Y una vez que esas flores hayan cobrado a tu divino contacto un valor infinito, la Iglesia del cielo, queriendo jugar con su niño, las arrojara, también ella, sobre la Iglesia paciente para apagar sus llamas, las arrojara sobre la Iglesia militante para hacerla conseguir la victoria.

¡Oh, Jesús mío, te amo! Amo a la Iglesia, mi Madre. Recuerdo que el más pequeño movimiento de PURO AMOR le es más útil [a la Iglesia] que todas las demás obras juntas...

Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor? ¿Cómo un alma tan imperfecta como la mía puede aspirar a poseer la plenitud del Amor?

¡Oh, Jesús, mi primero, mi solo Amigo! Tú, a quien ÚNICAMENTE amo, dime, ¿qué misterio es éste? ¿Por qué no reservas estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las águilas que aletean en las alturas?¹⁵⁹

Un día, al pensar en la posible persecución religiosa en Francia, dijo: Yo soy un bebé y no me preocupo en absoluto. Yo iré donde el buen Dios quiera¹⁶⁰.

Me he esforzado por ser un niño pequeño, no tengo que hacer preparativos. Jesús mismo debe pagar todos los gastos del viaje y el precio de la entrada al cielo¹⁶¹.

Su amor a Dios Padre llegaba hasta la ternura filial. Un día durante su enfermedad al hablar de Dios le aconteció tomar una palabra por otra y le llamó Papá. Nosotras nos echamos a reír, pero ella muy emocionada replicó: Oh, sí, Dios es verdaderamente mi Papá. Y qué dulce me resulta darle este nombre¹⁶².

También dice: Soy la pelotita del niño Jesús. Si él quiere romper su juguete, es muy dueño de hacerlo. Yo quiero todo lo que Él quiera¹⁶³.

Quiero ser un granito de arena muy oscuro, muy escondido a todas las miradas, que sólo Jesús pueda verlo. Que se haga cada vez más pequeño, que se reduzca a nada¹⁶⁴.

Solía decir: ¡Oh, niñito Jesús, mi único tesoro!, me abandono a tus divinos caprichos. No quiero otra alegría que la de hacerte sonreír. Imprime en mí tu gracia y tus virtudes infantiles a fin de

¹⁵⁹ MB, fol. 4, pp. 258-260.

¹⁶⁰ Teresa de san Agustín, PA, p. 331.

¹⁶¹ Carta a su hermana Leonia del 12 de julio de 1896.

¹⁶² Sor Genoveva de la santa Faz, PA, p. 281.

¹⁶³ Carta a sor Inés de Jesús del 20 de noviembre de 1887.

¹⁶⁴ Carta a sor María del Sagrado Corazón, de mayo de 1888.

que, el día de mi nacimiento en el cielo, los ángeles y los santos reconozcan en mí a tu pequeña esposa: Teresa del niño Jesús¹⁶⁵.

36. SU VOCACIÓN AL AMOR

Todo el sentido de su vida y su vocación fue la de amar al Amor, amar a Dios con todo su corazón, sin condiciones ni medias tintas. Quería ser toda para Él y, por eso, se ofreció como víctima a la misericordiosa divina. Su amor a Dios fue tan grande que un día pudo afirmar: *Creo que no he estado nunca tres minutos sin pensar en Dios¹⁶⁶. Desde los tres años nunca le he negado nada a Dios¹⁶⁷.*

Trataba en todo de hacerlo feliz con sus pequeñas acciones y sacrificios, incluso en los momentos de sequedad, cuando no sentía nada en la oración.

Le escribía a su hermana sor Genoveva el 18 de julio de 1893: *Cuando no siento nada, cuando soy incapaz de orar, de practicar la virtud, entonces es el momento de buscar pequeñas ocasiones, nada que agradan a Jesús más que el imperio del mundo, mas aún que el martirio sufrido generosamente. Por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tendría ganas de callarme o de mostrar un semblante enojado. Cuando no tengo ocasiones, quiero, al menos, decirle con frecuencia que le amo; esto no es difícil, y alimenta el fuego en mi corazón. Aun cuando me pareciese que está apagado este fuego de amor, me gustaría echar en él algunas pajitas, y Jesús podrá entonces reavivarlo¹⁶⁸.*

Y escribió en su Autobiografía: *Sabéis, ¡oh, Dios mío!, que nunca he deseado otra cosa sino amaros, no ambiciono otra gloria. Vuestro amor me previno desde la infancia, creció conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir. El amor llama al amor; por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia Vos, quisiera llenar el abismo que le atrae, pero, ¡ay, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano! Para amaros*

¹⁶⁵ Sor Genoveva de la santa Faz, PA, p. 264.

¹⁶⁶ Inés de Jesús, PO, p. 246.

¹⁶⁷ PA, p. 234.

¹⁶⁸ PA, p. 298.

como Vos me amáis, necesito pedir prestado vuestro propio amor. Sólo así hallo el reposo¹⁶⁹.

Ser tu esposa, ¡oh, Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de las almas, debiera bastarme. No es así. Ciertamente, estos tres privilegios constituyen mi vocación: Carmelita, Esposa y Madre.

Sin embargo, siento en mí otras vocaciones: Siento la vocación de GUERRERO, de SACERDOTE, de APÓSTOL, de DOCTOR, de MÁRTIR. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por Ti, Jesús, las más heroicas acciones. Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir sobre un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.



Siento en mí la vocación de SACERDOTE. ¡Con qué amor, oh, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo! ¡Con qué amor te daría a las almas! Pero, ¡ay! Aún deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarle rehusando la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, vida mía! ¿Cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo realizar los deseos de mi pobrecita alma? ¡Ah! A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas, como los profetas y los doctores.

Tengo la vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero, ¡oh, Amado mío!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar al mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas.

¹⁶⁹ MC, fol. 35, p. 336.

*Quisiera ser misionero, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos. Pero desearía, sobre todo, ¡oh, amadísimo Salvador mío!, derramar por Ti hasta la última gota de mi sangre*¹⁷⁰.



Sor Genoveva manifiesta: *Acariciaba frecuentemente a su crucifijo con flores, y cuando se entregaba al reposo, le ataba una florecilla; y apenas ésta empezaba a secarse, por poco que fuese, enseguida la reemplazaba por otra, porque no sufría ver en él flores marchitas. Aun estando todavía en plena salud, cuando arrojaban rosas al crucifijo del patio, ella deshojaba muy cuidadosamente los pétalos, a fin de no echar más que los muy frescos a los pies de Jesús.*

Un día en que la vi, muy atenta, tocando la corona de espinas y los clavos de su crucifijo, le dije: “¿Qué estáis haciendo?”. Entonces, con expresión de asombro al verse sorprendida, me dijo: “Le desclavo... y le quito su corona de espinas”.

Una de sus últimas noches, la encontré con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo: “¿Qué hacéis así? —le dije—; deberíais tratar de dormir”. “No puedo —me respondió—; entonces rezo”. “¿Y qué le decís a Jesús?” —“No le digo nada, le amo”¹⁷¹.

¹⁷⁰ MB, fol. 3, pp. 253-254.

¹⁷¹ PO, p. 310.

Decía: *Quisiera amarlo tanto como nunca ha sido amado. Mi único deseo es hacer siempre la voluntad de Jesús, enjugar las lágrimas que le hacen derramar los pecadores... Quisiera convertir a todos los pecadores de la tierra y salvar a todas las almas del purgatorio*¹⁷².

*Jesús es mi director y Él no me enseña a contar mis actos, me enseña a hacerlo todo por amor, a no negarle nada, a estar contenta, cuando Él me da una ocasión de probarle que le amo. Pero eso se hace en la paz y en el abandono. Jesús lo hace todo y yo no hago nada*¹⁷³.

*¡Qué dulce es el camino del amor! Ciertamente se puede caer, se pueden cometer infidelidades, pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, bien pronto consume todo lo que puede disgustar a Jesús, no dejando más que una humilde y profunda paz en el fondo del corazón*¹⁷⁴.

*¡Oh, qué dulce es el camino del amor! ¡Cómo deseo aplicarme con el más absoluto abandono a cumplir siempre la voluntad de Dios!*¹⁷⁵

Un día comprendí que la Iglesia tenía un corazón, comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ARDIENDO de AMOR.

Comprendí que sólo el amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre.

Comprendí que el AMOR ENCERRABA TODAS LA VOCACIONES, QUE EL AMOR LO ERA TODO, QUE EL AMOR ABARCABA TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS LUGARES... EN UNA PALABRA, ¡QUE EL AMOR ES ETERNO!

Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío! Por fin, he hallado mi vocación, ¡MI VOCACIÓN ES EL AMOR!

Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh, Dios mío!, Vos mismo me lo habéis dado. ¡En el corazón de la Iglesia,

¹⁷² Carta a Sor Inés de Jesús para su toma de hábito, probablemente del 8 de enero de 1889.

¹⁷³ Carta a Celina del 6 de julio de 1893.

¹⁷⁴ MA, fol. 83, p. 235.

¹⁷⁵ MA, fol. 84, p. 238.

*mi Madre, yo seré el amor! ¡Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado!*¹⁷⁶

37. MISIONERA HASTA EL FIN DEL MUNDO

Dios, que no había concedido a sus padres la gracia de un hijo misionero, como tanto lo habían deseado, les concedió la gracia de una hija misionera y patrona de las misiones. Sor María del Sagrado Corazón recuerda: *Un día en que la vi pasearse, muy fatigada, por el jardín, cumpliendo la obediencia, me recordó su doctrina sobre la reversibilidad de los méritos, y aun de los actos más simples: Camino —me dijo— por un misionero. Pienso que allá abajo, muy lejos, alguno de ellos pueda estar agotado por sus correrías apostólicas, y para disminuir sus fatigas, yo ofrezco las mías a Dios*¹⁷⁷.

A ella le concedió el Señor la gracia de tener dos hermanos espirituales misioneros, colmando así su deseo y, de alguna manera, el de sus padres.

El 17 de octubre de 1895 la Madre Inés de Jesús le encomienda al seminarista Bellière como hermano espiritual. A fines de mayo de 1896, la Madre María de Gonzaga llamó a sor Teresa a su celda para confiarle un misionero de 26 años que iba a ser ordenado sacerdote el 28 de junio antes de partir para la China: el padre Adolfo Roulland de las misiones extranjeras de París. El 3 de julio este nuevo sacerdote celebraba la misa en el Carmelo de Lisieux y pudo conversar con sor Teresa. Ella le ofreció una palia, que había pintado para él.

Sobre esto escribe en su Autobiografía: *Desde hace mucho tiempo alimentaba yo en mi corazón un deseo que me parecía totalmente irrealizable: tener un hermano sacerdote. Pensaba muchas veces que, si mis hermanitos no hubiesen volado al cielo, hubiera podido tener un día la dicha de verles subir al altar. Pero puesto que Dios les había escogido para hacer de ellos unos angelitos, ya no podía esperar ver realizado mi sueño.*

¹⁷⁶ MB, fol. 3, p. 256.

¹⁷⁷ María del Sagrado Corazón, PA, p. 237.

Y he aquí que Jesús, no sólo me ha concedido la gracia que deseaba, sino que me ha unido con los lazos del alma a dos de sus apóstoles, que se han convertido en hermanos míos.

Quiero contaros detalladamente, madre mía amadísima, cómo Jesús colmó mi deseo, y aun lo superó, pues yo sólo deseaba un hermano sacerdote que se acordase de mí todos los días en el altar santo. Fue nuestra Madre santa Teresa la que me envió, en 1895, como ramillete de fiesta, a mi primer hermanito.

Estaba yo en el lavado, muy ocupada en mi tarea, cuando la Madre Inés de Jesús, llamándome aparte, me leyó una carta que acababa de recibir. Se trataba de un joven seminarista (Mauricio Bartolomé Bellière) que, inspirado, decía él, por santa Teresa, pedía una hermana que se dedicase especialmente a la salvación de su alma, y le ayudase con sus oraciones y sacrificios, cuando fuera él misionero, a salvar muchas almas. Por su parte, prometía tener siempre un recuerdo para la que fuera su hermana, cuando le fuese dado poder ofrecer el santo sacrificio. La Madre Inés de Jesús me dijo que quería que fuera yo la hermana de este futuro misionero.

Madre mía, sería imposible expresaros la dicha que sentí. Aquel deseo mío colmado de manera inesperada hizo nacer en mi corazón una alegría que llamaré infantil, pues tengo que remontarme a los días de mi infancia para hallar el recuerdo de alegrías que se le parezcan, es decir, de alegrías tan vivas, que el alma resulta demasiado pequeña para contenerlas.

Nunca, desde hacía años, había vuelto a gustar este género de felicidad. Sentía que bajo este aspecto mi alma estaba sin estrenar, como si hubiesen pulsado en ella por primera vez cuerdas musicales hasta entonces olvidadas.

Comprendiendo las obligaciones que me imponía a mí misma, puse manos a la obra tratando de redoblar mi fervor. He de confesar que al principio no tuve consolaciones que estimularan mi celo. Mi hermanito, después de haber escrito una encantadora carta llena de afecto y de nobles sentimientos para dar las gracias a la Madre Inés de Jesús, no volvió a dar señales de vida hasta julio del año siguiente, fuera de haber mandado su tarjeta de visita en el mes de noviembre para decirnos que ingresaba en el cuartel.

Ciertamente, a los misioneros se les puede ayudar por medio de la oración y del sacrificio. Pero, a veces, cuando Jesús tiene a bien, para su gloria, unir a dos almas en estrecho vinculo espiritual, permite que de vez en cuando puedan ellas comunicarse mutuamente sus íntimos pensamientos, excitándose así a un mayor amor de Dios.

Pero para eso se requiere una voluntad expresa de la autoridad, pues de lo contrario, tengo para mí que esta correspondencia epistolar haría más mal que bien, si no al misionero, al menos a la carmelita, llamada continuamente por su género de vida a replegarse dentro de sí misma...

El año pasado, a finales del mes de mayo, recuerdo que un día vos (Madre María de Gonzaga) me mandasteis llamar a vuestra celda antes de ir al refectorio. El corazón me latía muy fuerte cuando entré, madre mía querida; me preguntaba a mí misma qué sería lo que tendríais que decirme, pues era la primera vez que requeríais mi presencia de aquel modo. Después de decirme que me sentase, ésta fue la propuesta que me hicisteis: —“¿Queréis encargarnos de los intereses espirituales de un misionero que va a ordenarse de sacerdote y que dentro de poco partirá para las misiones?”.

Y luego, madre mía, me leísteis la carta de aquel joven padre, para que me enterase exactamente de lo que pedía. Mi primer sentimiento fue un sentimiento de alegría, al que inmediatamente siguió otro de temor. Intenté explicaros, madre mía amadísima, que habiendo ya ofrecido mis pobres méritos por un futuro apóstol, no creía poder ofrecerlos también por otro, y que, además, había otras muchas hermanas mejores que yo, que podrían responder al deseo de dicho padre.

Todas mis objeciones fueron inútiles; me contestasteis que se podían tener varios hermanos. Entonces os pregunté si la obediencia podría duplicar los méritos. Me respondisteis que sí, añadiendo varias otras razones para convencerme de que debía aceptar sin escrúpulo un nuevo hermano.

En el fondo, madre mía, yo pensaba como vos. Es más: puesto que el celo de una carmelita debe abarcar al mundo entero, espero ser útil, con la gracia de Dios, a más de dos misioneros, y no podría olvidarme de rogar por todos, sin omitir a los simples

sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predicán a los infieles...

Pues bien, he aquí cómo me he unido espiritualmente a los apóstoles que Jesús me ha dado por hermanos: todo lo que me pertenece, le pertenece también a cada uno de ellos. Sé que Dios es demasiado bueno para andarse con particiones. Es tan rico, que me da sin medida todo cuanto le pido¹⁷⁸.

Al padre Roulland le escribía: ¡Mis padres habían deseado tanto un hijo misionero! Me han contado que, antes de mi nacimiento, mis padres esperaban que su deseo fuera por fin a realizarse. Si hubieran podido penetrar el velo del futuro, habrían visto que, en efecto, por mi medio, su deseo se cumpliría. Puesto que un misionero se ha convertido en hermano mío, él es también su hijo y en sus oraciones no pueden separar al hermano de su indigna hermana¹⁷⁹.

Y al padre Bellière, su otro hermano espiritual: Cuando mi hermanito querido parta para África, yo le seguiré y ya no con el pensamiento. Mi alma estará siempre con él por la oración, y su fe sabrá descubrir la presencia de la hermanita que Jesús le dio, no para ser su sostén durante apenas dos años, sino hasta la última tarde de su vida¹⁸⁰. Hasta Dios, mi querido hermanito, creed que durante toda la eternidad seré vuestra verdadera hermanita¹⁸¹.

Si Jesús realiza mis presentimientos, os prometo seguir siendo vuestra hermana allí arriba. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más íntima. Allí ya no habrá más clausura ni más rejas, y mi alma podrá volar con vos a las lejanas misiones¹⁸².

Y al padre Roulland: Me es muy dulce pensar que, desde toda la eternidad, nuestro Señor formó esta unión que ha de salvarle almas y que me creó para ser vuestra hermana¹⁸³. La distancia no podrá separar nunca nuestras almas. La muerte misma hará más íntima nuestra unión. Si voy pronto al cielo, pediré a Jesús el

¹⁷⁸ MC, fol. 31-34, pp. 328-333.

¹⁷⁹ Carta al padre Roulland de 9 de mayo de 1897.

¹⁸⁰ Carta al padre Bellière del 13 de junio de 1897.

¹⁸¹ Carta al padre Bellière del 18 de julio de 1897.

¹⁸² Carta al padre Bellière del 24 de febrero de 1897.

¹⁸³ Carta al padre Roulland del 30 de julio de 1896.

*permiso para ir a visitaros a Su-Tchuen y continuaremos juntos nuestro apostolado*¹⁸⁴.

Le decía a su hermana sor Inés de Jesús el 17 de junio de 1897: *Presiento que voy a entrar en el descanso. Pero presiento, sobre todo, que mi misión va a empezar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar a las almas mi “caminito”. Si Dios escucha mi deseo, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. Eso no es imposible, pues desde el seno mismo de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. No podré gozar de mi descanso mientras haya almas que salvar. Pero cuando el ángel haya dicho: “Se acabó el tiempo”, entonces descansaré, porque el número de los elegidos estará completo y todos habrán entrado en el gozo y en el descanso... Mi corazón salta de alegría al pensar en esto. — ¿Qué camino es el que queréis enseñar a las almas?, le dije. — Madre mía, es el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del total abandono. Quiero enseñarles los pequeños medios que tan buen resultado me han dado a mí, decirles que aquí abajo sólo hay una cosa que hacer: arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias. Así le he ganado yo, y por eso seré bien acogida*¹⁸⁵.

También dijo: *Después de mi muerte pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra. No hago del cielo una fiesta regocijante, no es eso lo que me atrae: pienso en todo el bien que deseo hacer después de mi muerte, como obtener el bautismo de los niñitos, convertir a los pecadores, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a toda la Iglesia*¹⁸⁶.

Un día en el comedor se leía un pasaje de la vida de san Luis Gonzaga, donde se dice que un enfermo, que solicitaba su curación, vio caer sobre su lecho una lluvia de rosas, como símbolo de la gracia que le iba a ser concedida. Sor Teresa dijo: *También yo después de mi muerte haré caer (sobre el mundo) una lluvia de rosas*¹⁸⁷.

En el mes de setiembre de 1897 dijo: *La pequeña Teresa deshoja todavía para Jesús la rosa primaveral. Y como los pétalos*

¹⁸⁴ Ibídem.

¹⁸⁵ Inés de Jesús, PA, p. 200.

¹⁸⁶ Inés de Jesús, PA, p. 175.

¹⁸⁷ María del Sagrado Corazón, PO, p. 248.

resbalaran de su cama al suelo de la enfermería, dijo: Recoged con cuidado esos pétalos, hermanitas mías, un día os servirán para hacer obsequios. No perdáis ni uno¹⁸⁸.

Al padre Roulland le escribía el 14 de julio de 1897: ¡Hermano mío, lo presiento!: os seré mucho más útil en el cielo que en la tierra, y os anuncio con alegría mi próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que compartiréis mi gozo y daréis gracias al Señor por haberme dado el medio de ayudaros más eficazmente en vuestros trabajos apostólicos.

Cuento con no estar inactiva en el cielo; mi deseo es el de seguir trabajando por la Iglesia y por las almas; se lo pido a Dios, y estoy segura de que Él me escuchará. Desde hace mucho tiempo el sufrimiento se ha convertido en mi cielo aquí abajo y me cuesta, verdaderamente, concebir cómo podré aclimatarme en un país, donde la alegría reina sin mezcla alguna de tristeza. Será necesario que Jesús transforme mi alma y le conceda la capacidad de gozar; de lo contrario, no podré soportar las delicias eternas.

Lo, que me atrae hacia la patria de los cielos es la llamada del Señor, la esperanza de amarle por fin como tanto he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar de una multitud de almas que le bendecirán eternamente.

El mismo padre Roulland manifestó en el Proceso: En mi misión, durante una persecución, 200 mujeres se refugiaron en mi casa. Los bandidos aprovecharon mi ausencia y se prepararon para asaltarla. Al momento de ponerse en marcha, hicieron sus oraciones a sus dioses, haciendo explotar algunos petardos en su honor. Pero uno de ellos hizo explotar la pólvora que tenían y la explosión hizo saltar el lugar, matando y dejando heridos a un buen número de bandidos. El resto escapó y los cristianos quedaron salvados del peligro. Yo no he dudado ni un instante de la protección de sor Teresa, que me había prometido velar por mí y por mis cristianos, y a quien yo encomendaba cada día los asuntos de la misión. Esto ocurrió en 1904¹⁸⁹.

Yo puedo dar testimonio del poder de su intercesión en las misiones de Japón, de la China y de las Indias Orientales. Ejerce una influencia manifiesta en la conversión de las almas y de su

¹⁸⁸ Inés de Jesús, PO, pp. 215-216.

¹⁸⁹ PO, p. 377.

santificación. En el Japón muchas religiosas trapenses deben a ella su vocación¹⁹⁰.

Los misioneros se ponen bajo su protección. Monseñor Deronin, al fundar una Comunidad de vírgenes chinas en Chung King (Sutchuen), puso su Obra bajo la protección de sor Teresa y su Comunidad hizo muchos progresos. Monseñor Arlas, misionero en Chentu (China), se acuerda con alegría de su peregrinación a la tumba de sor Teresa sobre la que escribió algunos versos, escritos por él, manifestando su admiración y pidiendo su protección. Monseñor Holham y Guénan de Hong-Kong tienen los mismos sentimientos. Monseñor Ferlay de Siam me ha hablado personalmente de todo el bien que le ha hecho sor Teresa del niño Jesús. Monseñor Vial, de Yannan, me ha dado una carta para que la envíe al Carmelo y me dice: “Ahora no dejo de pensar en ella y quiero amar a Jesús como ella”. Monseñor Nassoy, misionero de las Indias, me ha escrito: “Tengo una gran devoción a sor Teresa del niño Jesús, ya que por ella Dios me ha dado muchas gracias y he hecho todo lo posible para hacerla conocer en las Indias. No tengo más que un deseo: trabajar todo lo que pueda para su glorificación”¹⁹¹.

Según certifica sor María del Sagrado Corazón: El reverendo padre Ireneo, misionero apostólico en WeiHsien (China), escribió al Carmelo: “Debo decir que a nuestra querida florecilla se le rinde honor en nuestro Vicariato. Hay aquí un dispensario que ha enviado ya al cielo a millares de niñitos chinos, gracias al bautismo administrado a los que se encuentran en peligro de muerte. Ahora bien, este año, una epidemia desencadenada en la región ha hecho que bautizásemos a dos mil niños en dos meses. He felicitado, por ello, a los carros de las bautizantes que recorren las aldeas. Añado que, a lo largo de su viaje, las bautizantes invocaban a sor Teresa, e imponían su nombre a la mayor parte de las niñas”.

Monseñor Wittner nos escribía en noviembre de 1912: “He nombrado a la pequeña Teresa coadjutora del vicariato apostólico del Chantong Oriental”.

¹⁹⁰ PA, p. 527.

¹⁹¹ PO, pp. 375-376.

Una Superiora de la misión de Mouso (Costa de Marfil) escribió en abril de 1912: “Sor Teresa es para nosotras una poderosa ayuda: en nuestras correrías apostólicas, sentimos como una mano invisible que nos conduce y hallamos a almas que sufren. Les hablamos de Dios y, poco después, estos paganos muestran su deseo de recibir el bautismo”.

El padre A. Van Aken, de los Padres Blancos de África, escribió desde Tabora, en diciembre de 1910: “En casi todas las chozas de nuestros cristianos he colocado su imagen (de sor Teresa); he colocado esta imagen en todos los centros de catecismo. Todo el mundo me pregunta quién es esta pequeña bikira (virgen), y me veo obligado a informales sobre su vida.

Hace unos tres o cuatro meses que he convocado a mis catequistas, y les he explicado, con palabras muy sencillas, quién es sor Teresa del niño Jesús, y que seguramente tiene gran influencia cerca de Dios. Les he distribuido a continuación estampas suyas, recomendándoles que pidan a sor Teresa la conversión de todo el país. Ellos lo han hecho. Ahora bien, a partir de ese día, los paganos acuden al catecismo no uno por uno, sino en muchedumbres, de suerte que el espacio de esta misión se encuentra abarrotado de gente.

Tened en cuenta que gran número de estos pobres negros vienen de aldeas que yo nunca he visitado, y que antes eran, si no hostiles, sí completamente indiferentes para con el misionero. Algunas personas pesimistas quieren hacerme creer que este maravilloso movimiento no durará mucho. Sin embargo, tengo la firme esperanza de que sor Teresa no me abandonará, y que empujará a millares a nuestros pobres negros hacia seno de la Iglesia¹⁹².

38. AMOR A LOS SACERDOTES

Santa Teresita dice: A los pies de Jesús hostia, en el examen que precedió a mi profesión, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: He venido para salvar a las almas y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes¹⁹³.

¹⁹² María del Sagrado Corazón, PA, p. 251.

¹⁹³ MA, fol. 69, p. 199.

Era el 2 de setiembre de 1890 cuando dijo esas palabras y desde mucho antes tenía muy clara su misión: Salvar las almas de los pecadores y, muy en especial, rezar por los sacerdotes.

Ella refiere de su viaje a Roma: *Durante un mes conviví con muchos sacerdotes y comprobé que si su dignidad sublime les eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles. Si los santos sacerdotes, a los que Jesús llama en su evangelio la sal de la tierra, muestran con su conducta que tienen necesidad extrema de oraciones, ¿qué se habrá de decir de los que son tibios? ¿No dijo también Jesús: Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se la salará?*¹⁹⁴

Por eso, le escribía a Celina, cuando su hermana todavía estaba en el mundo: *Celina mía, ¡vivamos para las almas, seamos apóstoles, salvemos sobre todo las almas de los sacerdotes! Esas almas deberían ser más transparentes que el cristal. ¡Cuántos malos sacerdotes, cuántos sacerdotes que no son lo bastante santos!*¹⁹⁵

*Celina, siento que Jesús nos pide a nosotras dos que apaguemos su sed, dándole almas, almas de sacerdotes, sobre todo; siento que Jesús quiere que diga esto, porque nuestra misión es la de olvidarnos, la de anonadarnos. ¡Somos tan poca cosa! Y, no obstante, Jesús quiere que la salvación de las almas dependa de nuestros sacrificios, de nuestro amor... Hagamos de nuestra vida un sacrificio continuo, un martirio de amor para consolar a Jesús. Él no quiere más que una mirada, un suspiro, pero una mirada y un suspiro que sean sólo para Él*¹⁹⁶.

Uno de sus grandes triunfos fue la conversión del padre Jacinto Loyson. Había sido provincial de la Orden carmelitana y un brillante orador en la iglesia de Notre Dame de París, pero en 1869 abandonó la Iglesia católica. Tres años más tarde se casó con una joven viuda americana protestante con la que tuvo un hijo. En 1879 fundó la Iglesia católica anglicana, que rechazaba la infalibilidad del Papa (proclamada en 1870 en el concilio Vaticano I). Fue excomulgado, pero él se dedicó a dar conferencias sobre sus ideas por toda Francia.

¹⁹⁴ MA, fol. 56, pp. 162-163.

¹⁹⁵ Carta a Celina del 14 de julio de 1889.

¹⁹⁶ Carta a Celina del 15 de octubre de 1889.

Teresa se preocupó por él y ofreció muchos sacrificios y oraciones por su conversión. Su última comunión, el 19 de agosto de 1897, fue por él.

El padre Loyson murió el 9 de febrero de 1912, aparentemente sin dar señales de conversión, pero una carta del señor Orgeval Dubouchet, del 17 de abril de 1912, develó el misterio. Él aseguró haber sido testigo de su muerte y que, momentos antes de morir, había murmurado estas palabras: "Mi dulce Jesús"¹⁹⁷.

39. AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

La Eucaristía fue el centro de su vida. Jesús, presente en este sacramento, era el amor de sus amores. Su hermana Celina, sor Genoveva, nos informa: *Se preparó con cuatro años de adelanto a su primera comunión, y cuando yo, algunos años mayor que ella, recibí a Dios por primera vez, me miraba con respeto santo, y apenas si se atrevía a tocarme. La visita al Santísimo Sacramento fue siempre su delicia. Antes de su ingreso en la Abadía, es decir, antes de los ocho años, salía todos los días con mi padre, y no dejaba de entrar en alguna iglesia; no hubiera vuelto a casa sin haber visitado a Dios. En el internado, no faltó nunca a esta piadosa práctica. Todos los días, a la una y media de la tarde, empleaba su cuarto de hora libre en visitar a Dios en lugar de recrearse como la mayor parte de sus compañeras. Después de su salida del internado, asistía todos los días a misa, y comulgaba tan frecuentemente como su confesor se lo permitía, es decir, cuatro o cinco veces por semana. Hubiera deseado hacerlo todos los días, pero no se atrevía en aquel entonces a pedirlo. Cuando el confesor añadía espontáneamente una comunión al número acostumbrado, Teresa deliraba de alegría...*

La sierva de Dios gustaba mucho de preparar los altares, y sobre todo el altar en el que, en determinados días, se exponía el Santísimo Sacramento. Ejerció durante mucho tiempo el oficio de sacristana, y era edificante ver con qué respeto y con cuánta dicha tocaba las cosas santas, y cuán grande era su gozo cuando hallaba una partícula de la sagrada hostia olvidada por el

¹⁹⁷ Sor Genoveva, PA, p. 284.

sacerdote. En esta última circunstancia, asistí a escenas sublimes de piedad, especialmente en una ocasión en que encontró un copón insuficientemente purificado; lo llevó al tabernáculo del oratorio con una devoción indecible.

Tocaba los corporales y los purificadores con gran delicadeza; se le antojaba, me decía, estar tocando los pañales del niño Jesús. Al preparar la misa para el día siguiente, gustaba de mirarse en el cáliz y en la patena, haciéndose la idea de que habiendo reflejado su imagen, sobre ella reposarían las sagradas especies¹⁹⁸.



Sor Inés de Jesús declara: Cuando, siendo muy niña, arrojaba flores al paso del Santísimo Sacramento, su mirada era celestial; se hacía evidente que el amor divino abrasaba su corazón. Concentraba su atención y su mirada en la sagrada hostia, y arrojaba muy alto sus pétalos de rosas, tratando de que tocasen, dice ella, el sagrado ostensorio. Sintió siempre grandísimo gusto por asistir a la santa misa. Cuando se decían varias en la capilla del monasterio y ella estaba libre, su mayor dicha era oírlas todas.

Durante su última enfermedad, le enseñaron el cáliz de un joven sacerdote que acababa de celebrar su primera misa. Miró al interior del vaso sagrado, y nos dijo: Cuando era sacristana, gustaba de reflejarme así en los cálices. Pensaba que luego la sangre de Jesús reposaría allí donde mi rostro se había reproducido y que purificaría mi alma.

Cuando hallaba en los corporales alguna partícula de la sagrada hostia, su corazón se llenaba de alegría. Habiendo

¹⁹⁸ PO, pp. 289-290.

encontrado un día una bastante grande, corrió al lugar donde se hacía la colada y donde se hallaba en aquel momento la Comunidad, llamó por señas a sus novicias y se las llevó consigo. Se arrodilló la primera para adorar a nuestro Señor, metió los corporales en la bolsa, y luego se la dio a besar a las novicias con piedad conmovedora.

Otra vez, el sacerdote, al dar la comunión, dejó caer una hostia al otro lado de la rejilla, y sor Teresa del niño Jesús la recogió en su escapulario. Luego me dijo toda emocionada: He llevado al niño Jesús en mis brazos, como la Santísima Virgen¹⁹⁹.

María de la Trinidad certificó en el Proceso: Besaba respetuosamente los vasos sagrados y me hacía besar la hostia grande destinada a ser consagrada. Pero su dicha llegó al colmo el día en que, al retirar de la mesa de la comunión la bandeja dorada, vio una partícula bastante notable que había caído en ella. La encontré en el claustro llevando su precioso tesoro, que amparaba cuidadosamente contra su pecho. Seguidme —me dijo—, llevo a Jesús. Llegada a la sacristía, depositó con todo honor la bandeja sobre una mesa, e hizo que me pusiera de rodillas a su lado hasta que llegara el sacerdote, a quien había mandado avisar.

Tenía una sed ardiente de la sagrada comunión, y su mayor sufrimiento era no poder recibirla todos los días. Gozosamente habría soportado todos los padecimientos con tal de no omitir ni una sola comunión. Un día, estando ya muy enferma, recibió de nuestra Madre la orden de tomar no sé qué medicina. En este caso, era costumbre aquí perder la comunión. Ante esta decisión, sor Teresa del niño Jesús se deshizo en lágrimas, y defendió tan hábilmente su causa ante la Madre Priora, que no sólo consiguió no tomar aquel remedio hasta después de la comunión, sino que a partir de aquel día quedó abolida la costumbre de perder la comunión en semejantes casos²⁰⁰.

En setiembre de 1896, le pusieron un fuerte vejigatorio; muy poco tiempo después fue a misa y comulgó. Después de la acción de gracias subí a su celda, y la encontré extenuada, sentada en su pobre banquillo, con la espalda apoyada contra el débil tabique de madera que separa su celda del oratorio de la Santísima Virgen.

¹⁹⁹ PA, p. 153.

²⁰⁰ Sor María de la Trinidad, PO, p. 453.

No pude menos de hacerle algunos reproches. Ella contestó: No me parece demasiado sufrir a cambio de una comunión²⁰¹.

También declaró sor María de la Trinidad: Le pregunté un día a la sierva de Dios cómo se preparaba a sus comuniones. Me contestó: En el momento de comulgar, me represento algunas veces bajo la figura de un niño de tres o cuatro años, que de tanto jugar lleva los cabellos y los vestidos sucios y en desorden. Estas desventuras me suceden en mis luchas con las almas. Pero en seguida, la Santísima Virgen se me acerca solícita. Se apresura a quitarme mi delantalito todo sucio, me arregla los cabellos y los adorna con una linda cinta, o simplemente con una florecilla..., y esto basta para estar graciosa y hacerme sentar sin avergonzarme a la mesa de los ángeles²⁰².

En su Autobiografía aclara: Al ir a comulgar, me imagino a mi alma como un terreno libre, y pido a la Santísima Virgen que quite de él los escombros que pudieran impedirle ser libre. Luego le suplico que levante ella misma una amplia tienda digna del cielo, que la adorne con sus propios aderezos. Después invito a todos los santos y ángeles a que vengan a dar un magnífico concierto. Creo que cuando Jesús baja a mi corazón, está contento al verse tan bien recibido, y yo también estoy contenta²⁰³.

Decía: Jesús baja todo los días del cielo, no para permanecer en el copón, sino para encontrar otro cielo, el cielo de nuestra alma, donde halla sus delicias²⁰⁴.

Un día, llevada de su amor a Jesús, se arrodilló ante el sagrario, diciendo: Jesús, respóndeme, te lo suplicó, ¿estás ahí? Entonces, apoyando su cabeza sobre la puerta del sagrario, se quedó así algunos instantes y después me miró. Su rostro estaba como transfigurado y resplandecía de alegría, como si algo misterioso hubiera pasado entre ella y el divino prisionero²⁰⁵.

Era tanto su amor por Jesús que pudo escribir: Cuando estoy junto al sagrario, no sé decir más que una sola cosa a nuestro Señor: “Dios mío, Tú sabes que te amo”²⁰⁶.

²⁰¹ Inés de Jesús, PA, p. 190.

²⁰² PO, p. 454.

²⁰³ MA, fol. 80, p. 227.

²⁰⁴ Inés de Jesús, PA, p. 170.

²⁰⁵ Sor Marta de Jesús, PA, p. 413.

²⁰⁶ Carta a su tía Guérin del 17 de noviembre de 1893.

40. AMOR A MARÍA

La sierva de Dios tuvo siempre una tierna y filial devoción a la Santísima Virgen. Siendo muy niña, durante el mes de mayo rezaba sola sus pequeñas oraciones y, en su habitación, encendía velitas ante la imagen de la Santísima Virgen.

En su primera confesión, el sacerdote la exhortó a la devoción a la Santísima Virgen; relatando este hecho en su vida, añade: Yo prometí redoblar mi ternura para con la que ya ocupaba un puesto principal en mi corazón.

Durante la enfermedad padecida a los diez años, su mayor dicha era trenzar coronas de flores campestres para adornar la imagen de la Santísima Virgen que tenía a su lado. Fue precisamente invocando a María con encendido fervor y mirando a esta imagen, cuando la sierva de Dios vio a la Virgen avanzar hacia ella y sonreírle, sintiéndose repentinamente curada. Más tarde, trabajó con empeño por ser admitida en la Asociación de hijas de María.

En su viaje a Roma, al detenerse en París, ninguna de las maravillas de la gran ciudad llamó su atención. Sólo el santuario de Nuestra Señora de las Victorias la retuvo, y allí oró fervorosamente a la Reina de los cielos, recibiendo gracias muy señaladas.

En el Carmelo, se sintió feliz al hacer su profesión el día 8 de setiembre. Escribió a este propósito: ¡Qué bella fiesta la Natividad de María para convertirme en esposa de Jesús!...

Una noche, durante su enfermedad, me dijo entusiasmada: ¡Cuánto amo a la Virgen María! Si yo hubiera sido sacerdote, ¡qué bien habría hablado de ella! La presentan inaccesible: habría que presentarla imitable. Ella es más madre que reina. He oído decir muchas veces que su resplandor eclipsa el de todos los santos. ¡Dios mío, qué extraño es que una madre haga desaparecer la gloria de sus hijos! Yo pienso todo lo contrario. Creo que ella aumentará en mucho el esplendor de los elegidos.

Quiso dedicar su última poesía a la Santísima Virgen con este título: “Por qué te amo, ¡oh, María!”. Es allí, en efecto, donde se hallan expresadas todas las razones que ella tenía para amar e imitar a la Virgen.

En la fórmula de su ofrenda al Amor misericordioso, dice: A la Santísima Virgen, mi Madre querida, confío mi ofrenda, rogándole que os la presente. Daba con frecuencia a la Santísima Virgen el nombre de “Mamá”, pues le parecía aún más tierno que el de “Madre”.

Un día en que me confiaba su desamparo interior y hasta qué punto Jesús se le escondía, le pregunté: “¿También la Santísima Virgen se esconde?”. Ella me contestó con vehemencia: No, la Santísima Virgen nunca está escondida para mí. Y cuando ya no veo a Dios, es ella quien le lleva mis encargos. La envió a decirle, sobre todo, que no tenga miedo de probarme.

Las últimas líneas que escribió en la tierra expresan, en forma delicadísima, su amor a la Santísima Virgen. El 8 de setiembre de 1897, escribió trabajosamente en el reverso de una estampa: ¡Oh, María, si yo fuera la Reina del cielo y Vos fueseis Teresa, hubiera querido ser Teresa a fin de que Vos fueseis la Reina del cielo!

La mañana misma del día de su muerte, me decía, mirando la imagen de María: ¡Oh, con cuánto fervor la he invocado esta noche!²⁰⁷

Sor Genoveva manifestó en el Proceso: Desde su más tierna edad consideraba a María como Madre suya. Pero esta devoción se acreció cuando, a la edad de diez años, fue súbitamente curada por la Santísima Virgen de una enfermedad juzgada por los médicos como incurable. La imagen a cuya vista recobró la salud fue para ella siempre muy querida. Durante su última enfermedad, dicha imagen fue trasladada a la enfermería, y allí se la colocó frente a su lecho.

La sierva de Dios encomendaba continuamente a María todas sus intenciones y todas las empresas de su celo. Cuando quería animar a sus novicias en la práctica de las virtudes, les escribía cartitas en nombre de la Santísima Virgen²⁰⁸.

41. LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Santa Teresita amaba mucho a san José. Cuenta su hermana Celina: Cuando apenas contaba unas semanas de vida, fue curada

²⁰⁷ Inés de Jesús, PA, pp. 154-156.

²⁰⁸ PO, pp. 290-291.

por la invocación de san José, cuando estaba a punto de morir de una enfermedad intestinal de la que habían muerto nuestros dos hermanitos y, cuando los dos médicos que la asistían no daban ya esperanza alguna de salvación²⁰⁹.

En su Autobiografía dice: Rogué a san José que velase por mí (en el viaje a Roma). Desde mi infancia había sentido hacía él una devoción que se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Todos los días recitaba la oración: “Oh, san José, padre y protector de las vírgenes”²¹⁰.

Su hermana Inés de Jesús nos informa: En el Carmelo, fue san José a quien se dirigió sor Teresa para obtener la gracia de la comunión diaria y la libertad del confesor en este punto. Los decretos de 1891, que fueron respuesta a su oración, aumentaron mucho su confianza en san José.

Me dijo un día estas palabras, que yo transcribí inmediatamente: ¡El buen san José! ¡Oh, cuánto le amo! Le veo acepillar, fatigarse... De vez en cuando se enjuga el sudor que cubre su rostro, pero como a hurtadillas, para no causar pena a la Santísima Virgen. ¡Era tan delicado! ¡Y cuántas privaciones tuvo que sufrir, cuántas decepciones, pues no siempre recibía el precio de su trabajo!

¡Hasta reproches le dirigían, sin duda! ¡Oh, qué maravillados quedaríamos, si supiéramos todo lo que sufrió para alimentar y proteger a Jesús y a María!

Durante su última enfermedad, vi a la sierva de Dios arrojar flores con amor a la estatua de san José²¹¹.

También amaba a todos los santos del cielo, pero tenía a algunos como sus especiales protectores y amigos. En el número de estos últimos se inscriben sus santos patronos: san Martín, san Francisco de Sales, santa Teresa. Amaba también mucho a san Juan de la Cruz, porque había saboreado particularmente sus obras. De entre los santos, sus amigos preferidos fueron: santa Cecilia, a quien llamaba “la santa del abandono”, la beata Juana de Arco, el beato Teófilo Vénard, del que decía: es un santo muy sencillo, que amaba mucho a la Santísima Virgen, que amaba

²⁰⁹ Sor Genoveva, PO, p. 302.

²¹⁰ MA, fol. 57, p. 165.

²¹¹ PA, pp. 156-157.

mucho también a su familia, y, sobre todo, que vivía en un amoroso abandono en las manos de Dios. Honraba, por último, a los santos Inocentes, en los que veía un modelo de las virtudes de la infancia cristiana²¹².

Ella estaba muy agradecida a los santos y decía: Con frecuencia, sin que nosotros lo sepamos, las gracias y las luces que recibimos se deben a un alma escondida, porque Dios quiere que los santos se comuniquen los unos a los otros la gracia mediante la oración, a fin de que en el cielo se amen con un gran amor, con un amor mucho más grande aún que el de la familia, aunque se trate de la familia más ideal de la tierra. ¡Cuántas veces he pensado si no podría yo deber todas las gracias que he recibido a las oraciones de un alma que haya pedido por mí a Dios y a quien sólo conoceré en el cielo!²¹³

42. AMOR A SU ÁNGEL CUSTODIO

Sor Genoveva nos informa: Sor Teresa del niño Jesús tenía gran devoción a los santos ángeles. Mientras permaneció en el internado de las benedictinas, firmaba así todos sus deberes escolares: “Teresa, hija de los santos ángeles”.

En los Buissonnets, tenía sobre su mesa de adolescente una pequeña imagen de su ángel custodio; a él le atribuía la preservación del pecado conforme a lo que me escribió el 26 de abril de 1894, cuando yo estaba aún en el mundo y ella en el Carmelo: Jesús ha colocado cerca de ti a un ángel del cielo que te guarda siempre. Él te lleva de la mano por miedo a que tu pie tropiece contra las piedras. Tú no lo ves, y sin embargo es él quien desde hace veinticinco años ha preservado a tu alma, es él quien aleja de ti las ocasiones de pecado. No temas las tormentas de la tierra: tu ángel de la guarda te cubre con sus alas²¹⁴.

Sor Inés de Jesús atestigua: Desde su infancia, amaba mucho e invocaba a su ángel de la guarda. La vi guardar y conservar con respeto una estampita del ángel custodio, después de leer y releer el consejo que llevaba impreso: “Cuidad de respetar la presencia

²¹² Sor Genoveva, PO, p. 291.

²¹³ Inés de Jesús, PO, p. 194.

²¹⁴ PA, p. 269.

de vuestro ángel y de escuchar su voz”. Compuso una poesía a su ángel de la guarda, en la que le llama “su hermano, su amigo, su consolador”²¹⁵.

A su hermano espiritual, padre Roulland, le escribía en una carta: *El 25 de diciembre no dejaré de enviaros a mi ángel para que deposite mis intenciones cerca de la hostia que vos consagraréis*²¹⁶.

Su ángel le hacía toda clase de servicios y siempre contaba con él para toda clase de ayuda. Era su amigo inseparable y su consolador como escribió en una poesía en la que le decía:

*¡Oh, mi glorioso guardián,
guardián del cuerpo y del alma,
que en el cielo estás brillando,
hecho dulce y pura llama
junto al trono del Eterno!
Por mí bajas a la tierra
y me alumbras con tu luz
te haces mi hermano, ángel bello
mi amigo y consolador*²¹⁷.

43. AMOR A LAS ALMAS DEL PURGATORIO

En la enfermería, aun en la época de sus mayores sufrimientos, nunca dejaba de rezar seis padrenuestros y avemarías por las almas del purgatorio. “Esto no le gusta al demonio —decía—, y por eso hace todo lo posible para que me olvide, pero muy rara vez lo consigue. Había rogado encarecidamente que se le permitiese rezar, hasta el completo agotamiento de sus fuerzas, el oficio de difuntos prescrito en favor de las hermanas fallecidas en nuestros monasterios”²¹⁸.

²¹⁵ PA, p. 157.

²¹⁶ Carta al padre Roulland del 1 de noviembre de 1896.

²¹⁷ Teresa de Lisieux, *Obras completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1994, p. 792.

²¹⁸ Inés de Jesús, PA, 178.

Sor Genoveva dice al respecto: *La sierva de Dios aliviaba a las almas del purgatorio con todos los medios a su alcance, principalmente ganando indulgencias. Tenía hecho el “Acto heroico”, y había puesto en las manos de la Santísima Virgen todos sus méritos de cada día, para que ella los aplicase según su agrado, e incluso todos los sufragios que le fuesen ofrecidos a la sierva de Dios después de su muerte. Los únicos sufragios que se permitió aplicar por una intención particular fueron para Pranzini, el pecador que ella había convertido con sus oraciones y sacrificios.*

Cada vez que nuestra familia le ofrecía alguna cosa, con ocasión de sus cumpleaños o aniversarios, ella pedía dinero, y, con el permiso de nuestra Madre, mandaba decir misas por el eterno descanso de Pranzini: “Es mi hijo —decía—, no voy a abandonarlo ahora”²¹⁹.

Rezaba especialmente por las religiosas difuntas de su Orden, pero también por todos aquellos conocidos de los que tenía noticia y, en especial, por aquellos que morían y había orado por su conversión.

44. AL CIELO

Estando en su última enfermedad, muchas veces se sentía feliz de pensar que había de ir pronto al cielo. Decía: *No muero, entro en la vida y todo lo que pueda decirlos aquí abajo, os lo haré comprender desde lo alto de los cielos*²²⁰. *Lo presiento, debemos ir al cielo por el mismo camino: “El sufrimiento unido al amor”*²²¹.

*Cuando esté lejos de esta triste tierra, donde las flores se marchitan, donde los pájaros se escapan, estaré muy cerca de mi madre querida*²²².

Y les decía a sus tres hermanas carmelitas en junio de 1897: *No hallo sobre la tierra nada que me haga dichosa; mi corazón es demasiado grande, nada de lo que en este mundo se llama felicidad puede satisfacerle. Mi pensamiento vuela hacia la eternidad, el tiempo va a terminar. Mi corazón está quieto como un*

²¹⁹ PA, p. 286.

²²⁰ Carta al padre Bellière del 9 de junio de 1897.

²²¹ Carta al padre Bellière del 18 de junio de 1897.

²²² Carta a sor Inés de Jesús del 23 de mayo de 1897.

lago tranquilo o un cielo sereno. No echo en falta la vida de este mundo; mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna. Todavía un poco, y mi alma dejará la tierra, terminará su destierro, concluirá su combate. ¡Subo al cielo! ¡Arribo a la patria, alcanzo la victoria! Voy a entrar en la morada de los elegidos, voy a ver bellezas que el ojo del hombre no vio nunca, a escuchar armonías que el oído no escuchó nunca, a gozar alegrías que el corazón nunca gustó.

Y a Celina le escribía: *La vida pasa, la eternidad avanza a grandes pasos, pronto viviremos la misma vida de Jesús... Pronto veremos nuevos cielos, un sol más radiante alumbrará con sus resplandores mares celestiales y horizontes infinitos, la inmensidad será nuestro dominio, no estaremos prisioneros en esta tierra de destierro, todo habrá pasado. Bogaremos con nuestro esposo celeste sobre lagos sin orillas*²²³.

Y como remate de todos los deseos de su vida, decía frecuentemente: *Dios nunca me ha hecho desear cosa alguna que luego no me la haya concedido*²²⁴.

45. PROCESO DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El Proceso ordinario para la beatificación se abrió el 3 de agosto de 1910. Las deposiciones de los testigos comenzaron el 12 de agosto de ese mismo año; y once religiosas del Carmelo, nueve de las cuales habían convivido con sor Teresa, dieron testimonio. Además declararon otros 26 testigos.

El 6 de setiembre, en presencia de Monseñor Lemonnier, obispo de Bayeux, se hizo la exhumación de sus restos. Los doctores Francis La Néele y de Cornière hicieron las comprobaciones del caso. Los restos fueron colocados en un ataúd de plomo y trasladados a una sepultura cercana.

Durante la noche que precedió la ceremonia de exhumación, sor Teresa se apareció a la Madre Carmela, Priora del Carmelo de Gallipoli (Italia), y le predijo que sólo encontrarían de ella los huesos. Ella había dicho antes de morir: *Es preciso que todo lo que yo hago, lo puedan hacer también las almas pequeñas.*

²²³ Carta a su hermana Celina del 12 de marzo de 1889.

²²⁴ MA, fol. 71, p. 203.

El Proceso Ordinario terminó en el verano de 1911. El Proceso apostólico se abrió en Bayeux el 17 de marzo de 1915. El 10 de agosto de 1917 se hizo una segunda exhumación de los restos de la sierva de Dios. Los huesos, una vez identificados por dos médicos, fueron depositados en una primera arquilla de encina esculpida, encerrada a su vez en un ataúd de palisandro, forrado de plomo. El 30 de octubre de ese año se clausuró el Proceso apostólico.

Faltaba la etapa de comprobación de dos milagros. Entre los muchos presentados, los dos aprobados para su beatificación fueron:

- a) La curación en 1906 de un seminarista de la diócesis de Bayeux, oriundo de Lisieux, cuya vocación sacerdotal salvó sor Teresa. *Carlos Anne*, de 23 años de edad, atacado de tuberculosis pulmonar, estaba en peligro de muerte. Después de una novena a Nuestra Señora de Lourdes por la intercesión de *Sor Teresa del niño Jesús* y con la cual no se obtuvo ningún resultado, el joven levita emprendió una segunda novena, que esta vez dirigió únicamente a la santa carmelita, a fin de que pareciese más evidente su intervención. Apoyábase su esperanza en una confianza inquebrantable en la consoladora promesa de su celestial intercesora: *Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra.*

La intercesora atendió aquella ardiente súplica, y el doctor que entrevistara el próximo fin del enfermo, hubo de comprobar, con indecible sorpresa, el restablecimiento completo de éste. Quince años después, una radiografía permitió establecer la estabilidad de aquella curación, enteramente comprobada por la ciencia médica.

- b) El segundo milagro se obtuvo en favor de una religiosa de las hijas de la Cruz, en Ustarritz (Bajos Pirineos). Sor Luisa de St. Germain, durante sus años de noviciado (1911- 1912), padeció de una seria afección en el estómago, que degeneró francamente en úlcera desde principios de 1913. Perdidas las esperanzas de curación y habiendo tomado los últimos sacramentos, la enferma comenzó una novena a Sor Teresa del niño Jesús, en el decurso del año 1915; pero sólo obtuvo entonces fuerza y valor para la prueba, con celestiales

perfumes que revelaban la misteriosa presencia de aquella a quien invocaba.

En setiembre de 1916, sor Luisa de St. Germain se decidió a renovar sus instancias, y en la noche del 10 se le apareció sor Teresa y le dijo: *Sé generosa, pronto curarás, te lo prometo*. Ahora bien, al día siguiente por la mañana, varias religiosas quedaron sorprendidas al encontrar una gran cantidad de pétalos de rosas de todos colores esparcidos en torno al lecho de la enferma. ¿Quién había aportado aquellas rosas? Nadie pudo explicarlo, pero el día 22 de setiembre siguiente, la religiosa se despertó perfectamente curada.

En apoyo del certificado del médico de cabecera, figuran una radiografía concluyente y un informe del doctor Le Bec, cirujano del hospital de San José de París, una de las eminencias médicas de mayor renombre, confirmando el carácter sobrenatural de aquella súbita y duradera transformación.

Estos dos milagros fueron aprobados por el Papa Pío XI, que era muy devoto de la sierva de Dios. Tenía su retrato y algunas reliquias en su despacho. El Papa Pío X la consideró *la santa más grande de los tiempos modernos*. El Papa Pío XI la llamó *la estrella de mi pontificado*. Presidió su beatificación en la basílica vaticana el 29 de abril de 1923.

Él mismo la canonizó el 17 de mayo de 1925 en la misma basílica vaticana. Dos años más tarde, el 14 de diciembre de 1927, la proclamaba ante el mundo patrona de las misiones junto con san Francisco Javier.

El 11 de junio de 1937, el cardenal Pacelli (futuro Papa Pío XII) bendijo solemnemente la nueva basílica de Santa Teresa de Lisieux, que fue consagrada, ya terminada totalmente, en junio de 1954. La actual basílica tiene capacidad para 3.000 personas sentadas y tiene un área de 4.500 metros cuadrados.

El 3 de mayo de 1944, en plena segunda guerra mundial, el Papa Pío XII la nombró segunda copatrona de Francia, en unión con santa Juana de Arco. El Papa Juan Pablo II la declaró doctora de la Iglesia el 19 de octubre de 1997. En la carta apostólica de su nombramiento afirma: *Declaramos a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, virgen, doctora de la Iglesia universal. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Así ella cumplía

sus deseos: *A pesar de mi pequeñez quisiera iluminar a las almas como los profetas y los doctores*²²⁵.

El Papa Benedicto XVI proclamó beatos a sus padres, que fueron beatificados el 19 de octubre del año 2008. Las reliquias de santa Teresita recorren distintos países del mundo, derramando por doquier una lluvia de rosas, es decir, de milagros y bendiciones sobre sus devotos.

²²⁵ MB, fol. 3, p. 254.

Cronología

- 1873.- 2 de enero, nace en Alençon María Francisca Teresa Martín.
4 de enero, es bautizada en la iglesia de Notre-Dame (Nuestra Señora).
- 1876.- Desde los tres años comenzó a no negar a Dios nada de lo que le pedía.
- 1877.- 28 de agosto, muere su madre.
15 de noviembre, llega la familia a radicarse a Lisieux, instalándose en los Buissonnets.
- 1879.- Visión profética de la tribulación futura de su padre.
- 1881.- 3 de octubre, ingreso a la Abadía como medio pensionista.
- 1882.- 2 de octubre, entrada de Paulina en el Carmelo.
- 1883.- Teresa cae gravemente enferma.
13 de mayo (Pentecostés), sonrisa de la Virgen y curación de Teresa.
- 1884.- 8 de mayo, primera comunión de Teresa en la Abadía y profesión de su hermana Paulina, sor Inés de Jesús en el Carmelo.
22 de mayo, segunda comunión.
14 de junio, confirmación por Monseñor Hugonin, obispo de Bayeux.
- 1885.- 17-21 de mayo, principio de la crisis de escrúpulos que durará un año y medio.
Octubre: Teresa vuelve sola a la Abadía sin Celina.
- 1886.- Febrero-Marzo: Dolores de cabeza, abandonando la Abadía por motivos de salud. Recibe lecciones en casa de la señora Papinau.
15 de octubre, entrada de María en el Carmelo de Lisieux.
Finales de octubre: Teresa es liberada de sus escrúpulos por intercesión de sus hermanitos muertos.

25 de diciembre, después de la misa de medianoche, gracia de su conversión.

1887.- 1 de mayo el señor Martin sufre un ataque de parálisis.

29 de mayo, su padre le da permiso para entrar al Carmelo a los 15 años.

31 de mayo, es recibida como hija de María en la Abadía.

13 de julio, condena a muerte de Pranzini. Teresa ora y consigue su conversión.

16 de julio, Leonia entra en la Visitación de Caen.

1 de setiembre, Teresa lee en *La Croix* la ejecución y conversión de Pranzini.

31 de octubre, visita al obispo de Bayeux para solicitar su admisión al Carmelo a los 15 años.

4 de noviembre, partida a París para luego hacer la peregrinación a Roma y otras ciudades italianas.

20 de noviembre, en la audiencia con el Papa León XIII, le pide la gracia de entrar al Carmelo con 15 años.

28 de diciembre, respuesta favorable del obispo.

1888.- 9 de abril, entrada de Teresa en el Carmelo de Lisieux.

22 de mayo, profesión de su hermana María del Sagrado Corazón en el Carmelo.

28 de mayo, confesión general con el padre Pichón.

23 de junio, fuga de su padre a El Havre.

12 de agosto, nuevo ataque del señor Martin en los Buissonnets.

A finales de octubre, Teresa es admitida a la toma de hábito.

31 de octubre, grave recaída del señor Martin en El Havre.

1889.- 10 de enero, toma de hábito con nieve.

12 de febrero, hospitalización del señor Martin en el Buen Salvador de Caen.

1890.- 2 de setiembre, examen canónico y bendición de León XIII.

- 8 de setiembre, profesión religiosa.
- 24 de setiembre, toma de velo sin la presencia de su padre.
- 1891.- Hacia el 10 de febrero, es nombrada ayudante de la sacristana.
- 5 de diciembre, muere la Madre Genoveva, fundadora del Carmelo de Lisieux.
- 1892.- 12 de mayo, última visita del señor Martin al locutorio del Carmelo.
- 1893.- 20 de febrero, elección de la Madre Inés de Jesús como abadesa. Teresa es nombrada ayudante de la Madre Gonzaga, maestra de novicias.
- 24 de junio, Leonia entra por segunda vez en la Visitación de Caen.
- En setiembre, Teresa es nombrada segunda portera.
- 1894.- En primavera, empieza a sufrir de la garganta y recibe cauterizaciones.
- 29 de julio, muere su padre.
- 14 de setiembre entrada de Celina en el Carmelo.
- A fines de diciembre, recibe de la Madre Inés de Jesús la orden de escribir sus recuerdos de infancia.
- Año de la redacción del Manuscrito A
- 1895.- 5 de febrero, toma de hábito de Celina (sor Genoveva).
- 9 de junio, en la misa, recibe la inspiración de ofrecerse al Amor misericordioso.
- 20 de julio, Leonia sale de la Visitación.
- 15 de agosto, entrada al Carmelo de su prima María Guérin.
- 17 de octubre, la Madre Inés le encarga ser hermana espiritual del abate Bellière.
- 1896.- 24 de febrero, profesión de sor Genoveva.
- Noche del 2 al 3 de abril primera hemoptisis en su celda.
- 3 de abril por la noche: segunda hemoptisis.

5 de abril (Pascua), o un poco más tarde, entra en la noche de la fe, prueba que durará hasta su muerte.

10 de mayo, sueño referente a la venerable Ana de Jesús.

30 de mayo, la Madre María de Gonzaga le da como segundo hermano espiritual al padre Roulland de las misiones extranjeras de París.

3 de julio, primera misa del padre Roulland en el Carmelo.

8 de setiembre, redacción del Manuscrito B.

1897.- 25 de marzo, profesión de su prima María Guérin (sor María de la Eucaristía).

6 de abril: principio de las *Últimas conversaciones*.

3 de junio, la Madre María de Gonzaga le ordena a Teresa que prosiga su Autobiografía y Teresa redacta el Manuscrito C.

8 de julio, es bajada a la enfermería.

El 30 de julio, recibe la unción de los enfermos.

19 de agosto, última comunión, que ofrece por el renegado padre Jacinto Loyson.

30 de setiembre, muere a las siete y veinte minutos de la tarde.

4 de octubre, entierro en el cementerio de Lisieux.

1898.- Monseñor Hugonin da licencia para imprimir *Historia de un alma*.

1899.- 28 de enero, Leonia vuelve a entrar definitivamente en la Visitación de Caen.

1902.- 19 de abril, la Madre Inés de Jesús es reelegida Priora y permanecerá en este cargo fuera de una interrupción de 18 meses (1908-1909) hasta su muerte por voluntad del Papa Pío XI.

1905.- 14 de abril, muere su prima sor María de la Eucaristía de tuberculosis.

1910.- 16 de enero, se aparece Teresa a la Madre Carmela, Priora del Carmelo de Gallipoli (Italia), y le revela que su caminito es seguro.

- 3 de agosto, se abre el Proceso Ordinario.
- 6 de setiembre, primera exhumación de sus restos y traslado a un panteón de cemento en el mismo cementerio.
- 1915.- 17 de marzo, se abre en Bayeux el Proceso Apostólico.
- 1917.- 9 y 10 de agosto segunda exhumación de los restos.
- 1923.- 26 y 27 de marzo, traslado de sus restos a la capilla del Carmelo de Lisieux.
- 29 de abril, beatificación en Roma.
- 30 de abril, es nombrada patrona de las misiones y de los misioneros de la Orden de Carmelitas Descalzos.
- 1925.- 17 de mayo, solemne canonización en Roma.
- 1927.- 14 de diciembre, Pío XI la nombra patrona de las misiones junto con san Francisco Javier.
- 1937.- 11 de junio, inauguración y bendición de la basílica de Lisieux.
- 1944.- 3 de mayo, el Papa Pío XII la nombra copatrona de Francia junto con santa Juana de Arco.
- 1997.- 19 de octubre, es proclamada por el Papa Juan Pablo II doctora de la Iglesia.
- 2008.- 19 de octubre, beatificación de sus padres.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de santa Teresa de Lisieux nos sentimos orgullosos de esta hermana nuestra, sencilla y humilde, que nos señala el camino de la infancia espiritual como el más seguro para llegar a Dios. Ciertamente sentirnos pequeñitos ante nuestro Papá Dios es creer que todo lo que tenemos es un regalo suyo, evitando así toda soberbia, que obstaculiza nuestro camino espiritual. Confiar plenamente en nuestro Padre celestial y abandonarnos en su providencia es aceptar humildemente todo lo que Él permite para nuestro bien. Es vivir, sabiendo que tenemos un padre amoroso que nos cuida y nos lleva por el mejor camino hacia Él, aunque este camino tenga a veces sus espinas.

Dios ensalzó a su sierva Teresa del niño Jesús y, después de su muerte, manifestó con abundantes milagros que su camino era seguro. La lluvia de rosas y bendiciones que había prometido se ha realizado con creces y todavía sigue derramando bendiciones por todo el mundo.

Amemos como ella a Jesús y hagamos de nuestra vida una ofrenda continua de amor, no perdiendo ninguna obra buena, ninguna flor de amor, que podamos ofrecerle en nuestro diario caminar.

Que Dios te bendiga por medio de María. Saludos de mi ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.

P. Ángel Peña O.A.R.

Parroquia La Caridad

Pueblo Libre - Lima - Perú

BIBLIOGRAFÍA

Cartas de santa Teresita del niño Jesús, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1954.

De les Gavarres Ángel, *Teresa de Lisieux, Su itinerario espiritual a la luz de los manuscritos autobiográficos*, Ed. Esinsa, Barcelona, 1993.

De Meester Conrad, *Dinámica de la confianza*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1997.

Gaucher Guy, *Así era Teresa de Lisieux*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1998.

Gaucher Guy, *Teresa de Lisieux. Hasta los confines del mundo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos.

Procès de béatification et canonisation de sainte Thérèse de L'Enfant-Jésus, Procès informatif Ordinaire, Teresianum, Roma, 1973.

Procès de béatification et canonisation de sainte Thérèse de L'Enfant-Jésus, Procès apostolique, Teresianum, Roma, 1976.

Santa Teresa de Lisieux, *Últimas conversaciones* (vol I y II), Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1973.

Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1978.

Teresa de Lisieux, *Obras completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1994.

Teresa de Lisieux, *Proceso de beatificación y canonización* (Selección), Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1996.

* * * * *

Pueden leer todos los libros del autor en

www.libroscatolicos.org